

BIBLIOTECA POÉTICA



FLORES
DEL
ALMA

Juan de Dios Pérez

Garnier Hermanos
Paris



JUAN
DE DIOS PEZA

FLORES
DEL
ALMA



PQ7297
.P48
A17
y.3

GARNIER HERMANOS
ÉDITEURS



1020100204

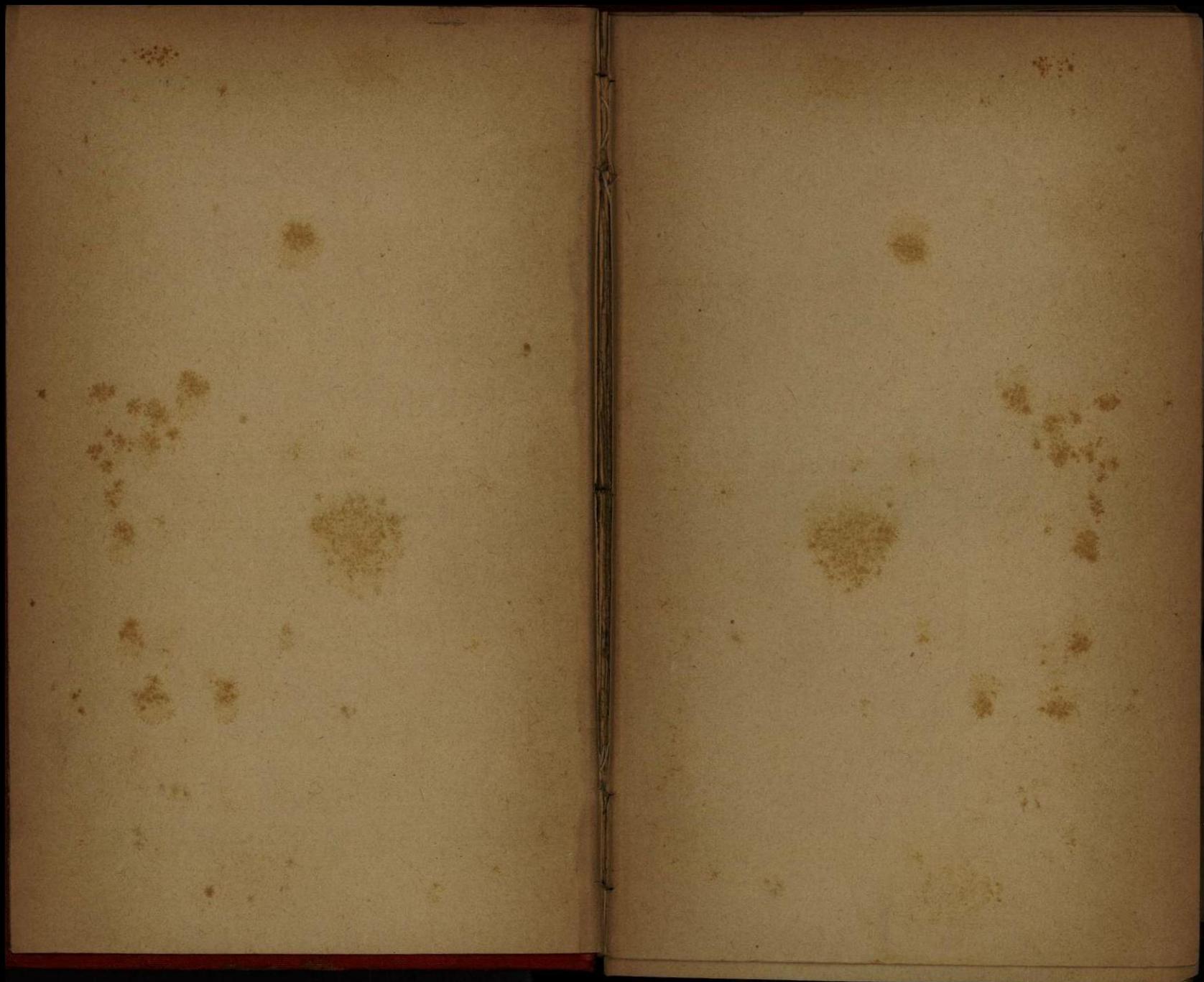
NEW
SOUTH
WELLS

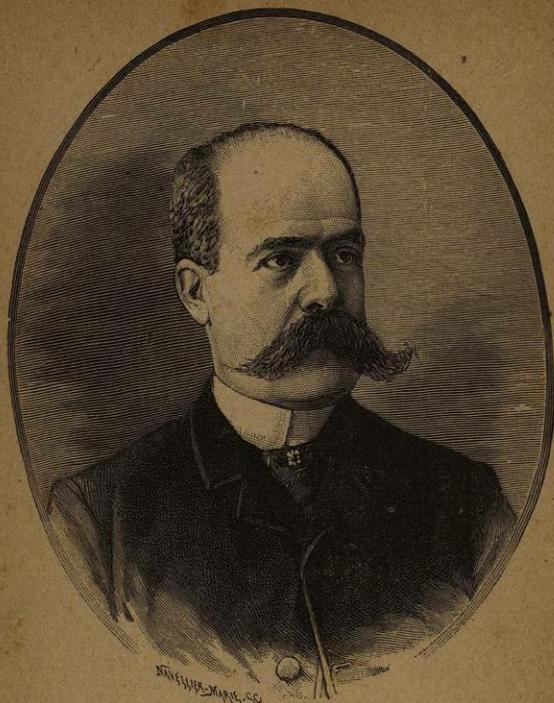
A mi muy querido
amigo el pundonoroso
y valiente Gral Ber
nardo Reyes, con
todas las simpatías

POESÍAS COMPLETAS
que le profesa su
adicto!

Maudesin Peña

México 27 de Mayo de 1894.





Juan de Dios Peza

73
ES

POESÍAS
COMPLETAS

JUAN DE DIOS PEZA

Edición autorizada por el Autor

POESÍAS ALMA Y VERSOS FESTIVOS

PARIS

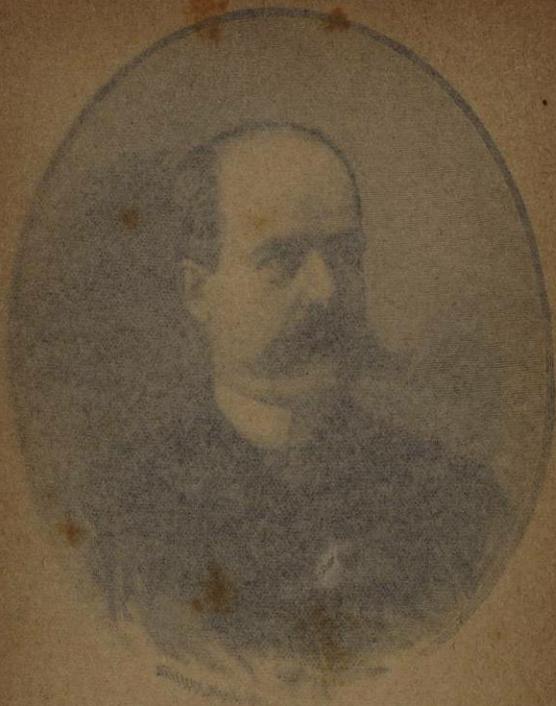
HERMANOS LIBREROS-EDITORES

14, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1893

17353

396



Juan de Dios Peza

2573
P.
91 ES
A.

POESÍAS COMPLETAS

DE
JUAN DE DIOS PEZA

Única colección autorizada por el Autor

FLORES DEL ALMA Y VERSOS FESTIVOS

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1893

17353

396

PQ 7297,

P48

A 17

V. 3

México 28 de Enero de 1890



Señores

Garnier hermanos

Paris

Muy señores míos

Autores á ustedes

para hacer una edición completa de mis poesías bajo el orden que verbalmente indiqué á su comisionado

La obra que ustedes publiquen será la única dirigida y arreglada por mí, pues todas las ediciones que hasta la fecha se

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

han hecho de mis versos en
otros países y en el mío, ni
me fueron consultados á
su debido tiempo, ni han sido
autorizados previamente ni
obedecen á un plan que sea
de mi agrado.

Soy de ustedes
afuero y seguro servidor

Man de Dios Peña

AL LECTOR

AL LECTOR

Este volumen es el cuarto de la serie de mis poesías completas que publica la acreditada y conocida casa editorial de Garnier hermanos. Es la única edición que he autorizado y que he dirigido, porque en las otras que sin mi consentimiento han visto la luz, se han suprimido fechas, se han cambiado títulos y no se ha buscado clasificación alguna.

Yo sé que poco ó nada valen las obras de mi escaso ingenio, pero he creído de mi deber reunir las ya que siendo muy joven, cometí el error de entregarlas á los periódicos sin cumplir con los preceptos de Horacio y sin obedecer los sanos consejos de la prudencia.

No he podido reunir como deseaba en un solo volumen las amatoiras, en otro las filosóficas, en distinto las patrióticas y en uno especial las festivas. Han salido según han brotado, y querer ordenarlas rigurosamente sería como imponerme yo

una severa regla para pensar, cuando en esto y en lo demás desobedezco á la rutina.

Este tomo forma el cuarto de la colección y aun hay material para el quinto. ¿Reuniré esas pobres hijas de los primeros años de mi juventud? ¿Aceptará el público esos *myosotis* silvestres, nacidos como muchos de los versos que llenan estas páginas, dentro de mi celda de estudiante, sobre la mesa polvorosa, testigo de mis primeras é inolvidables vigiliás?

Un padre ama por igual á sus engendros y yo que no soy, paternalmente, frío ni esquivo, he sentido algo como un dolor nuevo al arrojar en la sima del olvido muchas de mis primeras creaciones. Nada valen, nada son, nada pueden; su falta de estilo las rebaja; su incorrección las avergüenza; pero tienen, si se comparan con las que hoy arranco de mi fatigado estro, lo que distingue á las flores silvestres de las que nacen en abrigada estufa, frescuras y matices, que sólo se obtienen al aire libre.

He puesto intencionalmente á este libro un título raro: *Flores del Alma*, porque muchos de los versos que contiene fueron escritos en aquellas serenas horas, que semejan las del amanecer porque reúnen crepúsculos de la infancia y alboradas de la juventud. Entonces, sólo el alma es lo que se ofrece á la mujer amada y todos los versos que se le consagran se parecen entre sí como las mar-

garitas de una misma mata, de lo cual resultan la cansada monotonía, la incorrección natural y el candor ingenuo que se advierte en ellos.

La casa Garnier ofreció dar mis poesías completas y yo, que no he soñado nunca en glorias póstumas, que estoy convencido de que mis versos vivirán, si acaso, lo que las rosas según el poeta Malesherbes, *l'espace d'un matin*, no he tenido escrúpulos en dar á dicha casa todo cuanto ha salido de mi lira.

Lo confieso sin rubor, mis versos son hijos de mis sentimientos; ferviente adorador de mi patria lo mismo he recurrido á la poesía para hablar de los héroes en un banquete de rurales como en una tertulia del gran mundo; de igual manera he expresado mis nostalgias sobre la cubierta de un barco que entre las nieblas con que me envolvían los inviernos de Europa. Con entusiasmo he cantado á España, tierra de mis abuelos, y algunas de mis composiciones fueron inspiradas por la hermosura de la Alhambra, por la severa é imponente majestad del Escorial, por el diáfano cielo de la inolvidable Sevilla, por las pintorescas montañas de Asturias y Galicia y por el olor á rosas nuevas del jardín de Lindaraja.

La poesía que hoy domina tiene calados arabescos, frases de filigrana y ritmos comparables á las notas de Wagner ó de Hayden. Yo no sé ni puedo hacer eso. Amo la sencillez y la verdad y si mi

estilo peca por incorrecto y llano, no está en mi mano remediarlo : ¡yo soy así!

Amo la poesía por la poesía misma. No soy un poeta; soy un soñador que ha cumplido cuarenta años creyendo, amando y esperando. ¡Ojalá pudiera llenar las tres condiciones que distinguen á los verdaderos poetas : « Sentir hondo, pensar alto y hablar claro ».

Ignoro si se me puede llamar realista, pero en mis *Cantos del Hogar* he copiado las escenas reales representadas en el fondo de un hogar triste y humilde por tres personajes que forman la adoración eterna de mi corazón : mis hijos. En esos cantos, me inspiré en detalles pueriles, prosaicos tal vez, pero como me conmovían, mojé mi pluma en la invisible sangre del alma y escribí lo que me dictó el sentimiento. No he pulido, no he recortado, no he recompuesto nada. Lo que pensé lo escribí y lo escrito lo he dado al público. ¿Quién medita en ser correcto para besar la frente de su primogénito ó para sentarse al heredero de su nombre sobre las rodillas?

El amor se impone á la gramática y abre las puertas de los corazones que son más sensibles que las academias:

Despertar un noble sentimiento de simpatía en las almas que sufren; merecer un indulgente aplauso de los buenos; inspirar algún interés por todo eso que varios filósofos de hoy consideran empi-

rico é inútil, como amar el terruño en que hemos nacido; deleitarnos escuchando el eco de la campana que nos despertó en la infancia; enorgullecernos con los nombres y los hechos de los que se sacrificaron y murieron por libertar, independer y regenerar á la patria; convertir en religión terrena el amor á nuestros padres y sentirse venturoso con enseñar á nuestros hijos que sin honra no hay vida; expresar las pasiones del alma con la dulzura y la novedad posibles y esperar en algo extra-terreno, extra-humano, que recompense las amarguras de esta peregrinación tristísima; tales han sido los móviles que agitaron mi cerebro y movieron mi mano para escribir cuanto he publicado y para mantener aún vivo mi deseo de elaborar nuevos versos.

Pero no divaguemos, quería yo solamente decir al que tomase entre sus manos este libro, que no sueña su autor con un sillón académico ni con un lauro inmarcesible; le basta ser comprendido en su intención y disculpado en su forma tosca y poco aliñada.

JUAN DE DIOS PEZA.

Méjico, 11 de enero de 1893.

FLORES DEL ALMA

POESÍAS COMPLETAS. — TOMO IV.

†

FLORES DEL ALMA

CARNAVAL

¡Bailad! de rojos mirtos la frente coronada,
Velando el rostro hermoso diabólico antifaz,
Por el placer y el vino radiante la mirada,
Turbad de aquesta noche la funeraria paz.
Suelta la blanca veste, el seno mal cubierto,
Flotando los cabellos en la ardorosa sien,
Pasad en tan imbécil y lúbrico concierto
Las horas de este infierno que imagináis Edén.
Disfraces por doquiera... Ya *Fausto* y *Margarita*
Ahogaron en un beso la paz del corazón,
¡Oh! ¡*Roma* tiembla y calla, *Lucrecia* resucita,
Y en brazos de *Tarquino* desmaya de pasión!
Beatriz está manchando su blanca vestidura,
¿Qué mano aleve en sangre su túnica bañó?
El *Bardo de Florencia*, cantor de su hermosura,
El espumoso vino en ella derramó.
¡Oh Carnaval! profanas lo santo de la historia;
Tu risa es un castigo, tu burla es un dolor.
Juzgando hierba inútil los lauros de la gloria,
Aclamas por deidades el vino y el amor.

Das á besar á *Sócrates* la mano de *Epicuro*,
 Á *Psiquis* haces sierva de *Mesalina*, audaz;
 Olvidas lo pasado, desprecias lo futuro,
 Y burlas lo presente jugando el antifaz.

Mi corazón no puede gozar con tus rumores;
 Tus burlas, tus engaños, los odio, Carnaval;
 Tus risas me amedrentan, me espantan tus amores,
 Pues siempre acoges todo lo impuro y criminal.

Den á tus falsos goces su corazón inmundo
 Aquellos que no abrigan la llama de la fe;
 Haz burla á las virtudes que imperan en el mundo
 Que las virtudes siempre se quedarán en pie.

¡Oh Carnaval! tú pasas bajo el azul del cielo
 Como huracán que diezma la triste humanidad,
 Abatirás las plantas rastreras de este suelo;
 El roble nunca teme la fiera tempestad.

MELANCOLÍA.

Peregrino que cruzas los desiertos,
 Si hallas el cardo en su extensión sombría,
 Esa flor de los tristes, de los muertos,
 Es una imagen fiel del alma mía,
 Buzo audaz que sin duelo ni pesares
 El Océano sondeas avariento,
 Igual á esos abismos de los mares,
 Puedes siempre encontrár mi pensamiento.

Minero á quien el antro te sofoca,
 Rompiendo el pedernal con tu barreta,
 Más fácil te será que hable la roca,
 Que realizar mis sueños de poeta.

En la roca, en el mar, en el desierto,
 Hay oro, flores, perlas y armonías.
 Yo entre todos los vivos soy un muerto.
 ¡Iguales son mis noches y mis días!

AMARGURAS

¿Quién no probó la hiel de un desengaño,
En la primera vez que soñó amores?
¿Quién el prado que Abril pobló de flores,
No vió lleno de nieve al fin del año?
Cada nuevo placer nos deja un daño;
Cada esperanza nace entre temores;
Y semejando un sol por sus fulgores,
Cada nueva ilusión es un engaño.
Si este mundo no ofrece dicha alguna,
¿Hay quien llame á vivir dichosa suerte,
Y quien juzgue al nacer como fortuna?
¡Oh vida! ¡Nada temo por perderte!
Quien vino de las sombras á la cuna,
Que á las sombras se vuelva por la muerte.

FLORES MUERTAS

En el roto frontón; en el alero
Del alcázar muzárabe; en la grada
Del templo antiguo en que el audaz guerrero
Ungió su frente y consagró su espada;
En el desierto harem donde cautiva
Gimió tierna beldad; en los relieves
Que, decorando la ventana ojiva,
Quiebran el vuelo de las auras leves;
En los muros del viejo santuario;
En el estéril pedregal sombrío;
En la arista del mudo campanario
Que azota el viento aterrador y frío :
Donde los siglos con veloz carrera
Dejaran hondo y espantoso estrago,
Burlando á la encantada primavera,
Crece la humilde flor del jaramago.
Sin matizarla el sol con tintas rojas
Es su tristeza su mayor encanto;
De áspero tallo y amarillas hojas,
Nace en otoño y simboliza el llanto.

Yo lo recuerdo aún : llegúeme un día,
De una llanura en la extensión desierta,
A la ruinosa y gótica arquería
Que un castillo feudal tiene á la puerta.

Y del plinto en que antiguos moradores
Estuvieron sus justas preparando,
Corté las tristes y amarillas flores
Que en testimonio de mi amor te mando.

Ellas guardan las plácidas historias
De aquellas horas, por fugaces, gratas,
Que vieron tras románticas historias
Hondos duelos y alegres serenatas.

Cada flor mis tristezas simboliza,
Y á revelarte mi amargura alcanza.
Queda, al morir el fuego, la ceniza,
Y el dolor, cuando muere la esperanza.

No cause á nadie fútiles asombros
Hallar amor sobre mi vida inquieta;
Como la flor que nace en los escombros,
Es el amor del alma del poeta.

Guarda, Nivea, estas flores; escondida
En ellas va la imagen de mi suerte...
Ellas sobre la muerte hallaron vida :
; Ay de mí que en vivir hallo la muerte!

AL POETA ANTONIO F. GRILO

Allá... frente á la cumbre de granito,
Donde suspende en broche de diamantes,
Su manto azul el piélagos infinito;

En las rocas inmóviles y gigantes,
Donde columpia el vagaroso viento
Los nidos de las águilas errantes;

Donde el regio condor tiene su asiento,
Su cuna las soberbias tempestades
Su trono el lumínar del firmamento;

En aquellas desiertas soledades
Que son, por su magnífica grandeza,
La eterna admiración de las edades;

En aquella feraz naturaleza
Que los besos del sol cubren de flores,
Y donde Dios retrata su belleza;

En medio de los pájaros cantores
Que envidia dan al iris con sus plumas,
Y que, inspirando amor, cantan amores;

Entre las blancas y ondulantes brumas
Que, como sueltas caudas estelares,
Coronan de los lagos las espumas;

Al pie de los sonantes platanares,
Mirando como agitan orgullosos
Sus anchos abanicos los palmares :

Escuché de tus versos sonoros
La oriental y sublime melodía,
Que se difunde en ecos misteriosos.

¡Ay! ¡Cómo entonces conocer quería
Al ruiñen en Córdoba nacido,
Para gloria y honor de Andalucía!

Al cantor entusiasta y atrevido
Que ensalzó nuestro siglo soberano
Con los acentos del Edén perdido.

Llegó tu tama al suelo mejicano,
Y salvó mi cariño la barrera
Que de ti me apartaba : el Oceano.

¿Quién ha cantado al águila altanera,
Como tú, que, teniendo su alto vuelo,
Seguirla puedes por la azul esfera?

¿Ni quién con más pudor recorrió el velo
Con que cubre en el claustro su hermosura
La que consagra su existir al cielo?

En raudales de mágica ternura
Rebosan tus estrofas, cuando en ellas
Bendices el amor de un alma pura.

Ó cuando lloras ¡ay! sobre las huellas
De la mujer que cual la tarde muere,
Coronada de olímpicas estrellas.

¿Quién á todo lenguaje no prefiere
El lenguaje de amor con que describes
Lo que cautiva tu alma ó que la hiere?

¿De quién la sacra inspiración recibes?
Á ti te ha dado pródiga Fortuna
El cielo de venturas en que vives.

En él oíste al borde de la cuna
Lo que han dicho á tu tierna Magdalena,
Al besarla, los rayos de la luna.

Y viendo á tu blanquísima azucena,
Que, en su lenguaje angelical te llama,
Y con su casta risa te enajena,

Sientes de hermosa inspiración la llama,
Y le consagras cantos en que expresas
Cómo tu corazón palpita y ama.

El luminoso mundo que atraviesas,
No es el oscuro valle donde habito,
Ni es de barro la boca que tú besas.

En el mundo estarás como proscrito,
Soñando en las regiones ideales,
Que piensas encontrar en lo infinito.

Y en medio de esas ansias celestiales,
Verás brotar de tu ardorosa mente
Sueños de amor en versos inmortales.

Sientes tu corazón joven y ardiente
Latir aprisionado dentro el pecho,
Al peso de los lauros de la frente.

Y encontrarás al Universo estrecho,
Para encerrar las mágicas visiones
Que ves flotar en torno de tu lecho.

Poeta de las dulces ilusiones,
Ya después de cruzar los anchos mares,
Pudé oír de tus labios tus canciones.

Sabe que entre los bosques seculares
Del bello continente americano,
Tienen culto y cariño tus cantares.

Allí vive tu genio soberano,
Repitiendo tu dulce poesía
Las claras ondas de mi golfo indiano.

Sábelo en nombre de la tierra mía :
Allí entre tantas flores tiene un nido
El ruiseñor en Córdoba nacido,
Para gloria y honor de Andalucía.

MIRANDO UN RETRATO

En pobre hoja de papel
Pudo la luz retratarte
Sin lápiz y sin pincel...
¡ Oh niña! bendigo el Arte,
Y siento celos por él.

Que así como estás grabada
Del sol bajo la impresión,
Bastó otra luz, tu mirada,
Á dejarte retratada
Dentro de mi corazón.

La verdad al celo escuda.
Dos retratos guardo aquí,
Diversos ambos sin duda,
Que en el papel estás muda,
Y hablando dentro de mí.

¡ Delirios del alma mía!
¡ Engaños de la pasión!
Ambos forman mi alegría...
Quien ve tu fotografía,
Conoce mi corazón.

Pues esa entraña que sella
 Tu amor constante y fiel,
 Es á veces dulce y bella,
 Que tu imagen está en ella
 Lo mismo que en el papel.
 Del tiempo en la lenta calma,
 Del papel te borrarás ;
 Disputo al Arte su palma...
 La imagen que está en el alma,
 No ha de borrarse jamás.

EN LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

DE ORLEÁNS Y BORBÓN

¡ Ah ! ¡ Yo no pude verla en aquel día !
 ¡ Casta azucena en su primer mañana !
 Cuando con pompa espléndida lucía
 Bajo la augusta bóveda cristiana.
 Cuando brillaban en su frente pura,
 Como el sol en mitad de su camino,
 La virtud, el talento y la hermosura,
 Triple corona que la dió el destino,
 No pude entonces verla enternecida
 De amor en el purísimo abandono.
 ¡ Cómo abrevian la historia de su vida
 El tálamo, y el túmulo, y el trono !
 Cuando en medio de goces, pompa y galas,
 Ciñó sobre su frente el blanco velo,
 ¿ Quién pudo hallar en él las blancas alas
 Que iban muy pronto á conducirla al cielo ?

Así vi la caléndula de nieve,
 Y el lirio azul que esmalta la pradera,
 Víctimas tristes del destino aleve,
 Marchitarse al nacer la primavera.

¡Todo al eterno abismo se derrumba :
 Honores, juventud, riquezas, gloria!
 Sol que baja al Ocaso de la tumba,
 Surgirá en el Oriente de la Historia.

¡Murió Mercedes ! clama conmovido
 El pueblo hispano ; el duelo le devora ;
 Y llora y la recuerda entristecido.

¿Quién por la gracia y la virtud no llora ?
 ¡Augusta madre de la patria mía !
 España siempre noble y siempre fuerte,
 Te consagro en mi humilde poesía
 Justo dolor por tan sensible muerte.

Llena de juventud y de hermosura,
 Dejó este valle de dolor profundo ;
 ¡Con qué inmenso dolor, con qué amargura,
 Va á ser llorada en la extensión del mundo !

El regio alcázar enlutado encierra
 Esposo triste y padres sin consuelo.
 Cuando un ángel se ausenta de la tierra,
 Un nuevo astro de amor brilla en el cielo.

TRAS DE LOS MARES.

AL INSPIRADO POETA Y SABIO DOCTOR JUAN B. HIJAR Y HARO

¡Ah! si mi sueño realizar pudiera,
 ¡Cuán dichoso sería!
 Soñar amor al pie de una palmera
 Allá en los bosques de la patria mía ;
 Sentir la brisa ardiente y perfumada,
 De aquel sol tropical á los destellos,
 Como inquieta mujer enamorada
 Perezosa jugar con mis cabellos ;
 Reposar sobre el musgo humedecido,
 La sociedad burlando y la fortuna,
 Y así, con el espíritu adormido,
 Pasar las tardes y esperar la luna ;
 Ver el lejano monte,
 Y escuchar del distante campanario
 El eco que recoge solitario
 La oscura inmensidad del horizonte ;
 Ver los purpúreos, lánguidos reflejos
 Del sol cuando desmaya,
 Y mirar cómo enciende, — allá á lo lejos,
 Su lumbre el pescador sobre la playa ;

Seguir el rumbo á la gentil barquilla
 Que ostenta en fondo azul su blanca vela,
 Veloz abriendo con endeble quilla
 Orlas de espuma y luminosa estela;
 Ver que en su cuna de celajes brota,
 Maga de amores, de la noche el astro,
 Brillando hermosa tras la nube rota,
 Como encendido globo de alabastro;
 Oír los tumbos de la mar, que fiero,
 En sus muros de arena aprisionada,
 Sus ondas rompe audaz en la ribera,
 Rugiendo alborotada;
 Ver de las aves de la noche el vuelo,
 Los cantos escuchar de los pastores,
 Y mirar en el suelo
 Los cocuyos brillar entre las flores,
 Como brillan los astros en el cielo;
 Sentir cómo se arrulla la paloma
 Que en platanar sonante se ha hospedado,
 Y ver que el floripondio abre callado
 Urnas de nieve, rebosando aroma;
 Del liquidámbar, árbol pebetero,
 Reposar á la sombra dulcemente,
 Y refrescar con gozo el labio ardiente
 En los frutos del alto cocotero;
 Escuchar en la noche susurrando,
 Entre blancos nelumbios y juncuales,
 El arroyo que pasa refrescando
 Los verdes y floridos cafetales;
 Ver las pomas de oro
 Que esmaltan el manglar, y en la callada
 Selva escuchar el ritmo tan sonoro

Del zenzontle que sueña en la enramada;
 Oír del picafior el aleteo,
 Seguir á la pintada mariposa,
 Y cual ella, en las alas del deseo
 Volar libando miel de rosa en rosa;
 Admirar los sabinos majestuosos,
 Que vieron de otra edad las pompas vanas,
 Cómo entregan á vientos rumorosos
 Sus guedejas de canas...
 Vivir en el modesto caserío,
 En la gruta. en el llano,
 Cruzar el lago, visitar el río,
 Ver desde el bosque umbrío
 La helada cima del volcán lejano.
 Abismarse en los astros y en las flores,
 Contemplando el espacio y la pradera,
 Y en la hamaca ligera
 Pasar las horas y soñar amores :
 Esto sólo quisiera
 Ver y soñar mi ardiente fantasía,
 Al pie de una palmera
 Allá en los bosques de la patria mía.

PARA EL ABANICO DE CATALINA

Cautivos de tus gracias, han dejado
Los céfros el bosque, y han venido,
Para no separarse de tu lado,
En raso y nácar á formar su nido.
¡ Su libertad trocaron por tus galas !
¿ Sabes ¡ oh dulce niña ! lo que ansío ?
Que mezclen al murmullo de sus alas
Con un vago rumor el nombre mío.

LA SIBILA DEL CAMPO

A MI BELLA AMIGA ELISA RICOY

La frente libre de duelo,
Blanca como un azahar ;
Blanca veste, blanco velo,
Los ojos color de mar,
Y el alma color de cielo ;
Por tan joven, seductora ;
Por tan bella, soberana ;
Por pura, deslumbradora,
Salió al templo una mañana
Inés, al rayar la aurora.
A su lado va el doncel
A quien le fué prometida,
Y á quien idolatra fiel,
El limpio sol de su vida
Mirando amorosa en él.
Siguen tan gentil pareja
Allegados y curiosos ;
Su alegría el llanto aleja ;
Que, al ver dos seres dichosos,
¿ Quién padece ? ¿ quién se queja ?

Ambos cuentan pocos años,
Y van de su dicha en pos,
Sin miedo á propios y extraños,
Hacia la casa de Dios
Bajo encinas y castaños.

A Inés le pone el pudor
Las mejillas encendidas,
Pues oye que hablan de amor
Muchas aves escondidas
En las acacias en flor.

Con su esquila tosca y fea
En la torre secular,
Al pie del monte blanquea
Como alegre palomar
La parroquia de la aldea.

Junto al atrio, en la llanura
Trazado por verdes palmas,
Alza su fachada oscura
La casa del cura de almas
Que las almas vela y cura.

Panorama alegre y vario
Ofrecen, llenos de luz,
Prado, monte y santuario,
Dominados por la cruz
Que corona el campanario.

No adornos deslumbradores
Tiene el templo en su interior ;
Le bastan ramos de flores,
Ofrendas del tierno amor
De zagalas y pastores.

El llano, al fin, de través
Cruzan todos con presteza,

Y al mirar la iglesia, Inés
Temblar siente, con tristeza,
Lo tierra bajo sus pies.

Recuerda con infinita
Aflicción y honda congoja
Lo que de su unión bendita,
Le dijo la postrer hoja
De una blanca margarita.

Inés, en su frenesi,
Preguntóla : « ¿ Soy querida ? »
« ¿ Seré su esposa ? ¡ ay de mí ! »
; Y quedó en sangre teñida
Una hoja diciendo : ¡ sí !

¿ Por qué de carmín manchada
La hoja profética halló
En la flor predestinada ?
; Ah ! desde entonces quedó
Inés confusa y turbada.

Pensaba, entre mil sonrojos,
Que algo funesto decían
En la flor los puntos rojos,
Y rojos se le ponían
De tanto llorar los ojos.

Y quedóse en su aflicción
Tan pálida como un ampo
De nieve ; que á veces son
Los oráculos del campo
Verdugos del corazón.

Hoy, con miedo al galán ve,
Que no sospecha ni entiendo
Que tan recelosa esté,

Pues mientras en él se enciende,
Se apaga en ella la fe.

¿Quién tan oscuros arcanos
Puede osado descifrar,
Si los sabios son profanos
En medio del ancho mar
De los misterios humanos ?

Entran al templo en que brillan
Las flores recién cortadas,
Que por bellas maravillan,
Y del altar en las gradas
Conmovidos se arrodillan.

Llena regocijo inmenso
La religiosa mansión,
Y de su recinto extenso
Sube al cielo la oración
Envuelta en nubes de incienso.

Brilla en todos la alegría,
De honradas almas tesoro ;
Sólo Inés, triste y sombría,
Oye el órgano sonoro
Como ronca salmodía.

Pronto el cura se adelanta
De los amantes en pos,
Y ante ellos, con firme planta,
Bendice en nombre de Dios
Su unión insoluble y santa.

Es muy solemne en verdad
El acto, y lo ven las gentes
Con envidia, con piedad,
Algunas indiferentes,
Y otras con curiosidad.

El pueblo, absorto y callado,
No acierta entonces á ver
Que invade el templo sagrado
Muy pálida una mujer
Con el pelo destrenzado.

Revela fieros enojos ;
No acierta por donde pisa ;
Rayos despiden sus ojos,
Y una irónica sonrisa
Contrae sus labios rojos.

Callada como el pesar,
Sombria como la duda,
Agitada como el mar,
Livida y medio desnuda,
Llega hasta el pie del altar.

Un grito de admiración
Se alza agudo y sobrehumano
En la cristiana mansión,
Y el galán suelta la mano
De Inés, con gran turbación.

— « Tu vil perjurio provoca
Mi venganza de mil modos... »
La voz se apaga en su boca,
Y entre tanto gritan todos :

— « ¡ Que la saquen ! ¡ Está loca ! »

— « No loca — responde airada —

Mi desgracia mayor es
Porque vivo deshonrada... »
Y en el galán y en Inés
Fija la torva mirada.

Y al ver el lazo de unión,
La coyunda terrenal,

De las nupcias expresión,
Rápida clava un puñal
De Inés en el corazón.

La gente irritada avanza
Al altar ; ella se entrega
Al primero que la alcanza.
Trémula, convulsa, ciega
De rencor y de venganza.

Inés el postrer aliento
En tenue quejido vago
Exhala en aquel momento,
Y pronto se forma un lago
De sangre en el pavimento.

En llanto, duelo y pesares
Se torna el alegre afán,
Que al pie de aquellos altares
Manchados en sangre están
Veste, velo y azahares.

Y en medio de la infinita
Y ya unánime congoja,
Una aldeana recita
Lo que á Inés dijo la hoja
De la blanca margarita.

Y con muy vivos colores
Explica, describe, abulta,
Los augurios de esas flores,
Á las que el vulgo consulta
La suerte de sus amores.

Inspirada y conmovida,
Deja, hablando de tal suerte,
Á la gente convencida

De ser augurio de muerte
La flor en sangre teñida.

Todos con la narración
Palidecen como un ampo
De nieve ; que á veces son
Los oráculos del campo
Verdugos del corazón.

À UNA AMIGA

Vas á partir ; es tu anhelo :
Siempre soñaste en mirar,
Libre de penas y duelo,
Bajo el limpio azul del cielo
El claro abismo del mar.
¡El cielo ! ¡El mar ! mi ambición.
Á medir ambos no alcanza.
Vivas imágenes son,
El cielo, de mi esperanza,
El mar, de mi corazón.
En uno los astros van
En marcha incansable y lenta ;
En el otro siempre están,
Tras la calma la tormenta,
Tras la brisa el huracán.
Del mar que vas á cruzar,
La lluvia las iras calma ;
Mas de la vida en el mar
No basta el llanto á calmar
Las tempestades del alma.

Si los que á la mar se entregan,
Males de la tierra ignoran ;
Si los que lloran se ciegan,
¡Felices los que navegan,
Y dichosos los que lloran !

SIEMPRE IGUAL

Peregrino que cruzas los desiertos,
Si hallas al cardo en su extensión sombría,
Esa flor de los tristes, de los muertos,
Es una imagen fiel del alma mía.
Buzo audaz que sin duelo ni pesares
El océano sondeas avariento,
Igual á esos abismos de los mares
Podrás siempre encontrar mi pensamiento.
Minero á quien el antro te sofoca
Rompiendo el pedernal con tu barreta,
Más fácil te será que hable la roca
Que realizar mis sueños de poeta.
En la roca, en el mar, en el desierto
Hay oro, perlas y armonías ;
Yo entre todos los vivos soy un muerto :
¡ Iguales son mis noches y mis días !

A VÍCTOR HUGO

¿ Quién soy para ofrecerte mis cantares ?...
Hablarte en tu lenguaje fuera mengua :
Al que es grande y profundo cual los mares,
Le canta el huracán y no la lengua.
En desusado atrevimiento raya
Hablar en verso provocando mofa,
Al que tuvo por lira un Himalaya.
Con una tempestad en cada estrofa.
Querer medir tu magnitud, abisma.
Todo un siglo te sirve de proscenio.
Eres, más que un mortal, la Francia misma,
Hecha de carne y fulgurante en genio.
Con cada frase que tu labio dice,
Cae un trono y se quiebra una corona ;
Eres la humanidad cuando maldice,
Y la austera virtud cuando perdona.
Los pensamientos que en tu mente hirvieron,
Cauda te forman de inmortales rastros ;
De tu cerebro colosal surgieron,
Cual de la mano del Señor los ástros.

Para cantar tu genio, que hoy aprecia
 Como el más alto el Universo entero,
 Preciso fuera, conmoviendo á Grecia,
 Ir en su tumba á despertar á Homero.

En un trono de luz dejarte solo,
 Tender bajo tus pies la mar Egea,
 Y sentando á tu diestra al dios Apolo
 Y á tu siniestra Venus Citerea ;
 Al rayar del Olimpo la alborada,
 Que Homero te conozca, que se asombre,
 Y con su *stylo* que escribió la Iliada,
 Que esculpa al pie del Partenón tu nombre.

Que en pentélico mármol Praxiteles
 Labre tu estatua, y al pasar severos,
 Se inclinen saludando tus laureles
 Admirados los siglos venideros.

¿Quién te puede juzgar en nuestros días ?
 ¿Quién de tu gloria llamará á las puertas ?
 Ya murieron Homero é Isaías,
 Y Atenas y Sión están desiertas.

¿Cómo juzgarte, pensador gigante ?
 El solo peso de tu genio abrumba.
 Se necesitan planchas de diamante,
 Y en la lumbré del sol mojar la pluma.

Entra al Olimpo... Llevas por delante
 La columna de fuego de la Historia.
 Diga el mundo de ti cuanto es bastante :
 ¡Nació francés, mas lo engendró la gloria!

DESOLACIÓN

I

Esperanzas y ensueños,
 Placer y afán,
 Nada dura en la vida :
 ¡Todo se va !
 Para el artero mundo,
 Dicha ó pesar,
 Lágrimas ó sonrisas,
 ¡Todo es igual !
 Hace bien el que lejos
 De los demás,
 Se huelga ó se lamenta
 Del bien y el mal.
 Hace bien el que alivio
 Pide jamás,
 Y busca en sus pesares
 La soledad.

Bien hace el que disfraza
 Su propio mal ;
 Bien hace el que se esconde
 Para llorar.

II

No cruza por la tierra
 Ni surca el mar,
 El que cura los males
 Que el mundo da.
 Búscaló cuando mires
 La inmensidad ;
 Piensa en él cuando sueñes
 Un *más allá*.
 Invócalo si sufres,
 Pídele paz :
 Él llena con su aliento
 La soledad.
 En este mundo triste
 Todo es fugaz ;
 Nada dura en la vida,
 ¡Todo se va !
 Y en esta lucha eterna
 Del bien y el mal,
 Solamente los muertos
 Duermen en paz.
 Morir cuando se sufre
 Es descansar...
 No quiere tumba estrecha
 Mi loco afán...

Para vivir do impera
 La eternidad,
 Quiero, y si Dios es justo,
 Me los dará...
 Por pabellón el cielo,
 Por lecho el mar ;
 Y allí, mientras las olas
 Vienen y van,
 ¡Sabré que en este valle,
 Que enluta el mal.
 Solamente los muertos
 Duermen en paz !

EN EL PANTEÓN DE LOS REYES

(RECUERDOS DEL ESCORIAL)

Eterno sueño profundo
Duermen en este recinto
El gran César Carlos Quinto
Y el rey Felipe Segundo.
La vana pompa del mundo,
Las grandezas de la suerte,
El rey más noble y más fuerte,
¿Qué son ya? ¡Polvo y escoria!
Recuerdos para la historia;
Cenizas para la muerte.

Reyes ayer envidiados,
Hoy en las urnas hundidos
Para la tierra escondidos,
Y para el trono olvidados:
¿Qué guardáis de los pasados
Triunfos que os dieron renombre?...

Sólo una inscripción, un nombre,
Expresión de aquella ley
Que trueca el cuerpo de un rey
En el cadáver de un hombre.

¡Ah! sin esas inscripciones,
Sin el mármol, sin el oro,
Que son ornato y decoro
De los regios panteones;
Sin cifras y sin blasonés,
Estos sepulcros dejad,
Y entonces ¿qué majestad
Los revestirá? ¡Ninguna!
Tiene, con distinta cuna,
Igual fin la humanidad.

Artístico cementerio,
Deslumbras con tu esplendor,
Siendo la gala mejor
Del antiguo monasterio.
Con más pompa que misterio
Dejan en ti nobles manos,
Despojos de soberanos,
Y tú, soberbio, imponente,
Los miras indiferente
Tornarse polvo y gusanos.

Las reinas, que en vida fueron
Estrellas por su hermosura,
Y amor, riquezas, ventura
Á su paso recogieron,
Al rudo golpe cayeron
Como flores marchitadas,

Y hoy duermen aquí olvidadas,
Sin que en sus restos cautivos
Vengan á buscar los vivos
Breves grandezas pasadas.

¡ Carlos ! ¡ Felipe ! ¡ Fernando !
¡ Una historia en cada nombre !
Cuando aquí penetra el hombre
Siente que vive soñando...
Cruza el viento murmurando
En lúgubre son incierto,
Como el *simún* del desierto,
Y en la alta torre lejana
Vibra triste la campana
Como si tocara á muerto.

Luz tenue frente á una cruz
Baña el templo sepulcral,
Que mansión tan funeral
No necesita otra luz,
Y envuelto en denso capuz,
Sin aurora ni arrebol,
Relumbra el arte español
En criptas y subterráneos...
¡ Nunca en los desnudos cráneos
Brilló bien la luz del sol !

Cada sarcófago encierra
La sola verdad que espanta
Al que audaz pone la planta
Sobre la faz de la tierra.
Ved á estos reyes... aterra
Su fúnebre majestad ;

Su trono es la soledad,
Su tesoro, polvo inerte,
Su oscuro reino, la muerte,
Su manto, ¡ la eternidad !

1879.

ENTRE RUINAS

I

Miro el templo en ruínas,
Roto el frontón, la ojiva cuarteada,
Revolando las pardas golondrinas
En la anchurosa nave abandonada.

El sol filtra su rayo amarillento
Hasta el altar desnudo y solitario,
Mientras se plañe dolorido el viento
En los huecos del alto campanario.

Yace la cruz en tierra
Junto á la reja gótica del coro,
Y en medio á tanta soledad que aterra,
Está sin voz el órgano sonoro.

¡En todo, polvo denso,
Mudas memorias y cenizas frías!
Como las blancas ondas del incienso,
Las horas huyen, y se van los días.

En el ángulo oscuro se levanta,
Como espectro de llanto y de dolores,

De la madre de Dios la imagen santa,
¡Ya sin altar, sin himnos y sin flores!
¿Quién en los pebeteros que quedaron,
Calor y aromas á buscar se atreve?

¡Los aromas volaron;
Las ascuas son ceniza helada y leve!

Allá en el fondo un lienzo desgarrado
Ultraja del pincel las maravillas:
¡Ni el arte el abandono ha respetado!
¡El rico alféizar se tornó en astillas!

Ya el tiempo desprendió del tosco muro
El cancel, que de polvo se reviste...
Todo está tan callado, tan oscuro,
Tan funeral, tan lóbrego y tan triste,
Que esta terrible soledad advierte:
¡Cómo será la noche de la muerte!

II

Así como este templo abandonado
Está mi corazón, triste, sombrío,
Por el dolor tan sólo visitado,
Y sepulto en la noche del hastío.
El ara de su fe quedó desierta;
Ninguna voz á censolarla alcanza;
Y está en el polvo muerta
La diosa á que dió culto la esperanza.

.....
¡Oh bóvedas sombrías,
Símbolos mudos de las penas mías!

¡ Oh altar que ya sin cirios y sin flores,
 Eres mi corazón con sus dolores !
 ¡ Oh soledad estéril y escondida,
 Semejante á las horas de mi vida !
 ¡ Virgen, ayer objeto de ternura,
 Y hoy, en el polvo, inútil escultura !
 ¡ Triste rumor del vagaroso viento,
 Igual en lo fugaz á mi lamento !
 ¡ Quién pudiera, feliz, á vuestro abrigo
 Morir abandonado,
 Sin más consuelo amigo
 Que de la oscura noche el beso helado !
 ¡ Sin una sola lágrima de duelo,
 Sin oír el « adiós » de un ser querido ;
 Y así tornarse polvo sobre el suelo,
 Y perderse en los senos del olvido !
 Del mar del mundo en las revueltas olas,
 Si mueren el amor, la fe, la calma,
 ¡ Qué mayor dicha que morir á solas,
 Cuando ha vivido en soledad el alma !

ESTATUA

I

Acabó Miguel Ángel su perfecta
 Estatua de Moisés,
 Y viendo que tan sólo le faltaba
 La voz, la vida, el ser :
 « Si no has de tener luz en esos ojos
 Que siento que me ven,
 No existas, » exclamó desesperado,
 Y el rostro le rompió con su cincel.

II

Cual la clásica estatua mutilada
 Bella y sin expresión,
 Eres, mujer, á quien soñé perfecta,
 Cegado por mi amor.
 Si no he de darte sentimiento y alma,
 No vuelvo á verte, no :

Ojos que nada dicen cuando miran,
 Nunca los miro yo.
 Yo busco aquellos ojos que reflejan
 En la pupila un sol;
 Ojos que, cuando miran, amanece
 En cada corazón.
 No basta que revele tu hermosura
 La humana perfección :
 El amor es un cielo en el que debe
 Traspasarse Dios.

III

La plástica belleza, cuyos ojos
 No hablan cuando ven,
 Es una estatua cuyo beso helado
 No despierta el placer.
 Para labrar el mármol, el artista
 Tiene fuerza y poder ;
 Para labrar el alma que yo busco
 ¿Quién me dará el cincel?

EN EL ÁLBUM DE UN AMIGO

En los oscuros antros del sepulcro
 Nace el gusano negro :
 Devora los despojos del cadáver,
 Y muere al fin entre desnudos huesos.
 En los antros sin luz de la conciencia
 Nace el remordimiento,
 Negro gusano que devora el alma,
 Y en largas noches nos perturba el sueño.
 Para las almas que manchara el crimen,
 Es una tumba el lecho :
 Los gusanos lo roen, cuando envuelven
 Entre las blancas sábanas el cuerpo.
 No des á esa infeliz ningún castigo :
 ¡Basta con el del cielo !
 ¡No hay cadalso mejor que el que levantan
 En sus eternas noches sus recuerdos!

ANSIEDAD

Quando miro en las tardes los celajes
Que coronan la frente del volcán,
Tengo envidia á las águilas salvajes
Que hacia los anchos horizontes van.

Hoy triste, ausente ya de las remotas
Regiones que ayer pude contemplar,
Recuerdo con envidia á las gaviotas
Que vi audaces volando sobre el mar.

¡Quién, teniendo lo inmenso por palacio,
Cruzando de las nubes al través,
Pudiera remontarse en el espacio,
Y ver soles y mundos á sus pies!

Si sólo toca las celestes galas
La mente del mortal ¡triste de mí!
¿De qué sirve volar con esas alas,
Si el miserable cuerpo queda aquí?

EL TROVADOR

Mientras ella á su labor
Va en silencio dando fin,
Tañendo su mandolín,
Así canta el trovador :
— Sé que á tu noble señor
Invencible se le llama,
Y que en su verde oriflama,
Que en alta torre el sol quema,
Tiene en sus feudos por lema :
« Mi Dios, mi rey y mi dama. »
Vencedor en mil contiendas
Y en las justas y torneos,
Hace leyes sus deseos,
Dueño de vidas y haciendas.
Mas sus torres con leyendas,
Sus almenas encantadas,
La pompa de sus mesnadas,
Su blasón y su castillo,
No tienen, señora, el brillo
Ni el poder de tus miradas.

Ya no mires tu labor,
Que me da envidia tu suerte :
Dame la vida ó la muerte
Con tus miradas de amor...
— ¡Silencio! que mi señor
Está llamando á la puerta...
Calla el trovador, no acierta
Á tañer el mandolín,
Y ella á su labor da fin,
Pálida como una muerta.

EL ARCO-IRIS

Sopla helado azotando la llanura
Ya sin aves, sin flores, sin aromas,
El cierzo que amedrenta á las palomas,
Que se refugian en la torre oscura.
Ya del monte vistió la nieve pura
Crestón abrupto y pintorescas lomas;
Ya del otoño las doradas pomas
No esmaltan de los huertos la espesura.
Flota en celestes ondas azuladas
Ancha faja de vivos resplandores,
Que el ánimo suspende y las miradas;
Brilla, fundiendo todos los colores,
Como brillan las almas elevadas
En que se funden todos los dolores.

SIEMPRE CONMIGO

Símbolo de tu amor inmenso y triste,
Guardo el blanco pañuelo
Que apasionada y trémula me diste,
Empapado en tus lágrimas de duelo.

Lo recuerdo muy bien : llorabas tanto,
De tal suerte sufrías,
Que desde entonces inundó tu llanto
Mis negras noches y mis tristes días.

Como el granado en flor, tus labios rojos
Ardientes me besaron,
Y, astros de tu pasión, tus negros ojos
Hasta el fondo del alma me miraron.

Al darme de tu llanto aquel tesoro,
Dijiste conmovida :
« ¡Ay! no me olvides nunca : yo te adoro
Como ninguna te amará en la vida.

No fuera, si mis penas aliviaras,
De las que humildes gimen :
Entonces á un abismo me arrastraras,
Al más hondo y más tétrico, al del crimen.

Te he amado con el alma toda entera,
Y alguna vez mi suerte
Se juntará á la tuya... ¡Dios lo quiera!
Si no lo quiere Dios, venga la muerte.

¡Ay! yo por ti he llorado, tanto, tanto,
Que en cambio, no te asombre,
Te pido como premio de mi llanto,
Que, cual cantas mi amor, calles mi nombre.

Adiós... Eres mi dicha y mi tesoro,
Mi estrella bendecida.
No me olvides jamás, porque te adoro,
Como ninguna te amará en la vida.

Guarda este blanco lienzo ; en mis postreras
Horas de inmenso hastío,
He llorado con él : cuando tú mueras,
Llévatelo al sepulcro por ser mío. »

* * *

¡Ay! yo, infeliz, desde la noche aquella,
Guardo el blanco pañuelo
Que trémula me dió su mano bella,
Empapado en sus lágrimas de duelo.

¡Quiera Dios que, si muero abandonado,
La mano de un amigo
Lo ate á mi frente; y al sepulcro helado,
Símbolo de este amor, baje conmigo!

EN UN ÁLBUM

La primavera, derramando galas,
Los campos llenará de luz y flores,
Y alegre al viento tenderá sus alas
Nueva generación de ruiseñores.

Será otra vez el musgo fresca alfombra
Del bosque ya cubierto de verdura,
Y murmurando en apacible sombra,
Romperá su cristal la fuente pura.

El anciano ahuehuete, en las mañanas,
Á erguirse volverá con pompa y brío,
Y otra vez bajará sobre sus canas,
Cual lluvia de diamantes, el rocío.

Vendrá la alondra, del verano amiga,
Á dar calor al nido abandonado;
Sobre los campos crecerá la espiga,
Y en el jardín florecerá el granado.

Será un templo de amor Naturaleza,
 Lleno de aromas, luz y poesía;
 ¡Sólo en mi corazón habrá tristeza,
 Y seguirá en invierno el alma mía!

Vendrán las tardes tibias y serenas,
 Y alegres darán culto y alabanza,
 Á Cérés las canéforas de Atenas,
 Á ti la juventud y la esperanza.

 IMPOSIBLE

¡Me acuerdo cual si fuera todavía!
 Niños los dos en el jardín jugamos
 En las primeras horas de aquel día.

En lenguaje tan dulce nos hablamos,
 Que callaron las aves de una encina
 Á cuya fresca sombra nos sentamos.

¡Sueños de la niñez! ¿Quién imagina
 Que han de vivir lo que las castas rosas
 Que mueren tristes cuando el sol declina?

Hablábamos de dichas tan hermosas,
 Que nos vimos tan libres en el mundo
 Como en el campo son las mariposas.

En recordar me pierdo y me confundo;
 Que no hay amor como el amor primero,
 Tan grande, tan secreto y tan profundo.

¡Qué rostro tan afable y hechicero!
 ¡Qué mirada tan tierna y expresiva!
 ¡Qué idioma tan sencillo y tan sincero!

Todo cambia en el mundo : hoy es altiva,
 Y entonces era humilde, tierna y pura;
 Cambióse en tulipán la sensitiva.

— Siempre tendrás mi amor y mi ternura;
 Siempre te adoraré cual hoy te adoro,
 Me dijo, estremecida de ventura.

Besé temblando sus cabellos de oro,
 Y vi rodar sobre su faz dos perlas,
 Del alma joyas, del amor tesoro.

Sobre el húmedo césped vi perderlas,
 Que yo, por miedo de causarlas enojos,
 No quise con mis labios recogerlas.

— ¿Por qué nublan las lágrimas tus ojos?
 La interrogué con íntima sorpresa,
 Débil cayendo ante sus pies de hinojos.

— Hay un presentimiento que atraviesa
 Como un dardo sutil mi triste pecho.
 ¡Hay una nube que en mi cielo pesa!

En horas solitarias en mi lecho
 He llorado en secreto, y he sentido
 Por tal dolor mi corazón deshecho.

— ¿Dudas de mi pasión? — dije afligido.
 — « Tu pasión, respondiome dulcemente,
 Morirá con mi nombre en el olvido.

Yo nunca seré tuya : mi alma siente
 Que no ha de unirse á ti. — Miróme luego,
 Y llena de rubor besó mi frente.

¡Ay! yo no pude hablar... y, mudo y ciego,
 Sentí mi triste corazón bañado
 En olas de dolor y sangre y fuego.

— ¡Adiós, por siempre adiós, mi bien amado!
 ¿Qué mano borrará de mi memoria
 Las dulces horas que pasé á tu lado?

Y no la volví á ver... ¡oh triste historia!
 Sin ella, en el amor tornéme ateo,
 Y callé al corazón, buscando gloria.

¡Oh sed inextinguible del deseo!
 Dejóme en los desiertos de la ausencia,
 Como quedó en lo roca Prometeo.

Nunca pude apartar de mi existencia,
 Ni su imagen, encanto de mis horas,
 Ni su recuerdo, sol de mi conciencia.

Surgieron nuevas dichas tentadoras;
 Sobre su carro azul las ilusiones
 Lleváronme á regiones seductoras.

Y en medio de tan locas ambiciones,
Como se enciende funeraria pira,
Encendieron su hoguera las pasiones.

¿Y realicé mis sueños? No. ¡Mentira!
¡Cuánta lágrima oculta he derramado
En cada verso que brotó mi lira!

Los campos de la gloria me han dejado
Algunas hojas de laurel marchito,
Y un corazón enfermo y desdichado.

El que vive soñando está proscrito
De los encantos del festín humano,
Y va en su frente el anatema escrito.

¡Amor de la niñez, secreto arcano
Que alienta el corazón! en él imperas
Como eterno y augusto soberano.

El recuerdo de dichas pasajeras,
Las horas venturosas de los días
Que alumbraron mis lágrimas primeras,

Alienta y vive entre las penas mías,
Como el fuego que oculto se mantiene
Bajo gris manto de cenizas frías.

Ese recuerdo el ánimo sostiene,
Y en las horas más quietas y calladas,
¡Ángel de luz! á mi conciencia viene.

¡La he vuelto á ver! ¡Qué tristes sus miradas!
Ya está su frente mustia y abatida,
Ya no están sus mejillas sonrosadas.

No vaga suelta, en rizos desprendida,
Su rubia cabellera, ni sus ojos
Llevan la luz del alba de la vida.

Desangraron sus plantas los abrojos;
La nieve del dolor secó sus flores,
Y marchitó el pesar sus labios rojos.

¡Oh supremo dolor de mis dolores!
¡Quién pudiera volver á aquellos años
De esperanza, de fe, de luz y amores!

¡Quién evitar pudiera tantos daños!
¡Quién pudiera arrancar de la conciencia
Tanto dolor y tantos desengaños!

Ya perdió la hermosura y la inocencia;
Yo ya perdí la fe, rico tesoro,
Que ilumina el erial de la existencia.

Yo mi pena en silencio la devoro;
En plena juventud ella envejece;
Ella puede llorar; yo... ya no lloro.

Y este dolor secreto crece y crece;
Pero el árbol, al fin, seco y cansado,
Llega á abatirse, y luego desaparece.

¡Qué amor tan infantil y tan llorado!
 ¡Qué dolor tan intenso y tan profundo!
 ¡Qué locura de habernos adorado,
 Para no ser felices en el mundo!

1869.

JULIETA Y ROMEO

(SHAKESPEARE)

— ¡Adiós! La alondra anuncia la mañana :
 Es preciso partir; adiós, mi amor...
 — No es la alondra... la aurora está lejana;
 Es el dulce cantar del ruiseñor.

Todas las noches, sobre aquel granado,
 Me viene con sus trinos á arrullar...
 — Canta la alondra ya, mi bien amado :
 La luz de la mañana va á brillar.

Si me sorprende aquí...

— Calla...

— La muerte

En oscura prisión encontraré;
 Pero en mi eterno afán de obedecerte,
 Que canta el ruiseñor excluiré.

Y aquella faja gris que sobre el cielo
Comienza entre las sombras á lucir,
Diré que es de la noche el denso velo;
Que es sombra el sol...

— ¡No puedo resistir!

La alondra es la que canta; siempre odiosa
Ha sido para mí; me causa horror;
Sus ojos de mirada recelosa
Cambian, cual los del sapo, de color.

Escucha... anuncia al sol, cantando ufana;
Prisión y muerte encontrarás aquí...
¡Aborrezco la luz de la mañana,
Porque me viene á separar de ti!

— Te obedezco, y me voy... ¡ya nace el día!
¡Ay! ¿cuándo juntos nos verá á los dos?
— Un beso, dame un beso, amada mía...
— Y en ese beso el alma...

— ¡Adiós!

— ¡Adiós!

ANTE EL CADÁVER

DEL DOCTOR FRANCISCO MONTES DE OCA

¿Tú, gladiador de la ciencia,
Te abatiste al golpe rudo
Que dió fin á tu existencia?
¿No te sirvieron de escudo
Tu saber y tu experiencia?

Tú, que con experta mano,
Más que ninguno podías
Estudiar el cuerpo humano,
¿De tu triste fin cercano
El instante conocías?

¿Cuál mano habrá suficiente
Y capaz para medir
El tamaño de ese puente
Suspendido frágilmente
Entre el nacer y el morir?

En vano estudiar queremos,
Pues de la razón se esconden
Esos arcanos supremos.
Los muertos nada responden,
Los vivos nada sabemos.

Lo mismo el débil que el fuerte,
El más sabio y el vulgar,
Ignoramos nuestra suerte...
Nacer es ir á la muerte;
Morir es resucitar.

En este recinto aun vibra
Tu acento, sabio inmortal,
Y del olvido te libra.
Tú estudiaste fibra á fibra
Nuestra veste material.

El más recóndito vaso
Abrióse ante tu escalpelo;
¿Pero describiste acaso,
Por qué es grande ó breve el paso
Entre la tierra y el cielo?

¿Por qué á lo ignorado ruedan
Las almas de noble afán,
Sin que detenerse puedan?
¿Por qué los malos se quedan?
¿Por qué los buenos se van?

Los que ante el deber desdeñan,
Cual tú, su propio sufrir;

Los que por el bien se empeñan;
Los que ilustran, los que enseñan,
Nunca debieran morir.

En cambio, los que reclaman
Del mundo sólo placer,
Los que en el vicio se inflaman;
Los que ofenden, los que infaman,
Nunca debieran nacer.

¡Hombre ilustre, sabio experto,
Que en la ciencia nada más
Viste faro, sol y puerto!
Responde: ¿Por qué te has muerto?
Contesta: ¿Por qué te vas?

¿Por qué dejas á tus fieles
Discípulos, que tu sien,
Entre dolores crüeles,
Cubriendo están de laureles,
Y de lágrimas también?

¿Puedo con tan débil estro
Cantar tus triunfos yo?
Aliviese el dolor nuestro:
Se va el cuerpo del maestro,
Pero sus palabras no.

Demos hoy á su memoria
Pedestal de gratitud;

A nuestra patria su gloria,
Su ilustre nombre á la historia,
Sus restos al ataúd.

En nuestro destino ciego
Tras él iremos en pos...
La materia... fatuo fuego;
Apágase... y surgen luego,
La conciencia, el alma, Dios.

Mas... calle el labio cobarde.
Si abierto el sepulcro está,
¿Quién hay que morir no aguarde!
Duerme, sabio... hasta más tarde...
¡Adiós!... hasta más allá.

LATIDOS MUDOS

Corazón sin amor, corazón muerto,
Que en lóbrega prisión lates vacío:
El mundo es para ti campo desierto,
Sin límites, sin luz, estéril, frío.

Nunca podrás ornar con frases huecas
La triste historia del dolor humano.
¿Qué son tus ilusiones? Flores secas.
¿Qué son tus esperanzas? Humo vano.

Sigue marcando rítmico latido
Que á la vida automática acompaña.
Fuiste trono, volcán, búcaro y nido;
Hoy eres, corazón, sólo una entraña.

FLORENCIA

Florenzia, el esplendor y la grandeza
Con que allá en otros siglos has vencido,
Al polvo de las tumbas han caído,
Y hoy sólo das albergue á la tristeza.

Mas el genio, el valor y la nobleza
De tus preclaros hijos no ha podido
Arrastrarlos el viento del olvido,
Ni hundirlos bajo el polvo y la maleza.

Del Dante y Miguel Ángel eres cuna,
Y, del Genio y del Arte en los anales,
Esto basta á tu gloria, á tu fortuna.

Morirán tus amigos, tus rivales,
Mas tú no morirás : que no hay ninguna
Tumba para la madre de inmortales.

EN EL TERCER CENTENARIO

DE

SANTA TERESA

Edad prodigiosa fué
Aquella en que el pensamiento
Tierra, mar y firmamento
Cruzó en alas de la fe;
Como entre sombras se ve
Sobre la extensión desierta
La aurora brillar incierta,
Y á sus pálidos fulgores
Se escuchan ya los rumores
De un mundo que se despierta.

Lanza rojiza su luz
Por todas partes la guerra,
Y aun se dividen la tierra
La media luna y la cruz.
Rompiendo el denso capuz,
Mira la Europa cristiana

Hoy *San Quintín*, y mañana
La epopeya de *Lepanto*,
Y siempre duelo y espanto
Sobre la conciencia humana.

En su celda silenciosa,
Con indomable tesón,
Alza Lutero el pendón
De la guerra religiosa.
Al cundir la pavorosa
Llama, que débil parece,
Fiera la discordia crece,
Y tan grande y tan profundo
Es el espanto, que el mundo
En sus ejes se estremece.

Y en medio á tantos horrores,
Que dejan tan hondas huellas,
Tiene el arte sus estrellas,
Tiene la ciencia sus flores:
Á artistas y trovadores
La gloria ofrece un laurel;
Y así, en consorcio fiel
Unidos, el mundo admira
El astrolabio y la lira,
La paleta y el cincel.

En la tierra castellana
Brotó hermosa y escondida
Una flor que halla la vida
Bajo la enseña cristiana.

Alma pura que se afana,
Como la alondra ligera,
Por remontarse á la esfera
En que un sol de amor la hierre;
Que muere porque no muere,
Pues tan alla vida espera.

Y esa flor de tallo enhiesto,
Joya de amor, de inocencia,
Le presta su rica esencia
Al siglo décimosexto.
Vive en retiro modesto,
No anhela pompas ni fama,
Pero tal fulgor derrama
Sobre la edad que atraviesa,
Que á la angélica Teresa
El mundo admira y reclama.

Y buscan su parecer,
Y reclaman su consejo,
Desde el más mozo al más viejo,
Desde el monarca al ujier.
Pronto tan sabia mujer
Corrige con docta pluma
Á las órdenes, y en suma,
Cuanto en sus obras entraña,
Se extiende al fin desde España
Al país de Moctezuma.

Ángel que tañe el laúd,
Alma soñadora, inmensa,

Virgen que tan sólo piensa
 En practicar la virtud :
 Tal desde la juventud
 Es Teresa, cuyo anhelo
 Es dejar el tosco suelo
 Donde la maldad anida,
 Y buscar la eterna vida
 Detrás de lo azul del cielo.

El austero sentimiento
 Junto al natural candor,
 Avivan más el fulgor
 Del astro de su talento.
 ¿Qué mira bajo el convento
 Su pecho amante y contrito?
 Mira el vergel exquisito
 Que aromas dulces exhala;
 Ve un peldaño de la escala
 Que conduce á lo infinito.

Teresa en su corazón
 Guarda esa llama divina
 Que trasforma, que ilumina,
 Que enaltece la razón.
 Si se entrega á la oración,
 Puesta ante la cruz de hinojos,
 Brotan de sus labios rojos
 Las flores del desvarío,
 Á las que da por rocío
 Las lágrimas de sus ojos.

Si su espíritu se aflige,
 Si se inquieta su conciencia,
 Su pluma en cada sentencia
 Alienta, instruye y corrige.
 Si su caridad le exige
 Dar de propaganda ejemplo,
 ¡Ah! ¡cuán grande la contemplo!
 Con el fuego en que se abrasa,
 Camina, y, por donde pasa,
 Funda una orden ó alza un templo.

Todo encierra esa mujer
 En su alma, que á Dios confía :
 La fe, la filosofía,
 La inspiración, el saber.
 Dejad los siglos correr
 Sobre el campo de la historia;
 Ellos no empañan su gloria,
 Ni amenguan su caridad,
 Que siempre la humanidad
 Dará culto á su memoria.

¡Noble España! tu fortuna
 Mayor á mis ojos es,
 Cuando humillada á tus pies
 Miraste á la media luna,
 La de haber sido la cuna
 De tanto genio que ufano
 Fué en su tiempo, soberano;
 Cuando en la paz ó en la guerra
 Dabas un rey á la tierra,
 Y otro al pensamiento humano.

Tantas tus grandezas son,
 Que en altivo, inmortal vuelo,
 Juntas forman en tu cielo
 Inmensa constelación.
 Cervantes y Calderón,
 Lope de Vega, Moreto,
 Murillo, el *Españoleto*
 Y otros mil prueban iguales
 Que tú de hacer inmortales
 Siempre has tenido el secreto.

Hoy, tierra de la lealtad,
 Nos ves en la noble empresa
 De honrar en Santa Teresa
 Tus grandezas de otra edad.
 Yérguete con majestad
 En este solemne día,
 En que se une á la voz mía,
 Por tus glorias despertada,
 De mi patria idolatrada
 La sincera simpatía.

Al rendir culto al talento,
 Al saber, á la virtud,
 Si no basta mi laúd
 Á expresar mi pensamiento,
 Sí ensalzará este momento
 Que une á dos pueblos que son
 Uno por su inspiración
 Y su heroísmo profundo,
 Pues los ligan en el mundo
 La lengua y el corazón.

AL PARTIR

¿Qué dolor tan intenso me devora?
 ¿Qué pena tan profunda me acompaña?...
 Ruge el mar á los besos de la aurora,
 Mi nave zarpa al fin..... te dejo, España.

De mi postrer adiós fueron testigos
 Cariñosos, tendiéndome las manos,
 Los que ayer al tratarlos llamé amigos,
 Y dejándolos hoy, los siento hermanos.

¡Ay! olvidarte, España, fuera mengua.
 Azul como el de Méjico es tu cielo;
 El mismo corazón, la misma lengua,
 Y la fe, y el arroyo, y el anhelo.

¡Con cuánto amor acoges afanosa
 Al que llega de Méjico á tus lares!
 ¿Cómo olvidarte nunca, tierra hermosa,
 Si ungiste con tu aplauso mis cantares?

Adiós, España, adiós; la varia suerte
 No sé si á ti me volverá mañana;
 Mas yo guardo en el alma hasta la muerte
 Tus recuerdos ¡oh tierra castellana!

Será siempre tu nombre ya esplendente
 Donde me lleve la fortuna loca,
 El más dulce recuerdo de mi mente,
 La más tierna palabra de mi boca.

España ¡adiós! Dejarte no quisiera,
 Mas torno al suelo que meció mi cuna;
 Mi patria voy á ver... ella me espera:
 ¡Tierra como la patria no hay ninguna!

De líquido zafir, de hirviente plata
 Alza montes el mar; despunta el día,
 Y el hermoso horizonte se dilata
 Cortado por la agreste serranía.

¿Qué diré recordando tu grandeza?
 Mi patria y tú comparten mis amores;
 Iguales son su gloria, su nobleza,
 Su afán, sus esperanzas, sus dolores.

Diré que amo á las dos; que el alma extraña
 Á las dos por igual si no las miro;
 Que en España por Méjico suspiro,
 Y en Méjico suspiro por España.

EN UN ABANICO

Preso el céfiro entre galas
 Que labra y domina el arte,
 Tan sólo para besarte
 Suelta sus ligeras alas.

No extrañes que su prisión
 Rompa para darte un beso
 Si sabe que tienen preso
 Tus gracias un corazón.

LAS DOS CORONAS

A LA SEÑORA F. C. DE A.

I

¡Le amabas y te amaba! Dios lo quiso.
 Eran vuestros dulcísimos amores
 Un ensueño inmortal del paraíso,
 Sin zozobras, sin llanto y sin dolores.

Nacido bajo el sol de Andalucía,
 Tú bajo el sol de Méjico esplendente,
 Ambos erais ternura y poesía,
 Inmensa el alma, el corazón ardiente.

Discreto, afable, pensador, sincero,
 Cifrando su esperanza en tu cariño,
 Semejaba un antiguo caballero
 Con rostro de varón y alma de niño.

Logrando al fin vuestra mayor ventura,
 Dios selló vuestra unión en sus altares,
 Brillando entonces en tu frente pura
 La corona de blancos azahares.

¡Qué grato bienestar! ¡Qué hermosa calma!
 ¡Qué porvenir tan dulce y tan risueño!
 ¡La eterna fe de la pasión del alma,
 Brillante y viva al despertar de un sueño!

Con dos almas en una confundida,
 Entre dichas de amor arrulladoras,
 En plena primavera de la vida
 Miran fugaces resbalar las horas.

Con él te alejas de los patrios lares;
 El amor y la fe los acompaña,
 Y juntos cruzan los profundos mares,
 Y levantan su hogar en tierra extraña.

Los sorprende dichosos cada día.
 ¡Son dos almas que están en primavera!
 Y florece en venturas y alegría
 La corona nupcial que él te ciñera.

¿Quién le teme á las iras de la suerte?
 Felicidad y amor todo pregonan,
 Y los libra del llanto y de la muerte,
 Bendecida por Dios, esa corona.

II

Ya en tu patria, y mirando con anhelo
Cerca de ti á los seres que te adoran,
¿Por qué te agitas con profundo duelo?
¿Por qué tus ojos incansables lloran?...

¡Ah! cuando eras feliz; cuando la suerte
Con más vivo esplendor te sonreía,
Alevosa y fatal llegó la muerte
Y en él posó su mano torpe y fría.

¡Ay! ¿Cómo pudo ser? ¡Pocos abrilés
Para ti fueron dulces y serenos!
¿Por qué quedan los malos y los viles?
¿Por qué se van los justos y los buenos?

¿Cómo la tierna flor que abre su broche,
Se puede marchitar, recién nacida?
¿Cómo enlutar la aurora con la noche?
¿Cómo herir con la muerte en plena vida?

Hoy, todo luto en tu redor pregona:
Las magnolias de ayer hoy son abrojos;
Y tejes en silencio una corona
Que riegas con el llanto de tus ojos.

Y así empapada con tu acerbo llanto,
Con él mojadás sus sencillas flores,
La mandas tierna á su sepulcro santo
Como última expresión de tus amores.

¡Qué bello es adorar como tú adoras!
¡Cuán hermoso sentir cual tu alma siente!
Pasando en honda soledad las horas,
Turbado el corazón, baja la frente.

Pensando siempre en él; enamorada
De su recuerdo en lágrimas fecundo;
Hundiéndose en el espacio la mirada,
Queriéndolo buscar en otro mundo.

Bien haces cuando triste te emocionas
Con sólo ver las letras de su nombre...
Le has dado con tu amor las dos coronas
Que hallar anhela el corazón del hombre.

Una brilló en tu frente casta y pura
En el instante augusto de tu boda...
Otra lleva á un sepulcro tu amargura,
¡Y le has dado en las dos el alma toda!

¡POLVO NO MÁS!

Humano corazón, profundo abismo
Donde el misterio impenetrable anida,
Voluble siempre, pero siempre el mismo
En los grandes dolores de la vida :

¿Quién ha de describirte los arcanos
Que tu constante palpitar encierra?
Mañana ¿qué serás? ¡Polvo y gusanos!
¡Triste fin de las luchas de la tierra!

Y sueñas, y padeces, y palpitas,
Y nada grato á consolarte alcanza,
Y como frágil péndulo te agitas :
¡Péndulo del reloj de la esperanza!

¿Reside en ti, como en ardiente foco,
La luz que en el cerebro se derrama?
¿Eres un pensador? ¿Eres un loco?
¿Qué guardas, corazón : pavesa ó llama?

Ni tú ni nadie descifrar pretenda
De la mísera vida los arcanos :
La que te cubre impenetrable venda,
La rompen en la tumba los gusanos.

EN EL ÁLBUM
DE
CLEMENTINA DE VERE

Nadie cual tú ha de cantar,
Porque tienes un acento
Tan lleno de sentimiento,
Que cantando haces llorar.
Yo no aplaudí al escuchar
Tu voz, pero no te asombre...
¿Aplaudir?... busca otro nombre ;
Algo más es responder
Á la voz de una mujer
Con las lágrimas de un hombre.

EN EL TEMPLO

I

Nebulosa, helada, triste,
Como mañana de invierno,
Con todas las fuentes mudas,
Todos los pájaros muertos,
Todas las flores marchitas,
Todos los árboles secos,
Así está el alma que vive
Encerrada en este cuerpo,
Y así están los horizontes
De mi estéril pensamiento.
¡ Cómo trascurren los años !
¡ Cómo se quedan los duelos !
¡ Cómo semeja la vida
Solitario cementerio
En que están doblando siempre
Las campanas del recuerdo !

¡ El llanto provoca risa,
 Las quejas provocan tedio,
 Nadie sufre ni se duele
 De los martirios ajenos !
 ¡ Felices los resignados,
 Que padecen en silencio,
 Y dichosos los que ponen,
 Callados, fuertes, serenos,
 Por afuera las sonrisas,
 Y las lágrimas por dentro !
 ¡ Qué amargo es vivir mirando,
 En la soledad sin término,
 Las penas cerca, muy cerca,
 Las dichas lejos, muy lejos,
 Cuando la tierra parece
 Triste y vasto cementerio,
 Y está el alma aprisionada
 En el miserable cuerpo,
 Nebulosa, helada y triste,
 Como mañana de invierno !

II

Era muy bella y muy joven ;
 Parece que la estoy viendo :
 Las lágrimas anublaban
 Sus ojos como luceros,
 Y rodaban silenciosas
 Hasta perderse en el suelo.
 De rodillas en las losas
 Del altar mayor de un templo

Ocultando el rostro hermoso
 En los crespones de un velo,
 Con un rosario en las manos,
 Toda cubierta de negro,
 Con la cabeza inclinada
 Sobre el angustiado pecho,
 Sollozaba amargamente,
 Orando y llorando á un tiempo ;
 Pero con tan honda pena,
 Con un dolor tan acerbo,
 Que de seguro llegaban
 Sus plegarias hasta el cielo.
 Yo, que, aturdido del mundo,
 Busco retiro y silencio,
 Entréme aquella mañana
 Al abandonado templo,
 Y en el ángulo más solo,
 Bajo el enverjado negro
 Del coro, como una estatua,
 Callado quedéme y quieto.
 La luz temblaba en los vidrios.
 Dándole vida á los frescos,
 Y estaban las esculturas
 Como hablando y sonriendo.
 Al pie del gran crucifijo
 Dos cirios amarillentos
 Bañaban con luz dudosa
 Cuatro ramilletes secos.
 Y allí en el ángulo oscuro,
 Pintado en el tosco lienzo,
 Jesucristo suda sangre
 De Gethsemani en el huerto...

La enlutada reza y llora,
 Mojando el mármoleo suelo,
 Y al escuchar sus sollozos,
 Sus oraciones oyendo,
 Adelanto algunos pasos
 Y hasta donde está me acerco.
 Allí también de rodillas
 Dejo trascurrir el tiempo ;
 Ella firme reza y llora,
 Y yo ni lloro ni rezo.
 Al fin ella se levanta,
 Cruza el solitario templo,
 Y miro el hermoso rostro
 Velado en crespones negros,
 Tras los cuales se adivinan
 Dos ojos como luceros...
 Me adelanto hasta la fuente
 Del agua, y yo se la ofrezco,
 Para lograr que la tome
 Entre mis convulsos dedos.
 Llega, la cabeza inclina,
 Ese rasgo agradeciendo,
 Y luego, al alzar su rostro,
 Los dos nos reconocemos.
 ¿Tú?... sí, yo soy, me responde,
 ¿Tú?... sí, yo soy, le contesto,
 ¡Imposible!... sí... ¡imposible!
 Clamamos los dos á un tiempo.
 Y ella, envolviéndose el rostro
 Con más crespones del velo,
 Sale con la frente baja
 Del abandonado templo,

Y junto á la sacra fuente
 Como una estatua me quedo,
 Murmurando sin palabras
 Este oculto pensamiento :
 ¡ Mentira que en este mundo
 Jamás se encuentren los muertos !
 Con razón el alma gime
 Encerrada en este cuerpo,
 Nebulosa, triste, helada,
 Como mañana de invierno.

EN NAVIDAD

¡ Oh noche ! tú la que pueblan
Del regocijo los ecos,
Con el tronar sonoro
De atambores y panderos :
¿ Qué importa que en copos leves
Esté la nieve cayendo,
Si está el calor en las almas,
Y en el hogar no hay invierno ?
¡ Cuántos gritos de entusiasmo
Lanzan los humanos pechos !
Hay risa en todos los rostros,
Vigor en todos los cuerpos,
Y hasta lucen con más brillo
Las estrellas en el cielo.
Entre tanto, algunos viven
Lamentándose en silencio
De males que nadie cura,
Por ser males sin remedio.
Pasa bajo las ventanas
En grandes grupos el pueblo ;

Todos gozan, todos cantan,
Todos olvidan sus duelos,
Y con dulces villancicos,
Breves, espontáneos, tiernos,
Con el alma te saludan,
¡ Oh noche de los recuerdos !
Son las horas las arenas
Que en la ampolleta del tiempo,
Van lentas é indiferentes
Unas tras otras cayendo.
En esta mísera tierra
Todos somos pasajeros,
Y, terminado el viaje,
Todos de aquí nos iremos.
Volverán las navidades,
Volverá el mismo contento,
Agitarán nuevas manos
Cual las nuestras los panderos,
Volverán esas estrellas
Á lucir sobre los cielos,
Y leves copos de nieve,
Cual hoy, estarán cayendo ;
Pero nosotros, ¡ quién sabe,
Entonces donde estaremos ;
Que el polvo se vuelve al polvo,
Y el alma retorna al cielo !
Con razón eres tan dulce
¡ Oh noche de los recuerdos !
En tus horas olvidamos
Nuestros constantes tormentos ;
Y pues nos das con tus goces,
Y nos dejas con tus ecos

Muchas esperanzas dulces
Y muchos gratos ensueños,
Sigue, cual eres, tan bella,
Sigan tus dichas creciendo,
Aunque alguna vez nos halles
Disfrutando eterno sueño,

¿POR QUÉ?

Cansado, nunca vencido,
En estas luchas del mundo,
Débil juzgándome á veces,
Estoy solo y me pregunto :

Pensamiento, ¿por qué buscas
Siempre al pensamiento suyo,
Tan poblado de tristezas,
Tan glacial y tan oscuro ?

Y el pensamiento me dice :
« No te asombre si le busco :
¡El sol es más alto, y baja
Al fondo de los sepulcros ! »

Á UNA
ARTISTA GRANADINA

Yo comprendí á *Desdémona*, mirando
En tu semblante su aflicción secreta,
Como he visto en tus ojos fulgurando
La pasión y las ansias de *Julieta*.
Fedra, te vi salvar las tempestades
Que el olvido arrojó sobre la historia,
Y alzar de su sepulcro á las edades
Que arropa con su túnica la gloria.
Ira que sobre el crimen centellea
Y en el humano corazón se esconda,
Viviente tradición, te vi en *Medea*,
Y el alma al admirarte quedó muda.
Adriana, por sublime te pregonan
Cuantos te ven interpretar serena
Esos grandes martirios que coronan
Las frentes de las reinas de la escena.

¡*Sor Teresa!* al mirarte prorrumpimos
En un hurra triunfal, y con las palmas,
Premios del vencedor, allí te dimos
Los símbolos de amor de nuestras almas.
¡*María Antonieta!* erguida en tu nobleza,
Soberbia en el dolor y en la fortuna,
Reclinaste tu espléndida cabeza
En donde alzó la libertad su cuna.

El vulgo indiferente, que no aprecia
Cómo vuela, con sólo una mirada,
Á los campos hoy secos de la *Grecia*,
Una flor de la vega de Granada,
No te comprenderá : ¿ cómo podía
El reptil ver al sol con el orgullo
Con que lo ven las águilas, María
Eres el himno, el cántico, el arrullo...
Para gloria de todos has nacido,
Y es la gloria la luz de tu estandarte.
Tu augusto nombre quedará esculpido
Bajo los templos góticos del Arte.
El mundo á los artistas no perdona ;
Mas nunca el mundo olvidará, inclemente,
Que tiene en cada dardo una corona
La corona de espinas de tu frente.

POESÍA

LEÍDA EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS Á LAS
NIÑAS Y NIÑOS DE LAS ESCUELAS Y AMIGAS MUNICIPALES,
EL DÍA 26 DE DICIEMBRE DE 1885.

Como en el fértil campo á la simiente
La madre tierra cariñosa abriga,
Y afirma la raíz, y alza en la frente
Del verde tallo la ondulante espiga ;

Y de la lluvia el fecundo riego,
Antes que invierno siembre nieve y luto,
Templa del almo sol el sacro fuego,
En frágil rama sazonando el fruto :

Así el rayo primero de la ciencia,
Con que el cerebro oscuro se ilumina,
Es de inmortal simiente clara esencia,
Que en luz y en gloria y en saber germina.

Rayo que poderoso se desprende,
Alumbrando el imperio soberano,

Que con su impulso irresistible extiende
En lucha eterna el pensamiento humano.

Y es el modesto asilo de la escuela
Soberbio Olimpo de que el rayo parte,
Y por el mundo incontrastable vuela
Á dar la ciencia y á inspirar el arte.

Y se tornan en llaves encantadas
Para abrir de la ciencia el santuario,
Esas frágiles hojas desdeñadas
Que forman el humilde silabario.

Sorprendiendo el misterio en sus altares,
Sin temor, ni zozobras, ni desmayo,
El hombre pudo atravesar los mares,
Pesar el sol y encadenar el rayo.

Del diamante que claro reverbera
Buscó el secreto en el carbón fundido:
Y fijando á los astros su carrera,
Prisiones dió á la luz, ley al sonido.

Por eso el alma goza y se extasia
Cuando contempla, con amor profundo,
Esos grupos de niños que algún día
Han de esparcir la ciencia por el mundo.

¿ Quién les niega su aplauso y su cariño ?
El lauro que sus frentes engalana,
Refleja un porvenir. ¡ En cada niño
Saludemos un sabio del mañana !

ÚNICO ALIVIO

Cual terrible huracán que se desata,
Y sorprende á la nave en alta mar,
Así á mi corazón el infortunio
Sorprendió de mi vida en la mitad.

Nada logra el endeble marinero :
¿Quién refrena la sorda inmensidad ?
El hombre en los combates de la vida
Debe resignarse y esperar.

EN PLENO CAMPO

Seis horas duró el combate ;
Fueron seis siglos por largas ;
Corrió la sangre á torrentes
Por llanuras y montañas ;
Se enrojecieron las piedras,
Y hubo en los árboles ramas
Que hospedaron en sus hojas
Fragmentos de carne humana.

Era un coro del infierno
Aquel silbar de las balas,
Entre las del humo, densas
Nubes gigantes y blancas.
Sembró estrago en todas partes
La mortífera metralla,
Sin medir méritos, años,
Arrojo, virtud ni audacia.

Llovió fuego en donde quiera,
Fuego del que no se apaga

Sino en la sangre del cuerpo
 Que al hondo abismo resbala.
 No puedo pintar la escena :
 Color y fuerza me faltan ;
 ¡ Qué terrible ! ¡ Qué espantosa !
 ¡ Tiemblo sólo al recordarla !
 Y la vi con estos ojos
 Que de las órbitas saltan ;
 No eran hombres, eran fieras,
 Eran más : ¡ fieras con alma !

Cuando hubo cesado todo,
 Tendió la noche sus alas,
 Y tras los montes la luna
 Alzó su disco de plata
 ¡ Cuántos muertos ! ¡ Cuántos muertos !
 No hay más arena en la playa ;
 Contábanse por millares ;
 ¡ La humanidad es tan mansa !

En medio de tanto estrago,
 Y en medio de sombra tanta,
 Viendo que hambrientos, veloces,
 Los buitres graznando bajan,
 Y en ojos que ya no miran,
 Los picos con furia clavan,
 Mientras por sus dueños, tristes
 Los perros aullando ladran ;

Una mujer con la veste
 Mal ceñida y desgarrada,
 Con la cabellera suelta

Al viento sobre la espalda,
 Llega al campo ; estremecida,
 De muchos rostros aparta
 Su vista ; sigue, tropieza,
 Vuelve á mirar cara á cara
 Á otros de los mil que duermen.
 Murmura alguna plegaria,
 Y después, lanzando un grito,
 Que repiten las montañas,
 Da sobre un cuerpo, lo besa,
 Con ciega pasión lo abraza,
 Lo siente helado, y pretende
 Tener aliento de llamas,
 Para soplarlo en su boca,
 Rígida y amoratada.

¿ Quién te arrebató — pregunta —
 La vida ? ¿ Quién me arrebató
 La dicha, las ilusiones,
 La fe, el amor, la esperanza ?
 Con beber toda su sangre
 Tal crimen no me pagara,
 Y al decir esto, contempla
 En la frente, abierta y ancha
 Herida por donde el plomo
 Metióse á sacar el alma.

Y entonces, trémula, junta
 Su boca, sin medir nada,
 Á la herida, y, al sorberla,
 Coge en sus dientes la bala...

« Aquí estás, mas ¿ qué consigo
 Con tenerte ? » luego exclama :
 « El arma, tú no, ¡ tampoco !
 El brazo quiero, no el arma... »
 Y después, como una loca,
 Gritando con hondas ansias,
 Abrazó el rígido cuerpo,
 Y eran sus angustias tantas,
 Que se heló toda su sangre,
 Sus ojos no vieron nada,
 Y cual si fuera de mármol
 Por lo fría y por lo blanca,
 Allí la encontraron muerta
 Al despuntar la mañana.
 ¿ En dónde fué tal combate ?
 ¿ Por qué la historia no marca
 El lugar de tales hechos,
 La fecha de tal campaña,
 Y el nombre de aquel dichoso
 Por el que murió la dama ?
 No busquéis nombre ni sitio :
 Lo sabrá todo el que nazca,
 Como todo el que ha nacido
 Lo sabe, aunque se lo calla...
 ¿ Combatientes ? ¡ las pasiones !
 ¿ Campo ? ¡ la existencia humana !
 Los ensueños son los muertos,
 Los buitres son las desgracias,
 Y la fe yerto despojo
 Al que con pasión se abraza,
 Después que cesa el combate ;
 Una mujer ¡ la esperanza !

Decid, los que habéis vivido :
 ¿ Es esto verdad ó fábula ?

EN EL ÁLBUM DE LA
ESCUELA NACIONAL DE CIEGOS

Ciego le llamo, aunque ve,
Al que niega y al que ignora ;
El ciego busca su aurora
En la ciencia y en la fe.
El ciego ve á Dios ; lo sé,
Pues Dios es luz penetrante,
Y el escéptico ignorante
Que ofusca en sombra el deseo,
Le dice á Dios : « no te veo, »
Cuando lo tiene delante.

AMANECIENDO

Un niño muerto en la cuna ;
La madre llorando al pie ;
Por la ventana se ve
Llegar á ocaso la luna.

En la pobre habitación
Brilla escasa y tenue luz
Debajo de negra cruz,
Emblema de redención.

La madre se desespera,
Y junta, besando al niño,
Á lo blanco del armiño
La palidez de la cera.

Á un tiempo se queja y ora
Á un tiempo duda y suspira ;
Le habla, lo toca, lo mira,
Pronuncia su nombre y llora.

Á veces, « ¿ por qué te vas ?
Pregunta con hondo empeño,
Y á veces dice: « ¡ es un sueño ! »
« Ya pronto despertarás. »

Y mirando al niño yerto,
Exclama en su desvarío :
« ¡ Qué sosegado y qué frío !
¡ Si parece que está muerto ! »

Y con esta ilusión vana,
Que encarna allí su fortuna,
Parece junto á la cuna
Un ángel en forma humana.

Oye un coro resonar
Que dulces voces derrama :
« ¡ Son los ángeles », exclama ;
« Se lo vienen á llevar ! »

Y al ver los rojos destellos
Que bajan del niño en pos,
Agrega : « ¡ te alumbra Dios
El camino : ve con ellos ! »

« Si, Dios te llama, alma mía »...
Y el rostro al del niño junta,
Y se desmaya ; y despunta
Allá por Oriente el día.

¡ Todo es luz, vida y belleza
En torno de aquel dolor !
¡ Y hay quien llame con amor
Madre á la naturaleza !

PRIMERA PÁGINA

En este altar, que guardará las flores
Que en holocausto den á tu hermosura,
Fuera un crimen hablarte de dolores,
De llanto, de orfandad y de amargura.

Eres bella y gentil, dulce y sentida ;
Dios, que vela tus pasos en el suelo,
Te dé tantas venturas en la vida,
Como perlas dió al mar y astros al cielo.

SIMBOLO

En un cementerio hallé,
Tallada en el mármol frío,
Sobre un sepulcro vacío
Una estatua de la fe;

Y me puse á contemplar
En sitio tan sosegado
Aquel conjunto bañado
Por la luz crepuscular.

No parecióme ficción
Ni emblema que nadie alcanza,
Sinó viva semejanza
De mi triste corazón.

Reconocilo ; allí está :
Erguida y firme la Fe,
Y un antro oscuro á su pie
Donde nadie vive ya.

Y miraba el arrebol
Que un rayo al sepulcro lanza,
Imagen de mi esperanza,
Que se oculta como el sol.

Mudo sepulcro sombrío,
Nadie su llanto te dé...
¿Puedes sustentar la fe,
Estando helado y vacío?

¿Qué son tus mármoles vanos,
Con los que al barro subyugas?
¡Alcázar de las orugas
Y trono de los gusanos!

Ni restos guardas aquí,
Ni brillas con lumbre fatua...
Por rendir culto á la estatua
Se acercan todos á ti...

La mano que te labró,
Conoce mis hondos males ;
Mira que somos iguales,
Tú en piedra, y en carne yo.

SIC VITA

Bajo el follaje sombrío
Un árbol ha de guardar,
Á las márgenes del río,
El nombre tuyo y el mío
En su tronco secular.

Los dos nombres ha grabado
El buril de una pasión
En el fresno consagrado
Á cuya sombra ha soñado
Contigo mi corazón.

Vendrá el invierno temido,
Sus ramas se abatirán,
Y en el tronco carcomido,
Vencedores del olvido,
Nuestros nombres vivirán.

Ellos vivirán unidos,
Nuestras almas tal vez no :
Que estarán desvanecidos
Los ensueños más queridos
Que la esperanza forjó.

¡ Y habrá sucedido tanto !
El hoy se torna en ayer,
Y la dicha en desencanto :
¡ Cuánto dolor ! ¡ Cuánto llanto,
Sin habernos vuelto á ver !

Y el culpable ¿ quién ? ¿ Yo ? ¿ No
¿ Tú ? ¿ tampoco ! ¿ Los dos ? Dí :
¿ El tiempo que raudo huyó ?
¡ Ni el tiempo, ni tú, ni yo !
El corazón es así.

SOL ETERNO

De los astros que guarda el firmamento
Ninguno humilla al sol...
Es un rey que los vence á nuestros ojos
En magnitud, en brillo y en calor...

Tiene también un cielo azul y puro
Mi triste corazón...
Y en él un astro rey deslumbra y ciega :
¡El astro inmenso de tu inmenso amor!

Único, eterno, esplendoroso, augusto,
Allí lo guardo yo...
Lo guardo, y le consagro, como el Inca,
Ferviente culto, eterna adoración.

Eres única, sábelo : en mi cielo
Tan sólo impera un sol...
Como imperan también en mi conciencia
¡Una fe nada más, un solo Dios!

MAGDALENA

¡Te conocí soñando, Magdalena!...
Cruzó el revuelto mar de las edades
Mi espíritu agobiado por la pena,
Y á orillas del hermoso Tiberiades,
Sobre los campos del Medjdel desiertos,
Buscó en la triste soledad abrigo,
Y te llegó á encontrar, y habló contigo
Con el lenguaje extraño de los muertos.
De Medjdel á Tell-Hum, ya fatigado,
Como un ave del mar, doblando el ala,
Crucé por Dalmanutha y por Bethsado,
Dejè Caphar y me interné en Magdala.

El lago estaba quieto ; de sus ondas
Un resplandor tristísimo surgía ;
Los arbustos sin aves y sin frondas
El viento de la noche sacudía...
Y en una abrupta roca mal colgada
Del hoy desierto y misterioso monte
Te pude ver llorando arrodillada,

Vuelta la vista al lúgubre horizonte.
 El fugitivo rayo de la luna,
 Como celeste nimbo, tu cabeza
 Bañaba en tenue claridad; ninguna
 Mujer tuvo más gracia, más belleza,
 Más amarga aflicción, ni más tristeza
 Que las que reflejaba tu semblante,
 Y que en aquellas horas tan tranquilas,
 Miré con esos ojos sin pupilas
 Que le mostraron el infierno al Dante.
 ¿Qué te dije? ¡No sé! Caí á tus plantas,
 Vi tu rostro tan dulce ya marchito,
 Tu frente sin color, tu rubio pelo,
 Tus rugosas y lívidas mejillas,
 Y en alto y juntas, demandando al cielo,
 Tus manos descarnadas y amarillas.

«¿Quién eres?» pregunté... «Turba un momento
 Tu éxtasis de dolor, tu eterna lucha » :
 Me viste entonces, y con dulce acento,
 « ¡Soy Magdalena! »... respondiste; « escucha :
 Yo soy la Magdalena pecadora,
 Por la mano de un Dios regenerada,
 La que hoy disfruta de la eterna aurora,
 Surgiendo del abismo de la nada...
 Bella estatua de barro deleznable,
 En el alma llevando el anatema,
 Mi vida tormentosa y miserable
 Es de la triste humanidad emblema...
 Entregada al placer, manché las alas
 De la fe, del amor, de la inocencia...
 Prestóme el vicio sus lucientes galas,

Y sofoqué la voz de la conciencia.
 El velo del pudor rodó deshecho
 Á mis pies, que marchaban entre flores,
 Y mil voces en torno de mi lecho
 Cantaron mi belleza y mis amores.
 Rechacé á los que sufren y que gimen,
 Y en mi carro triunfal conduje, uncidos
 Con la cadena del amor y el crimen,
 Nobles magnates por mi amor vencidos.
 Mas la materia es frágil; nada dura
 Fuera de la verdad y la pureza...
 Tiene el placer su noche de amargura,
 Y el torpe amor sus siglos de tristeza.
 Como esa voz secreta que nos guía
 Eternamente al bien, y su reproche
 Nos hiere el corazón en pleno día,
 Y nos perturba el sueño en cada noche :
 Otra voz celestial movió en mi pecho
 La escondida virtud, voz bendecida
 Que al corazón en lágrimas deshecho
 Le abrió las sendas de la nueva vida.
 Y en vez del odio y del rencor profundo
 Dióle ternura, compasión, consuelo,
 Y en vez del goce efímero del mundo,
 La eterna dicha en prometido cielo...
 Esa voz la escuché del Dios Humano
 En un triste rincón de la Judea...
 Tocó mi frente con su augusta mano;
 Tu culpa, dijo, perdonada sea.

Y llorando á sus pies, todos mis males
 En bienes se tornaron con su nombre...

¡Yo he visto al Redentor de los mortales!
 ¡He oído la palabra del Dios-Hombre!
 Nada hay más grande, sabio ni profundo;
 Todo á su paso vive y se levanta...
 El sol, los astros, cuanto abarca el mundo,
 Son pobres pedestales de su planta.

¡Yo soy la humanidad culpable y ciega
 Que al vicio y al error himnos entona...
 Y al fin busca á su Dios, su fe le entrega,
 Y ese Dios la redime y la perdona.

Soy la mujer culpable, arrepentida,
 Que, soñando alcanzar paz y ventura,
 Vuelve un Jordán de lágrimas su vida,
 Y en ellas lava su conciencia impura. »

MYGDALIA

A RAFAEL DE ZAYAS ENRÍQUEZ

No te la puedo describir; quisiera
 Todo el brillo del sol al medio día,
 Todo el matiz del campo en primavera,
 Los tumbos todos de la mar bravía;

Los tintes de los vírgenes boscajes,
 Del iris los magníficos colores,
 Octubre con sus toldos de celajes,
 Y Mayo con sus túnicas de flores.

No te la puedo describir, ni tienes
 De su hermosura corporal idea;
 Le falta el lauro helénico á sus sienes,
 Que humillan las de Venus Citea.

En su pecho de mármol cincelado
 Los odios no hallarás ni las envidias,
 Que en sublime consorcio le han formado,
 Psyquis el alma, y la materia Fidias.

Hasta el aire se aduerme en su regazo,
 Cuando no queda entre sus rizos preso;
 Dios su talle formó para el abrazo,
 Y Satanás su boca para el beso.

De pie sobre un altar, ella tendría
 La majestad y el culto de la diosa;
 De pie sobre un jardín, ella sería
 Oropéndola, lirio ó tuberosa.

Tiene esa reina, que tornó su esclava
 Con dardos de pasión el niño ciego,
 Venas azules que desbordan lava,
 Y ojos que miran desbordando fuego.

Su hablar cautiva, su mirar provoca;
 Es unas veces fiera y otras niño;
 Es de viviente púrpura su boca,
 Como es su piel de palpitante armiño.

Esta pasión que se difunde ardiente,
 Calcinando mi ser, no es un arcano;
 Es un bólido rojo, incandescente,
 Que surge y cae en el cerebro humano.

Cuando ella no me ve, yo la persigo;
 Me mira, y en bondad torna mi encono
 Cuando otros la bendicen, la maldigo;
 Cuando otros la condenan, la perdono.

Si llegara á juntarnos el destino,
 Formáramos los dos contraste eterno :

Ella, cual la virtud, del cielo vino;
 Yo, con mis penas, visité el infierno.

Ella es la nube roja orlada en oro
 Que en el lecho del sol flotando crece;
 Va muy alta, muy alta, y yo la adoro;
 Subo, llego, la toco, y desaparece.

La acompaña un verdugo, el sentimiento;
 La domina una maga, la ternura;
 Ha vivido en un antro, el sufrimiento;
 Paga un crimen innato, la hermosura.

Nada en ella es vulgar; nada le engrie;
 Odia la compasión; si sufre, canta;
 Siempre que tiene que llorar, se ríe,
 Y esa risa con lágrimas me espanta.

Me atrae, me vence; tiene á sus antojos
 Mi voluntad humana sometida;
 Una chispa del rayo de sus ojos
 Es un sol en los cielos de mi vida.

Si fuera un monstruo, la adorara ciego;
 Mujer, esclavo soy de su hermosura;
 Sólo la muerte apagará este fuego
 Y esta pasión que engendra la locura.

Desatar estos lazos con el rudo
 Viril esfuerzo del poder del hombre,
 Imposible será : Dios hizo el nudo.
 ¿Qué importan gloria, 'porvenir ni nombre?

Si al mismo tiempo hasta el dintel llegamos
De ese abismo en que todo se derrumba,
Y en una misma tumba reposamos,
¡Un tálamo nupcial será esa tumba!

PREMIOS

I

Allí va el soldado que á huestes extrañas
Tenaz combatió;
Triunfó sin bandera, dejó las montañas;
Ni hogar ni fortuna después encontró...

Sus padres murieron, llorando su ausencia,
Su esposa también...
Inválido arrastra su triste existencia,
Y enfermo y mendigo las gentes lo ven.

El prócer sus hechos gloriosos olvida,
Ni amparo le da...
Fué un héroe, y por premio le amargan la vida.
Allí va el soldado,, dejadle... allí va...

II

Allí va aquel sabio que á propios y extraños
 Un tiempo admiró;
 En largas vigiliás pasóse los años,
 Buscando secretos que al fin descubrió.

Ciñeron su frente; su estoica grandeza
 Cantaron doquier...
 Hoy viejo y enfermo, con luto y pobreza,
 Su vida es un rudo tenaz padecer.

El prócer le olvida... ni ve su quebranto,
 Ni amparo le da...
 Confórmale sólo decir... ¡sabe tanto!
 Allí va aquel sabio... dejadle... allí va...

III

Allí va el artista; sus diestros cínceles
 Labraron ayer
 Estatuas que alcanzan eternos laureles,
 Y en áureos palacios podémoslas ver...

La fe de su genio buscaba la gloria,
 Y al fin la alcanzó:
 En bronce y en mármol le deja á la Historia
 La efigie de muchos que el mundo admiró.

Mas él vive pobre, y enfermo, y aislado...
 Ninguno le da
 Un premio que alivie su mísero estado.
 Allí va el artista... dejadle... allí va...

IV

Allí va el poeta, de lira gigante,
 El ser ideal.
 Su numen alcanza los vuelos del Dante;
 Homero le presta su aliento inmortal.

No tiene en la vida placer ni consuelos,
 Ni dicha ni fe...
 Por eso atraviesa, mirando á los cielos,
 Los cielos, no el barro que oprime su pie.

Si todos le miran cual loco mendigo,
 Ni pena le da...
 Las dichas que anhela, las lleva consigo.
 Allí va el poeta... dejalde... allí va...

DICHOSA

¿Sabes qué significa ser dichosa?
Tener un cielo azul,
Soñar con astros, pájaros y flores,
Con fe en el alma, y en los ojos luz.

Ver risueña á las puertas de la vida
La ardiente juventud;
Tener talento, gracia y hermosura...
¿Para qué decir más? ¡ser como tú!

AQUELLA HORA...

Iba muriendo la tarde,
¿Te acuerdas, amada mía?
Y dejaba callada en las flores
Sus besos la brisa.

La luna en el horizonte
Melancólica lucía,
Derramando en el cielo sus rayos
De luz blanquecina.

Sonaba esa hora que anuncia
La oración, dulce y tranquila,
Y nosotros hablábamos juntos;
Recuérdalo, niña :

De un amor todo pureza,
De una pasión infinita,
De dos almas ardientes que el mundo
Cruzaban unidas.

¿No sabes que yo te adoro,
Que soy tuya? me decías,
Y en tus ojos azules brillaba
La luz de la dicha.

¿Por qué sufres, si mi pecho
Todas tus penas mitiga?
¿Por qué sufres, si mi alma es tu alma,
Tus penas las mías?

No quiero mirarte triste :
Ven, y tu frente reclina
En mi seno, do enciende su llama
Pasión infinita.

Así dijiste, y entonces,
¿Recuerdas, graciosa niña?
Recliné delirante en tu seno
Mi frente abatida.

Sentí después que tus labios
Con una dulce sonrisa,
En mis labios posándose ardientes,
Me dieron la dicha.

Desde entonces, cuando sufro,
Voy con la frente abatida
Á posarme en tu seno un instante;
Y tú, amada mía,

Comprendiendo que te adoro,
Que sólo es tuya mi vida,

Me consuelas, y entonces recuerdo
Hermosa y tranquila

Aquella hora, aquella tarde,
Aquella luz blanquecina,
Que vió unidas latir nuestras almas
Y creímos eternas niña,

La luz de nuestras miradas,
La paz de nuestras sonrisas,
Las palabras que vierten los labios,
Y la hora de nuestra cita.

CITA...

Perdióse el sol tras el lejano monte ;
El mundo busca en la quietud consuelo,
Y se alzan, alumbrando el horizonte,
Los astros como lámparas del cielo.

• Mi alma y tu alma se dieron una cita
Para hablarse las dos, junto á estas flores,
De una pasión que alumbrará infinita
Una vida de encantos y de amores.

Es la hora... ven... La voz del campanario
Despierta en mi alma tus promesas bellas ;
Te espero en este sitio solitario,
Donde sólo nos miran las estrellas.

Ven : con la voz del corazón te llamo,
Astro de mi ardorosa fantasía ;
Ven á saber que cuando dices « te amo »
Tiembla á tus plantas la existencia mía.

Ven, y elevando á nuestro amor profundo
Un altar do se cumpla nuestro ruego,
Tendremos otra vida y otro mundo,
En medio de una atmósfera de fuego.

Dejemos los zarzales de la tierra,
En cuya senda se padece tanto ;
Dejemos esta vida, en que se encierra
Para cada placer un desencanto.

Amémonos los dos como en su nido
Se aman las aves de la selva umbría.
Yo viviré de tu alma, ángel querido,
Y tu alma vivirá del alma mía.

Yo soñaré, mirando tu hermosura ;
Viviremos de dulces embelesos ;
Y si buscas un cielo de ventura,
Lo hallarás al rumor de nuestros besos.

Ven... Aquí, unidos por eternos lazos,
No habrá penas, ni lágrimas, ni enojos.
Quiero morir de amor entre tus brazos,
Y abrasarme en el fuego de tus ojos.

Ven : quiero ver, cual realidad querida,
Esos ensueños que en tu mente labras,
Escritos sobre el cielo de mi vida
Con el fuego de amor de tus palabras.

CONFIDENCIAS Á UNA ESTRELLA

Sigue, sigue, blanca estrella,
Por el cielo en que naciste,
Sin dejar ninguna huella...
Siempre te hallaré más bella,
Siempre me verás más triste.

Hoy vengo con mi dolor,
Cual antes feliz venía;
Mas ya nunca, astro de amor,
Ceñirás con tu fulgor
Ni su frente ni la mía.

Tú cruzas por ese cielo,
Dando con tu luz la calma;
Yo cruzo por este suelo,
Llevando en mi desconsuelo
Llena de sombras el alma.

Dame, dame tu luz bella;
Que en esta alma sin amor,

Tú sorprenderás, estrella,
En cada nube una huella,
Y en cada huella un dolor.

Tú que escuchastes el canto
De mi primera pasión,
Acompaña mi quebranto,
Y alumbra el amargo llanto
Que brota del corazón.

¡Horas del primer cariño!
Tú las miraste lucir,
Cuando ante tu luz de armiño,
La niña en brazos del niño
Soñaba en el porvenir.

¡Dulce amor! ¡grata creencia!
¡Blanca luz! ¡delirio ardiente!
¿Por qué huyes de la existencia,
Cuando una dura experiencia
Va marchitando la frente?

Aquellos goces extraños,
Aquel esperar en Dios,
Sin recoger desengaños,
Aquel pasar de los años
Sin perturbar á los dos.

Todo, todo, blanca estrella,
Tu tibia luz alumbró;
¡Edad de sueños aquélla,

Envidiable, dulce, bella,
Que para siempre se huyó!

Clelia, al expirar el día,
Por estos sitios vendrá,
Ya no como antes venía,
Que aquella alma que fué mía,
Pertenece á otra alma ya.

Antes ¡ay! ¡qué embeleso!
Sollozando de placer,
Dejaba en mi frente un beso;
Por eso, estrella, por eso
No quiero volverla á ver.

Ahora, dulce y cariñosa,
En otro sus ojos fijos,
Tendrá su boca amorosa
La majestad de la esposa
Para besar á sus hijos.

Con tus rayos blanquecinos,
Alumbra siempre su hogar;
Aparta nuestros caminos,
Y haz que sus ojos divinos
No aprendan nunca á llorar.

Y sigue tú, blanca estrella,
Por el cielo en que naciste,
Sin dejar ninguna huella...
Siempre te hallaré más bella,
Siempre me verás más triste.

PÁGINAS NEGRAS

Á CLELIA

*Ayer, ¡ay! desliábase mi vida
Pluminada por la luz más pura....
Hoy una horrible sombra la ennegrece;
¡Mañana! al contemplarlo, desmayars
Siento mi corazón.*

SALVADOR CASTELLOT.

¡Perdón! ¡Perdón! si el eco de esta lira
— Que pulso ante la imagen del pasado,
Mis lágrimas de duelo reteniendo —
Puede, al sonar airado,
Despertar un recuerdo en tu memoria,
Y hacer que triste llores
Amor tan breve y tan fugaz historia.

¡Clelia, perdón! El alma que te canta,
Desgarrada en las zarzas del martirio,
Herida por los dardos del tormento,
Una página escribe en su delirio;

Página bendecida,
 Porque es la que en el libro de mi vida
 Como primera halló mi pensamiento.
 Tú la conoces ya; pero tu calma
 Puede turbarse si la ves ahora;
 Y ella te haría llorar, porque nuestra alma
 Siempre á la sombra del pasado llora.

Latía en mi pecho el corazón de niño;
 Nada la paz de mi niñez turbaba,
 Y me sentía feliz con el cariño
 Que en el reposo de mi hogar brotaba.
 Cuando la luz rosada de la aurora
 Iluminaba al mundo,
 Un ángel de bondad con santo empeño
 Posaba blandamente,
 Para ahuyentar mi sueño,
 Sus labios de carmín sobre mi frente.

Todo en mi torno semejaba flores,
 Gasas, perfumes, inocencia, calma;
 Mas trajeron su cielo los amores,
 Y en él brillaste, conmoviendo mi alma.
 ¡Oh! ; quién altivo remontarse al cielo,
 Y robar al arcángel su arpa de oro
 Solicito pudiera,
 Y con ella cantar el sentimiento
 Que inspira á el alma la pasión primera!
 Esa pasión que nace entre sonrisas,
 Como nace la ondina entre la espuma,
 Como nace la flor entre las brisas,
 Y los rayos de luz entre la bruma;

Esa pasión cuyo primer acento,
 Lo dice el corazón, lo calla el labio,
 Lo inspira el sentimiento;
 Pasión que bajo el cielo de la infancia
 Hace soñar un porvenir de rosa,
 Y que la roba el tiempo
 Como roba á las flores
 El néctar la pintada mariposa.

Clelia, te vi; tu blonda cabellera
 Sobre tu espalda mórbida caía,
 Y en tus labios delgados
 Una sonrisa virginal lucía.
 Lánguidas y apacibles, tus miradas
 Á una extraña pasión me despertaron,
 Y mis ojos, heridos por su fuego,
 En lágrimas ardientes se anegaron.

Mi destino era amarte; mi creencia
 Era la sencillez de ese cariño
 Que acompaña la edad de la inocencia;
 Pero al mirarte, Clelia, á tu presencia,
 Cambié mis sueños plácidos de niño
 Por el supremo amor de mi existencia.
 Toda esa edad sin páginas, sin nombre,
 Sin lágrimas amargas, ni pesares,
 Se apagó, al contemplar en sus altares,
 Deidad del alma, la pasión del hombre.

Tu imagen por doquiera me seguía;
 Doquiera la miraba:

Despierto la soñaba,
 Y en medio de mi sueño la veía.
 El agua de la fuente,
 Las brisas de la tarde,
 Los astros bellos que el azul cruzaban,
 Todos, á mi ilusión correspondiendo,
 Tu imagen candorosa me mostraban.
 Mi pensamiento estaba consagrado
 Únicamente á ti; te amaba ciego,
 Sin pensar en que el hielo del olvido,
 Secando el corazón, mata su fuego.
 ¡Bello pasado! ¿Lo recuerdas, Clelia?
 Paréceme que estamos en el día
 En que por vez primera, con mis labios
 Un *te amo*, balbuciente te decía;
 Aun parece que escucho una voz tierna,
 Dulcísima y querida,
 Que me dice en las tardes :
 ¿Y tú me olvidarás, bien de mi vida?
 Dime, Clelia ¿es tu voz? ¿es la voz suave
 Que, intérprete de tu alma,
 Una pasión eterna me reclama?
 ¡Me reclama! ¿Por qué, cuando mi pecho,
 Ahora como antes, delirando te ama?...
 ¡Perdón! ¡Perdón! Desoye mis palabras.
 ¿No es tu voz la que escucho, y que parece
 Una armonía del cielo,
 Que, sonando dulcísima en mi oído,
 Ahuyenta mi terrible desconsuelo?
 ¡Ay! si tu labio, mudo,
 Ya no dirige para mí un acento,
 Las palabras que entonces proferiste,

Yo las oiré doquiera que mi mente
 Lleve un recuerdo grato y lastimero;
 Que tus palabras, Clelia,
 Son dulces notas de mi amor primero.

¡Dichoso tiempo aquél! ¡Ay! ¡quién volviera,
 Á mirar deslizarse aquellas horas
 Que en pos llevaron mi pasión primera!

Los pálidos luceros,
 Cuando en el manto del zafir brillaban,
 Cuando en el manto del zafir lucían,
 Unidos nos hallaban;
 Y yo gozoso te llamaba mía,
 Y mis labios temblaban
 Cuando en tu frente de ángel se posaban,
 Y todo el fuego de tu amor sentían.

¡Qué gratos embelesos!
 Todo en nuestro redor era bonanza.
 ¡Quién nos dijera entonces
 Que así como el rumor de aquellos besos,
 Habíase de perder nuestra esperanza!

¡Oh Clelia, Clelia bella!
 ¡Quién dijera, al mirarte tan amante,
 Comprendiendo mi amor y mi querella,
 Que tu amor era el fuego de un instante!
 ¿Por qué tanta ventura
 Que el cielo entonces concederme quiso,
 Trocose al fin en tedio y amargura?

¿Por qué rompiste tan estrechos lazos,
 Y hoy, Clelia, tu hermosura
 La marchitas, infiel, en otros brazos?
 ¡Ah! nunca olvides, nunca, que el destino,
 Que hoy te acaricia con sus dulces galas,
 Puede llenar de abrojos tu camino,
 Puede llenar tu pecho de dolores;
 Y entonces en su rauda torbellino
 Quizá, mirando tu pasado, llores.

¡El pasado! ¡Perdón! Jamás lo invoques.
 Lejos de ti las nubes de su cielo,
 Sin que á tu mente le provoquen daño;
 No vayan á envolverte en la tiniebla
 Con que me cubren hoy: *el desengaño*.
 Eres joven, muy joven: en tu rostro
 Tiene el candor sus gracias retratadas,
 Y aun abrasa mi pecho
 El fuego que se esconde en tus miradas;
 Aun se mira en tus labios
 Una vaga expresión de sentimiento.
 ¿Y fueron esos labios
 Los que hicieron, temblando, un juramento?
 ¿Fueron los mismos que con ansia loca,
 En nuestra edad risueña,
 Se unieron delirantes á mi boca?
 ¡Ah! sí, los mismos son, los mismos, Clelia;
 Pero ajenos de gozos tan prolifjos,
 Sólo turbas su cándido reposo
 Para besar la frente de tu esposo,
 Ó sellar la mejilla de tus hijos.

¡Cuán rápido cambiósese nuestro estado!
 Hoy eres madre, bondadosa, amante;
 En tu alma nada para mí se encierra,
 Mientras que yo sin olvidarte cruzo
 Mi ruta de dolor sobre la tierra.

Y te amo, á mi pesar, ardiente, ciego,
 Y es tu amor en el mundo mi imposible.
 Un muro nos separa, negro, inmenso,
 Insondable, terrible.
 ¿Sabes, Clelia, cuál es? ¡Ah! cuando pienso
 Que se llama *el deber* nuestra barrera,
 Ahuyéntase mi calma,
 Y romper quiero los mentidos lazos
 Con que la sociedad estrecha el alma.
 ¡Perdón! Clelia, ¡perdón! Que mis palabras
 No asomen el rubor á tu semblante,
 Pues el reposo que en tu hogar disfrutas,
 No he de turbar con mi delirio amante.
 Te amo, sí, te amo aún: tuya es mi vida,
 Tuyo es mi corazón y su ternura.....
 Una sonrisa que en tus labios viera.....
 ¡Callad..... callad, tristísimos delirios!
 Nunca á la madre tierna y amorosa,
 Que entre ángeles de célica hermosura
 Como la reina del hogar reposa,
 Turbaré con mis quejas de amargura.
 Mis cantos son para tu hogar tranquilo
 Oleadas de veneno,
 Que turbar pueden con murmurios tristes
 Tu cándido existir, dulce y sereno.

Clelia ¡perdón! Si el infortunio un día,
 Me lleva hasta tu puerta mendigando,
 Y turba mi presencia tu alegría,
 Y te ocultas llorando.....
 Comprenderá mi corazón sincero
 Que en tu alma de querube
 Hay un recuerdo de mi amor primero;
 Que aun agita sus alas seductoras
 La imagen ¡ay! de nuestro ayer bendito,
 ¡El recuerdo feliz de aquellas horas!
 ¡Cuánto duele mirarte, Clelia bella,
 Lirio de amor junto á vetusta caña,
 Nardo de los jardines
 Enlazado al ciprés de la montaña,
 Que dejas ¡ay! tu juventud divina
 Consumir junto á un hombre
 Que hacia la tumba rápido declina!

Mas ¡silencio, y perdón!... Callen mis labios
 Y adiós, adiós, arcángel del pasado,
 Virgen que despertaste mis amores,
 Para trocar violenta
 Por espinas mis flores,
 Y mi cielo llenar con la tormenta.

¡Adiós, adiós! Tu corazón tranquilo,
 Que ahora palpita con amante empeño,
 Debe olvidarme, y siempre
 La virtud y el deber velar tu sueño.
 Yo con mi amor y mi tormento ocultos,
 Un alma fuerte le opondré al destino.
 ¡Adiós! ¡que nunca encuentre
 Las puertas de tu hogar en mi camino!...

LA ÚLTIMA CITA

Recuerda la vez aquella :
 Mi labio encendido al tuyo,
 La noche apacible y bella,
 En cada nube una estrella,
 Y en cada flor un cocuyo;

Llena de rubor, de miedo,
 Junto de mí te veía,
 Y hablabas quedo, tan quedo,
 Que sólo yo saber puedo
 Lo que tu alma me decía.

Quiero olvidar, pero en vano,
 Ese instante soberano
 De nuestra antigua pasión;
 Libro que dejó tu mano
 Escrito en mi corazón.

¡Una flor y un sol de estío!
 Al calor del desvarío

Abrieste tu alma esa noche,
Para guardar en su broche
Todo el sentimiento mío.

¡Cómo olvidar que, rendida
Al más amargo quebranto,
Trémula, triste, afligida,
Con la faz descolorida,
Llenos los ojos de llanto;

Como el que al dolor resiste,
Como el que oculta un pesar,
Alzaste el rostro, me viste,
Y escuché un adiós tan triste,
Que no lo puedo olvidar!

Era la revelación
De una triste decepción,
De una ausencia que sería
La sombra que apagaría
Los sueños del corazón.

¡Ah! ¡separarnos los dos,
Cuando uno del otro en pos,
Hallaba ventura y calma!...
¡Qué triste sonó en el alma
Aquella palabra: ¡Adiós!

¡Ver aislada una existencia
Que se había en otra fundido;
Arrebatarle su esencia;

Darle una sombra la ausencia;
Darle un sepulcro el olvido!

Era un libro ignorado
Nuestro sino desgraciado.
Amar, y después... sufrir,
Ser un alma en el pasado,
Y dos en el porvenir.

Con tu adiós dejaste mudo
Al corazón que allí pudo
Oírlo, sufriendo ya;
Era el último saludo
Del que nunca volverá.

¿Qué hice al oírte? Confieso
Que tan amargo dolor
Aun queda en el alma impreso.
¡Qué triste es juntar á un beso
Un adiós desgarrador!

Me deslumbraba tu encanto;
Al mirarnos, nuestro ser
Era un astro, un fuego santo.
¡Qué triste es mirarse tanto,
Para no volverse á ver!

Nada huye del pensamiento:
¡Qué horrible fué aquel momento
Que nos vino á separar!
Cada frase era un lamento.
Cada suspiro un pesar.

Y vi cómo te alejabas,
 Y cómo, al irte, dejabas
 Un alma donde hubo dos...
 Si era verdad que me amabas,
 ¿Por qué me dijiste *adiós*?

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

A JOSÉ FUENTES Y RULFO

Anunciaba vibrando el campanario
 El toque de oraciones;
 Sobre los campos, triste y solitario,
 El ángel de las nieblas descorría
 Los pliegues de su manto funerario;
 Y entre el sopor nocturno, todo en calma,
 Sin lucir ni un astro entre sus velos,
 La esperanza, encendida sobre mi alma,
 Era la única luz de aquellos cielos...

¡Yo estaba solo!... Un viento penetrante
 Soplaba, estremeciéndome de frío,
 Y como yo temblando y vacilante,
 Cada cual de los árboles del río,
 En medio de las íntimas congojas,
 Que agitaban sus ramas macilentas,
 Sollozaba al rüido de sus hojas,
 Secas y sin vigor, ¡amarillentas!

Esta noche y esta hora,
Tristes y oscuras como el alma mía,
Sofocaban mi voz desgarradora
Con la voz del misterio, que sonora
Del seno de los árboles salía.

¡Yo estaba solo!... y al mirar el cuadro
Que aquel mundo de sombras presentaba,
Un extraño pavor llenó mi mente,
Y cada hoja que el viento arrebatada,
Llegué á creer que para mí hablaba,
Murmurando al pasar junto á mi frente.
¡Aun guarda la memoria,
Como el néctar la flor dentro del broche,
Las frases que formaron una historia
Que oí en la soledad de aquella noche!...

« El viento que hoy — las hojas murmuraban —
Nos separa del tronco en que crecimos,
Sin responder del tronco en que nacimos,
Sin responder á nuestra amarga queja,
Por cada hoja que arranca, otra hoja deja,
Que crezca en el lugar donde vivimos.
¿Oyes al árbol que doliente gime
Al mirarse desnudo en la pradera?
Pues ya mañana cesará su duelo
Cuando, brillante con la luz del cielo,
Lo venga á revestir la primavera.

Entonces..., ya nosotras, olvidadas,
No veremos cual vuelve á sus congojas
Al sentir otra vez arrebatadas
Sus nuevas, frescas y brillantes hojas. »

Tal fué lo que dijeron
Cuando entre aquellas sombras se perdían,
Ó en las ramas suspensas se quedaban;
Y oí cómo las sombras recogían
El tristísimo adiós que murmuraban.
Absorto ante un lenguaje
Que remedaba el último saludo
De la natura que reposa en calma,
Volví la vista á mi alma,
Y la hallé como un árbol frío y desnudo.
Sus hojas, es decir, las ilusiones
Que le habían con su fuego alimentado,
Miré cómo también habían volado
Al soplo abrasador de las pasiones.

Y así, cuando sonaba
Aquella hora en el alto campanario;
Cuando mi alma desierta se encontraba
En medio de aquel sitio solitario;
Cuando aquella alma vióse retratada
En cada rama lóbrega y desnuda,
Y se sintió marchita y agostada,
Con todas las tinieblas de la duda;
Cuando vió en esas sombras,
Empapadas en besos y en esencias
De la noche y las flores,
La imagen de las últimas creencias,
La última proyección de sus amores;
Cuando halló en esa noche
La realidad más triste de la vida:
Un árbol que solloza
Por cada hoja del tronco desprendida;

Paralizando el vuelo,
Entre el abismo negro de la tierra
Y el abismo de luz que forma el cielo;
Con las pocas estrellas que lucían,
Y que en sus rayos blancos la bañaban
Junto aquellas tinieblas que cubrían
Los árboles que tristes sollozaban;
El alma, al abismarse
Ante el gran *fiat* de su dolor eterno,
Vió que eran sus congojas,
Horribles como el soplo del invierno,
Tristes cual la caída de las hojas.

NOCTURNO

En estas horas que en nocturna calma
Se envuelve el mundo en tenebroso velo,
Algo como la sombra de tu alma
Parece que me llama desde el cielo.

Algo como una imagen vaporosa
Se alza bañado con el llanto mío,
Como se alza el perfume de la rosa
Envuelto en los vapores del rocío.

Algo como el reflejo de una historia
Llena mi frente de fulgor sagrado,
Y siento convertida mi memoria
En panteón de las sombras del pasado.

Oigo una voz cuyo metal divino
Es el eco de aquél que en días mejores,
Oí sonar, cruzando ese camino
Que iluminaba el sol de mis amores.

Quando natura nos mostró en sus galas
Una vida de eterna complacencia,
Y que un ángel de amor bajo sus alas
Arrulló nuestros sueños de inocencia ;

Quando en brazos de próspera fortuna
Nos mecieron sublimes pensamientos,
É hicimos en presencia de la luna
Los más santos y tiernos juramentos ;

La luna melancólica veía
Unidas palpitar dos existencias ;
Y la noche ¿te acuerdas? recogía
Callada nuestras dulces confidencias.

Nos amamos ayer... cuando fué tu alma
La luz y el alma de la vida mía ;
Cuandos creímos encontrar la calma
De un mundo que el amor nos prometía.

Y vivimos los dos con el empeño
De alcanzar una eterna venturanza,
Y al volverse recuerdo nuestro sueño,
Cadáver se volvió nuestra esperanza.

No me amas ya... La hoguera del martirio
Con su atmósfera negra me sofoca...
Huye tu imagen... cesa mi delirio...
¡Adiós !... La luna el horizonte toca.

¡CREE!

¡Qué dulces pasan junto á ti las horas !
¡Ay ! ¡ si supieras lo que tú me inspiras !
¡ Si vieras cómo sufro cuando lloras,
Y cómo tiemblo cuando tú suspiras !

Estando junto á ti, mi pensamiento
Es todo luz, y fuego, y armonía,
Y un raudal de ternura y sentimiento
Hay en mi voz para llamarte mía.

Y siento cómo el alma enamorada
Tierna acaricia su ilusión ardiente,
Cuando baña la luz de tu mirada
Con dulces rayos de pasión mi frente.

Tus miradas de amor y de ternura
Ningún pincel á retratar alcanza ;
Sólo en ellas contemplo la ventura
Sólo ellas me retratan la esperanza.

Nos amamos ¿verdad? Está cubierto
 Nuestro amor por el cielo de dos almas,
 Como un rayo de luz en el desierto
 Se pierde entre las sombras de dos palmas

Y ¿es posible que llores? El quebranto
 Te llena de letal melancolía.
 ¿Y dudas ¡ay! cuando te adoro tanto ;
 Cuando en ti cifro la ventura mía ?

¡Si te pudiera devolver la calma
 Que antes de amarnos te arrulló tranquila,
 Y pudiera secar la luz de mi alma
 La lágrima que empaña tu pupila !...

Mi labio en sueños con amor te nombra :
 No dudes de ese amor que al pecho inflama,
 Porque la duda, Carmen, es la sombra
 Que en nuestras almas el temor derrama.

No dudes, porque tú eres de mi vida
 La única luz que me dará consuelo,
 La estrella de esperanza que convida
 A no apartarse nunca de su cielo.

Unamos nuestra vida y nuestra suerte.
 Que nunca tu alma ante el dolor sucumba.
 ¿Separarme de ti? sólo la muerte.
 ¿Privarte de mi amor? sólo la tumba.

A...

Ni tú puedes llorar... ni yo te exijo
 Una gota de llanto por mi pena :
 Está rota y sin fuerzas la cadena
 Que juntaba las almas de los dos.
 En vano quieres ocultar al mundo
 Lo que se esconde en tu mirar ardiente ;
 Hoy, cuando quieres levantar la frente,
 Tienes vergüenza de mirar á Dios.

Débil ayer, de hinojos al mirarte,
 Puse en tu altar mi corazón de fuego,
 Y tú fingistes escuchar mi ruego,
 Y me engañaste al aceptar mi amor.
 ¡Qué horas tan dulces las de ayer! ¿recuerdas
 Yo lleno de pasión ; tú, de falsía ;
 Yo recreándome en ti ; tú, en la agonía
 De esta alma débil que mató el dolor.

Sigue tú por la senda luminosa
 Que tienes sobre el mundo señalada,
 Meretriz que, de virgen disfrazada,
 Rompa las almas que su amor le den.
 Yo siempre negaré que te he adorado;
 Negaré que tú causas mis dolores,
 Y negaré tu nombre y tus amores,
 Por no cubrirme de baldón también.

DEIFICACIÓN

¿No lo sabes aún? ¿No te lo dice
 Esta existencia que el dolor devora;
 El alma que en la ausencia te bendice;
 El corazón que en el silencio llora?

¿Tu corazón de virgen no presiente
 Que es la deidad del corazón de un hombre;
 Que anhela mi alma trémula y ardiente,
 Besar tu labio y repetir tu nombre?

¿Es sólo una ficción de mis dolores
 Lo que todas mis horas acompaña?
 ¿Son tu eterna desgracia mis amores?
 ¿Dime, mujer, el corazón se engaña?

¿Siempre hallarán mis plantas los abrojos
 Que hay en la soledad de mi destino?
 ¿Por qué, entonces, pasaste ante mis ojos?
 ¿Por qué te apareciste en mi camino?

Bastóme consagrarte una mirada
Para encender en mí la fe perdida,
Para darte con mi alma enamorada
Todo mi porvenir, toda mi vida.

Las flores de mi amor, una tras una,
Cayeron para alfombra de tus huellas,
Y surgiste en la noche de mi cuna,
Vertiendo paz y derramando estrellas.

¿Por qué te vi, para perder la calma,
Si eres tan bella, tan gentil, tan pura,
Que son pocas las lágrimas del alma
Para dar un tributo á tu hermosura ?

Yo te amo : te lo dice en un lamento
Todo mi ser que en esperanza arde ;
Junto de ti doblego al sufrimiento,
Y soy, sin ti, para sufrir cobarde.

Si pudieras amarme, te daría
En cambio de ese amor... lo que quisieras :
Mis goces con mis lágrimas primeras,
Mi propio corazón, la vida mía.

Mírame... Envuelto entre las sombras lloro,
Sin que tú quieras enjugar mi llanto ;
Si eres un *imposible* á quien adoro,
¡ Qué feliz soy con adorarte tanto !

Mírame... con tu imagen que de hinojos
Le pido, al contemplarla, reverente,

Siquiera una mirada de tus ojos
Que abrase mi alma, al alumbrar mi frente.

Óyeme... te idolatro. No es mi suerte
Para unirse á la tuya : en mí no existe
Más que miseria, desencanto, muerte,
Y un débil corazón, triste, muy triste.

Tú eres ángel del bien : cruzas la tierra
Con tus alas de azur, siempre tranquilas,
Mientras que mi alma lánguida no encierra
Más luz que la que guardan tus pupilas.

Tú no podrías amarme : ¿ cuándo ha unido
Sus olas el remanso transparente
Al arenal que el ábrego ha extendido
Bajo las palmas del desierto ardiente ?...

¿ Cuándo se unió la noche con la aurora ?
¿ Cuándo se unió á la tarde la mañana ?
Mira mi corazón... por eso llora
Su loco ensueño y su esperanza vana.

À ROSARIO

Si yo te preguntase por que te huyó la calma,
Por que lloras á solas, por que te duele el alma,
Confíesalo, Rosario, ¿ me habrías de responder ?
Si yo te refiriese mis penas una á una,
La historia de mi vida, de mi alma, de mi cuna,
Dime, Rosario amiga, ¿ te habrías de entristecer ?

Cuando tú y yo nos vemos, nos comprendemos tanto,
Hermanos por la pena, hermanos por el llanto
Que nunca el labio dice lo que sabido está.
¿ Te acuerdas, dulce amiga ? ¡ Qué dulce fué esa historia !
Nuestra esperanza es urna, panteón nuestra memoria ;
¿ Nuestra alma ? Ríe, Rosario : nuestra alma murió ya.

1874.

¡SOLO...!

Tenia apenas seis años, y mi madre
Me dijo : « niño, ven,
Póstrate de rodillas, mira el cielo,
Y en Dios confianza ten.
Siempre que lo ames, que lo quieras mucho,
No sabrás padecer ;
Ámalo, no te olvides, hijo mío ;
Todo se halla con Él. »

Y pasaron los años, y una tarde,
Clorila, te encontré ;
Y olvidé las palabras de mi madre,
Mis palabras también ;
Y, al consagrarte todo mi cariño,
En Dios te trasformé...
Ahora que me doblego ante tu olvido,
Ahora que bebo hiel,
Todo vuelve otra vez á mi memoria :
Mi madre ¿ á dónde fué ?

Y Dios, y mi promesa, y tu cariño,
¿Á dónde están también?
Todo huyóse de mi alma, pobre madre,
Todo se halla con Él.

¡ADIÓS...!

Volvieron presto las flores
En brazos de la estación
Que acrece más mis amores ;
Volvieron ; y los dolores
No se van del corazón.

Por la dicha conducida,
Siempre lejos del dolor,
Cruzas, niña, por la vida,
Llevando en tu alma escondida
Toda una historia de amor.

Tu alma de virgen no siente
Lo que mi alma ya sintió ;
Sigue siempre indiferente :
¿Qué importa que se lamente
Quien te ama cual nadie amó ?

Cerca, muy cerca está el día
Que, de nueva suerte en pos,
Camine por otra vía ;
Muy pronto, Clorila mía,
Tendré que decirte « adiós ».

Perdona si, enamorado,
Hasta tu altar me acerqué ;
Ni engañé, ni fui engañado.
Si ya sabes que he llorado,
Nunca digas que lloré.

Entre las blancas aureolas
De otro templo, y de otro altar,
Irán nuestras almas solas,
Rodando como las olas
Que se pierden en el mar.

¿El porvenir? No te asombre,
Si ventura te ofreci.
¡Débil corazón del hombre!
Borra del tuyo mi nombre,
Y no te acuerdes de mí.

Amarte fué mi embeleso ;
Marché siempre de ti en pos ;
Hoy mi corazón opreso,
Con esta flor te envía un beso,
Con este beso su adiós.

MEDIA NOCHE

¡ Media noche ! ¿ te acuerdas ? Esta hora
Hace sonar tranquilos en mi mente
El eco de tu voz encantadora
Y el ruido de tus besos en mi frente.

¡ Media noche ! Fantásticas visiones
Vienen y hablan de amor á el alma mía,
Y aparece aquel astro de ilusiones
Que en la luz de tus ojos se encendía.

Esa pasión de ayer, aquel anhelo
De vernos y calmar nuestros dolores,
Aquellas confidencias que en el cielo
Iban á repetir nuestros amores ;

Aquella sed de gloria y de ventura,
Aquel afán de paz y de bonanza,
Aquellas tus miradas de ternura,
Aquellas mis sonrisas de esperanza :

Todo, todo renace en mi memoria
 Como un eco de cántiga lejana,
 Como páginas blancas de una historia
 Que huyó como la voz de la campana.

¡Ay! y no obstante, cuando rasga el viento
 El toque de las doce, mi alma opresa,
 Mira siempre venir al pensamiento
 Una imagen que me habla y que me besa.

En mi delirio á acariciarla llego,
 Y mis íntimas penas le confío,
 Y escucho, en su atmósfera de fuego,
 Que me dice : *soy tuya ; tú eres mio.*

Y luego, cuando el último sonido
 Se oye partir del alto campanario,
 Me dice « adiós ». En vano he pretendido
 Saber en donde tiene su santuario.

Sólo sé que eres tú, que en pos de calma,
 Como la rosa que, entreabriendo el broche,
 Deja escapar esencia, dejas tu alma,
 Cuando escuchas sonar la media noche,

Que venga á recordarme con encanto
 Aquellas horas plácidas y bellas
 En que creímos y gozamos tanto,
 Á la pálida luz de las estrellas.

SU ALMA

Borra la noche el último celaje
 Que ardiendo iluminaba el horizonte,
 Y envuelve entre su negro cortinaje
 La enhiesta cima del lejano monte.

¡Qué horas tan lentas! Cuando en dulce calma
 La tierra duerme con amor profundo,
 En medio de las sombras hay un alma
 Que acompaña mis pasos en el mundo.

Esa alma, cuando siente mis dolores,
 Hace sonar su misterioso acento,
 Y me habla de esperanzas y de amores,
 É inunda con su luz mi pensamiento.

Esa alma llega con ardiente empeño,
 É implora cariñosa lo que imploro,
 Y sueña sobre el lecho donde sueño,
 Y llora sobre el lecho donde lloro.

Es tan dulce su voz como un arrullo
De grata y misteriosa melodía,
Y no puede sonar entre el murmullo
Resonante y monótono del día.

Sólo en la noche, sólo cuando el hombre
Puede en el sueño mitigar su pena,
Viene á mi oído, pronunciando un nombre,
Recuerdo de un ayer que me enajena.

Esa alma, destruyendo el cautiverio
Que le impuso á mi ser hado inclemente,
Se enciende sobre el cielo del misterio,
Y derrama sus rayos en mi frente.

Cuando llega, su voz enternecida
Condena en el amor dos existencias ;
Y me habla de otros sueños y otra vida,
Dulces como lo son mis confidencias.

Me revela una historia donde ufana
Brilla radiante la esperanza mía ;
Me dice que no hay muerte, y que mañana
Animará á otro ser el alma mía.

Huye después, cuando al morir la noche
Bajo ese toldo de rosados velos,
Suelta la flor el ámbar de su broche,
Que se alza con un vaso hasta los cielos.

Á UN RUISEÑOR

Á CARLOS ESCUDERO

Si el apacible murmurar del río,
Música eterna de la selva umbrosa,
Uniérase á mi voz, ¡ cuán amorosa
La voz saliera de entre el labio mío !

Cantor errante que en la rama anidas,
Y en el silencio de la noche cantas ;
Dulce avecilla que al viajero encantas
Cuando á escuchar tus trinos le convidas ;

Poeta de los bosques solitarios,
¡ Cómo ensalzar tu angélica armonía,
Si enajenada, absorta, el alma mía
Oye tus trinos, cuanto dulces, varios !

¡ Feliz aquél que sin amargo duelo,
Tus trinos oye, tu grandeza admira !
¡ Feliz el que á escucharte se retira,
Y oyéndote cantar, contempla el cielo !

Tú eres el que saludas á la aurora,
De tus canciones sin hacer alarde,
Tú eres el que en las sombras de la tarde
Me arrullas con tu voz encantadora.

Poeta de los bosques, tú el primero
Que la estación más plácida embelleces;
Que anidas en las ramas, y apareces
Á saludar el matinal lucero.

Mañana que otras brisas y otras flores
En sueño extraño halaguen mis sentidos,
Te buscarán mis ojos doloridos
Para calmar mis téticos dolores.

Tú, el ave celestial, tú que das calma
Á quien escucha dólcido tu canto,
Siempre á tu voz se enjugará mi llanto,
Porque es tu voz la música del alma.

LÁGRIMA

Quando vi roto tu altar,
Regué sus ruinas con llanto;
Pero lloré tanto, tanto,
Que hoy ya no puedo llorar.

Al mirar esos despojos
Que guardaron nuestra calma
Aunque se estremece el alma
No se humedecen los ojos.

Y tú lloras, y á raudales
El llanto en tus ojos brota,
Y una perla es cada gota
De esas fuentes celestiales.

Brillando siempre intranquila,
Sobre mi conciencia queda
Cada lágrima que rueda
Del cielo de tu pupila.

Era un jardín de bondad
Nuestra más dulce quimera,
Un aura de primavera,
Un cielo sin tempestad.

Ayer fuera desvario
Decirnos que aquellas flores,
El llanto de los dolores
Tuvieran hoy por rocío.

¡Quién nos dijera, al mirar
Aquellas horas serenas,
Que en horas de tedio llenas
Se habían de transformar!

Ahora sufrimos los dos,
Y no encontramos consuelo...
¡Cómo pedirselo al cielo,
Si todo lo ha visto Dios!

Cada vez que muere el día,
Mi alma de sombras se puebla,
¡Qué horrible es esta tiniebla
Que está entre tu alma y la mía!

Y pensar que eras, mujer,
La única luz de mi vida,
Nube blanca suspendida
Sobre mis sueños de ayer.

Y ahora con el alma verte,
Que te transforma el quebranto

En un manantial de llanto
Junto á la urna de la muerte.

Tus ilusiones se van
Huyendo de tus congojas,
Así como huyen las hojas
Que arrebató el huracán.

Ya tan sólo aquel amor
Que turbó tu dulce calma,
Es la lámpara del alma
Con que alumbras tu dolor.

¡Ah! si mi mal no me aterra,
El tuyo me hace sufrir.
¿De qué me sirve vivir,
Si nada tengo en la tierra?

¿Nada tengo? Si; ¡perdón!
Tengo un ángel que contemplo
Viviendo dentro de un templo
Que se llama el corazón.

Ese ángel que arrulló ardiente
Mis dulces sueños de gloria,
Es el alma de una historia
Que hoy se refleja en mi frente.

Historia que vendrá á ser,
Cuando nuestra alma sucumba,
El astro que en nuestra tumba
Venga un recuerdo á encender.

No llores más : seca el llanto,
Que ahora te roba la calma ;
Que no estalle sobre tu alma
La tempestad del quebranto.

La lágrima del pesar
Que se envuelve en los dolores,
Cayendo, trocará en flores
Las ruinas de nuestro altar.

AUSENCIA

Aunque jamás mi corazón abriga
Miedo al dolor, ni se rindió al quebranto,
Hay una herida en mi alma que me obliga
A humedecer mis párpados en llanto.

¡ Qué débil soy ! En vano he procurado
Callar la voz que en mi interior resuena ;
Esa voz de las tumbas que ha brotado
En una noche de recuerdos llena.

¿ Te acuerdas de esa noche ? Conmovida
Me mirabas, hablando de ventura,
Y borrabas del libro de mi vida
Con tus besos las hojas de amargura.

¿ Te acuerdas ? ¡ Cuántas ilusiones bellas
Formamos á la luz de nuestro anhelo !
¡ Cuántas frases oyeron las estrellas
Sonar cruzando la extensión del cielo !

Solos los dos, amándonos ardientes,
Sin más testigo que la blanca luna,
Que alumbraba, bañando nuestras frentes,
Dos existencias palpitando en una :

Amándonos los dos con la creencia
De nunca separarnos en el mundo,
Sin esta tempestad en la conciencia,
Que torna en llanto nuestro armor profundo.

De aquella noche que dejó en nuestra alma
Una historia de amor y desvarío,
Parece hoy que la atmósfera de calma
Vuelve á juntar tu corazón y el mío.

Me acuerdo de las nubes azuladas
En el brillante cielo suspendidas,
De sus horas de lentas campanadas,
De tus promesas dulces y queridas.

Me acuerdo de tu aliento soberano,
Que abrasaba mis labios con su fuego,
Y de tu mano que estrechó mi mano
Como queriendo contestar á un ruego.

Y hoy, ausentes, sin vernos, sin que pueda
Oír tu voz, ni contemplar tus gracias;
Sin enjugar la lágrima que rueda
De cada una de todas mis desgracias.

¡Ay! ven : que rompa tu pasión los velos
Que hoy nos apartan, y mi angustia cese;

Ven, yo haré de cada astro de los cielos
Un ángel que te cuide y que te bese.

No consientas que sufra; yo te llamo
Ven á alumbrar mi lóbrega existencia;
Tú sabes que soy tuyo, y que te amo
Como el único Dios de mi conciencia.

Tú, la amorosa y única testigo
De mi honda pena y de mi suerte impía
Ven, porque sufro; ven, y halle contigo
Dulce consuelo en la desgracia mía.

La flor de nuestro amor guarda en su broche
Un mundo de pasión y bienandanza,
Ven, y encendamos como aquella noche
Un nuevo astro de amor y de esperanza.

DOLOR

Ya no puedo vivir en tu memoria,
Por no robarle á tu existir la calma;
Tú no puedes amarme... es una historia
Escritas con las lágrimas del alma.

¡Cómo pude soñar que fueras mía,
Y atrevido acercarme á tus altares!
Perdóname, mujer; me conducía
El horrible huracán de mis pesares...

¡Ay! ¡cómo deja una incurable herida
Las dulces ilusiones en la mente!
¡Cómo las horas tristes de la vida,
Secan el corazón, queman la frente!

¿Qué guardamos de ayer?... El pecho agravios...
Surcos la frente... el corazón enojos,
Un murmullo de besos en los labios,
Y lágrimas amargas en los ojos.

¿Y esto fué una pasión dulce, bendita,
La pasión que llamamos nuestra gloria?
Yo no lo sé, mujer; la guarda escrita
Con yo no sé qué letras la memoria.

Ya ni en la juventud hallamos flores,
Ni en nuestro corazón hallamos vida,
Ni quejas nos arrancan los dolores,
Ni á su festín la muerte nos convida.

Sigamos pues... si queda algún gemido,
Que se alce entre las sombras solitario;
Las aves de la noche hacen su nido
Oculto en el ruinoso campanario.

Mañana... ¿qué será de nuestras almas?
Todo lo que ellas guardan está muerto?
¡Ay de nosotros, solitarias palmas,
Si el *simún* se levanta en el desierto!

11 DE ABRIL

FRENTE A LA TUMBA DE LOS MÁRTIRES

Ellos allí... sin lápida, sin nombre,
Durmiendo bajo el musgo de este suelo,
Donde vienen las lágrimas del hombre
Á unirse con las lágrimas del cielo.

Hijos queridos de la patria mía,
Si en cada hombre mirabais un hermano,
¿Por qué os llevó del mundo tan temprano
Una mano fatídica é impía?...

Erais del porvenir... Ya vuestras huellas
Se ostentan en los campos del mañana...
Mártires cuyos nombres son estrellas
Que las venera la conciencia humana.

A vosotros os tocan las plegarias
De los que amen el suelo en que nacieron;
Los cielos vuestras almas recogieron,
Al verlas como estrellas solitarias.

¿Cuál en el mundo fué vuestro delito?...
¡Ay de aquél que, sangriento en sus excesos,
En la tierra que envuelve nuestras huesos
Dejó su nombre con infamia escrito!

Yo era muy niño : plácina bonanza
Guardaba esta alma que el dolor derrumba...
Y no sé, cuando vine á vuestra tumba,
Lo que sintió mi pecho... era venganza,

Odio terrible, malestar horrendo;
Y al cielo supliqué diera al verdugo
Todo lo negro que á su infamia plugo,
Todo lo que hay de horrible y de tremendo.

Yo amo la libertad... amo la suerte
De aquél que logra sucumbir por ella...
Cada nombre de aquéllos es la estrella
Que alza la vida en medio de la muerte.

Pudo romper violento vuestro pecho
El proyectil que disparó el encono...
Moristeis proclamando ese derecho
Que á nadie puede disputarle el trono.

De vosotros quizá no hay un vestiglo
Que nos recuerde allí vuestra existencia,
Pero vivís llenando la conciencia
De todo pensador de nuestro siglo.

¡Benditas vuestras tumbas inmoladas
En aras del más noble sentimiento!...

¡Bendito vuestro santo sufrimiento!
¡Benditas vuestras almas ignoradas!

Ya la patria no quiere más dolores;
Cansada está su frente de pesares,
Llenos de sangre corren nuestros mares,
Llenas de llanto se hallan nuestras flores.

Hoy que la paz enarboló en el cielo
Su blanco pabellón, su limpio manto,
Tiempo es de que se enjугue nuestro llanto,
Y que el progreso reine en nuestro suelo.

Mañana... ante la luz de aquella aurora
Que el cielo de los libres hermosea,
Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
Será otro nuevo apóstol de la Idea.

Y vosotros seréis siempre el escudo
Para los que desmayan abatidos;
Astros de libertad siempre encendidos,
Yo os bendigo, os respeto, y os saludo.

1868.

HIDALGO

¡Mártir de tu conciencia! nuestra historia
Bañada está en la luz de tu grandeza;
El pueblo cambió en culto tu memoria,
Y las canas que ornaban tu cabeza,
En hojas de laurel cambió la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
En el cielo de Méjico está escrito,
Que guíe á tu pueblo, y al tirano asombre;
Para ser libre te bastó ser hombre,
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
De respeto y amor eternas flores,
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
Miranos... con el alma repitiendo
Las divinas palabras de Dolores.

¡Feliz aquél á quien el mundo llame
El cantor de tu gloria, noble anciano!
¡Labio feliz el que tu nombre aclame!
¡Feliz todo el que en tí venere y ame
Al *Redentor* del pueblo mejicano!

ENTRE CIPRESE

Estaba la luna en llena,
Brillando en mitad del cielo,
Clara, transparente, hermosa,
Pues era luna de enero.

Ibamos los dos de brazo,
Pensativos y en silencio,
Caminando lentamente
Por el campo de los muertos.

Resaltaba la blancura
De su rostro dulce y bello
Con los luminosos rayos
Del astro de los misterios.

Sobre una lápida blanca
Tomamos los dos asiento,
Y al punto nos sorprendimos
Al verla, los dos á un tiempo.

¡ Mi nombre ! dijo asustada ;
¡ Tu nombre ! repuse trémulo,
Y dos lágrimas brillantes
Sus ojos humedecieron.

Después, mirándome atenta,
Con tristeza sonriendo,
Me dijo con voz tan honda,
Que me desgarraba el pecho :

— ¡ Qué breve es la humana vida !
¡ Qué rápido pasa el tiempo !
Tú, que tanto me comprendes,
¿ Me olvidarás si me muero ?

Iba á responderle, y vino
Una ráfaga de viento
Sutil, penetrante, helado,
Aire de noche de invierno.

Y cubrió con hojas secas
Nuestro funerario asiento...
— ¿ No ves, agregó, estas hojas
Que del árbol se cayeron ?

Cubren hasta el pobre nombre
Del abandonado muerto.
¿ Me borraré en tu memoria
Después de que corra el tiempo ?

¿Darás á otra tu cariño?
 ¿Me olvidarás si me muero?
 — ¿Olvidarte? ¡no! más fácil
 Será que calle en mi pecho

Este corazón, esclavo
 De tus nobles sentimientos.
 — ¿Quién dormirá en esta tumba? —
 Agregó con triste acento.

Ninguno le pone flores,
 Nadie le da sus recuerdos.
 No quiero dormir tan sola :
 ¡Ay! si mañana me muero,

Una corona y tu nombre
 Entre sus rosas impreso,
 De tu amor en testimonio,
 Pondrás en mi último lecho. —

Y juntos los dos, de brazo,
 Pensativos y en silencio,
 Sin poder en ese instante
 Cambiar amorosos besos,
 Mirando las blancas piedras,
 Los altos cipreses negros,
 Las amarillentas cruces,
 Las estatuas como espectros,
 Sin decir una palabra
 Salimos del cementerio.

Á MI AMIGO MUY QUERIDO
 EL DOCTOR MANUEL DOMÍNGUEZ

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

¡Acaban de decírmelo! Sabía
 Que en tu hogar sin tristeza ni dolor,
 Dos tesoros magníficos había :
 El amor y la fe, porque vivía
 El ángel que te daba fe y amor.

¿Qué mano lo arrebató de tu lado?
 ¿Quién lo separa del tranquilo hogar?
 ¿Quién lo roba á tu pecho atribulado?...
 ¡Tú tan feliz ayer! hoy has llorado...
 ¡Nadie cruza este mundo sin llorar!

Era todo tu amor; hallaste en ella
 Todas las dichas que tu afán soñó :
 Sensible, tierna, inteligente y bella,
 Desde tu juventud, única estrella,
 El cielo de tu vida embelleció.

¿Te hablaré de los castos regocijos
Que su presencia derramó en tu hogar?
¡Ellos están en tu memoria fijos!
Mi canto es una lágrima á tus hijos,
Lágrima que me arranca tu pesar.

CINERARIA.

A LA MEMORIA DE MI JOVEN AMIGO
EL LIC. FRANCISCO ZALDÍVAR Y FLORES

Cuando la humana ventura,
Como un sol en el Oriente,
Lanzaba sobre tu frente
Su luz espléndida y pura...

Cuando en derredor veías
Estrellas, pájaros, flores,
Y los más santos amores
En tu dulce hogar tenías ;

Cuando con limpia conciencia,
Que tu noble obrar abona,
Te ceñiste una corona
En el templo de la ciencia ;

Cuando era tu afán vivir
En el hogar que hoy te llora,
Para darle hora tras hora
Dichas en lo por venir :

Entonces... ¡triste destino
Que el corazón no comprende!
Un negro manto se extiende
En tu juvenil camino.

Se enluta tu claro día,
Y en un breve, amargo instante,
Hundes el rostro expirante
En la tumba oscura y fría.

¿Qué mano te arrebató
De la tierra tan temprano?
¿Qué ignota y terrible mano
Tu existencia marchitó?

¿No le infundieron piedad
De tus padres ¡ay! el llanto,
Su amor infinito y santo,
Su angustia, su soledad?

¡Moriste; volaste en pos
De otra región más serena,
Y en tu hogar hay luto y pena
Desde tu postrer adiós.

Hijo amante, noble amigo,
Acoge en la eternidad
Las flores de la amistad,
Para que vivan contigo.

¿Puede, al despuntar el día,
La oscura noche volver?
¡Y en tu hermoso amanecer
Hubo noche eterna y fría!

Sol que asoma y desaparece :
Lleva en tu cauda prendida
Una lágrima, nacida
De un corazón que padece.

EN MI RETRATO

A UNA AMIGA

Un retrato es pobre don,
Y nada vive con él,
Si no alienta la ambición
De guardar en un papel
Escondido un corazón.

Recuerdo en éste hallarás
De nuestra amistad constante,
Y nunca me olvidarás;
Porque se olvida á un amante,
Pero á un amigo jamás.

ADELINA PATTI

EN SU FUNCIÓN DE BENEFICIO QUE DEDICÓ A LA
SRA. D.^a CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ

Yo no canto la ovación
Que tus méritos pregona...
Ni tu egregia inspiración,
Ni tantos triunfos, que son
Diamantes de tu corona.

Todo el que logra escuchar
Tu voz de mágico acento,
Aplaude, al verte imitar,
Así las quejas del viento
Como los ecos del mar.

Así el tranquilo rumor
De la brisa y del follaje,
Como las quejas de amor
Que de noche en el ramaje
Da en la selva el ruisseñor.

No hallarás almas esquivas
De oír tus notas sonoras,
Siempre dulces, frescas, vivas;
Con ellas nos enamoras,
Nos vences y nos cautivas.

Al oírte, pensé yo
Que fué tu voz la que un día
Rossini en sueños oyó...
Y Verdi está todavía
Soñando que la escuchó.

Quiero afanoso aplaudir
En esta noche sin par
Tu nobleza en elegir
Á una reina del hogar
Que sabe amar y sentir.

Esto ensalza mi laúd :
Mirar en consorcio santo
Tu gloria y tu juventud :
Frente á la reina del canto
La reina de la virtud.

Y no es torpe adulación,
Sino tributo á la fama,
Y al mérito admiración.
¡ Siempre ensalzar á una dama
Es nobleza y galardón !

Mira á esa dama, y galanas
Á cuantas brillan aquí
De la virtud soberanas...
Dí al mundo que son así
Las mujeres mejicanas.

Dejas Méjico, Adelina,
Donde tu voz nos conmueve,
Y tu gracia nos fascina.
¡ Siempre la dicha te lleve,
Hechicera golondrina !

Hallarás en tus afanes
Otro clima, otro arrebol,
Y azucenas y arrayanes ;
¡ Nunca la luz de este sol
Que dora los dos volcanes !

Guarda allí lauro que esmalta
Nuestro entusiasmo leal,
Prenda que da noble y alta
La tierra de la Peralta
Á Adelina la inmortal.

REMORDENS

INÉDITA

Musa del Amor, no pidas
 Á mi laúd cantos nuevos,
 Que ya penetró en el alma
 La nieve de mis cabellos.
 Cuando fui joven y ardiente
 Puse á tus pies tantos versos,
 Como ilusiones doradas
 Derramabas en mi pecho,
 Y hoy, al correr de los años,
 Si por acaso los leo,
 Bien sabe Dios que me causan
 Rubor y remordimiento.
 ¡Ah! ¡si pudiera borrarlos!
 ¡Si no se hubieran impreso!
 ¡Si yacieran donde yacen
 Mis juveniles ensueños!
 Trenzas oscuras y rubias,
 Ojos azules y negros,

Que fuisteis dulces motivos
 De que os cantara indiscreto;
 Mujeres tiernas y esquivas
 Que por vanidad ó celo
 Quisisteis ver vuestros nombres
 Engalanando mi plectro,
 Cuando tengáis en las manos
 Mi libro y hagáis recuerdos
 De aquellas horas pasadas
 En fugaces devaneos,
 No maldigáis mis promesas,
 No juzguéis vano mi fuego
 Ni me tachéis de perjuro
 De loco, farsante ó necio,
 Que en nombre de aquellos goces,
 En nombre de aquellos tiempos,
 Os digo que eran verdades
 Mi amor y mi sentimiento...
 Pasaron, sí, pero han sido
 Tan fugaces como ciertos.
 Sombras del ayer sagradas,
 No maldigáis en silencio
 Á quien soñando bendice
 Vuestro afán y vuestros sueños.
 No fui loco por amaros,
 Que para el amor no hay cuerdos,
 Lo fui por aquel arrojo
 En dar á los cuatro vientos
 Lo que debió de quedarse
 En el fondo de mi pecho.
 Declaraciones pueriles,
 Entusiastas juramentos,

Esperanzas engendradas
 Por la ambición ó los celos;
 Todo en incorrecta rima
 Corre á mi presencia impreso.
 ¡Cuántos nombres que allí viven
 Para el lector siempre nuevos,
 Están ya en heladas piedras
 De lejanos cementerios
 Y cuántos otros aun tienen
 En mis horas de recuerdos
 Un altar que alumbra y dora
 La gratitud de mi pecho.

Donceles enamorados,
 Por enamorados, ciegos,
 Que os sirvan mis tristes quejas
 De enseñanza y escarmiento.
 No dejéis que el entusiasmo
 Os lleve á imitar mis yerros;
 En amor es donde suelen
 Tocarse más los extremos
 Y es fácil bajar al fango
 Creyendo ascender al cielo.

Cantad al pie de las rejas
 Que aprisionan con sus hierros
 Al ángel de blanca frente,
 Labios de miel y ojos negros,
 Vuestras dulces esperanzas
 Vuestros encantados sueños,
 Sin dejar que esos tesoros
 Vaguen á los cuatro vientos,
 Porque más tarde, más tarde,
 Cuando encanece el cabello

Y se mira el horizonte
 Detrás de un prisma de hielo,
 Tan hechiceras promesas,
 Tan apasionados versos,
 Causan, como á mi me causan
 Rubor y remordimiento.

1892.

DE VIAJE

Á MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

Mis chicuelos y yo vamos de viaje
Que así la pena sin sentir se pasa...
Juan y Margot deslumbran con su traje
Forjado en los talleres de mi casa.

Con guardapolvo de percal verdoso
Del maltrato del tren Margot se escuda,
Y Juan con gorro inglés luce orgulloso
Un ancho paletó de holanda cruda.

Envuelto en gasa el rostro de María
Tan grave y reflexivo me parece
Como el de una mujer, y lo sería
Con dos abriles más; hoy tiene trece.

Juan ya sabe en el coche de primera
Que lugar predilecto le conviene
Y si abren para adentro ó para fuera
Las puertas de cristal que el coche tiene.

Ya alzó Margot las toscas persianas
Sin levantar los vidrios, porque teme
Que se puedan meter por las ventanas
Las chispas de la máquina y se queme.

Y ya Juan preguntó, pues siempre fragua
Con que matar el ocio algún secreto,
Si el vaso y el depósito del agua
Están limpios y cumplen con su objeto.

Ya va á partir el tren; sonó la hora;
Hay que aburrir diez horas de camino,
Ya empenacha á la audaz locomotora
Humo negro en flotante remolino.

María, inquiriendo la razón que funda
Lo que le niega la verdad austera,
Ve los rojos boletos de segunda,
Los azules boletos de primera.

Y se pregunta, sin tachar de necio
Este argumento, á la verdad, muy raro,
¿Por qué el color de sangre tiene un precio
Junto al color de cielo, menos caro?

Ya vamos á partir, si algo ocurriese
No ha de turbar mis dulces regocijos,
Fuera una gran fortuna que muriese,
Al mismo tiempo y junto con mis hijos.

Sonó el último toque; cruje el suelo,
Huye el tren como vibora espantada;
Adiós... flota á lo lejos un pañuelo,
Después un grupo blanco, luego nada...

Mis chicos están mudos, meditando
Que todo junto al tren va de partida...
Rocas, árboles, flores, van pasando
Como pasan los sueños de la vida.

Margot, que en impaciencia ya se abrasa,
Que todo se le va, supone leda,
¡Error! ¡Pueril error! la vida pasa
Como un tren de quien huye cuanto queda.

La ventura que surge en el camino
Como sombra se va; tal es la suerte...
¡Qué tren tan engañoso el del Destino!
¿Su más bella *estación* será la muerte?

1891.

EN MEMORIA

DEL GENERAL

CARLOS PACHECO

(LEÍDA EN LA VELADA DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1892.)

¡Oh vida! ¡Combate humano!
Tus adalides ¿qué son?
Deleznable encarnación
De polvo frágil y vano.
¿Quién profundiza el arcano
Do tus destinos están?
La fe, la gloria, el afán,
Que con la esperanza juegan,
De un oscuro abismo llegan
Y á un oscuro abismo van.

Revuelto y profundo río,
Donde el viento desbarata
Los aljófares de plata
Que le regala el Estio.

Légamo inmenso y sombrío
 ¿Qué fueras sin la memoria,
 Sin la verdad, sin la gloria
 Que con el olvido en guerra,
 Á los muertos de la tierra
 Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
 Inmortal recuerdo deja;
 Noble se llama á la abeja
 Y vil al escarabajo.
 Del gañán que hienda el tajo
 Al sabio que absorto lea,
 No hay labor que útil no sea
 Y que el hombre no bendiga :
 El gañán busca la espiga
 Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
 Que no todo es polvo leve;
 Si el sepulcro torna nieve
 El fuego que nos abrasa;
 Si todo la muerte arrasa
 Y lo lleva al ataúd...
 ¿Quién por el terrible alud
 Rodar ha visto el Honor,
 El Genio, la Fe, el Valor,
 La Bondad y la Virtud?...

Sin los nobles ideales
 De un dulce romanticismo,

¿Qué hicieran frente al abismo
 De la muerte, los mortales?
 ¿Todos seremos iguales
 Al morir? ¡Vana impostura!
 Aun en tosca sepultura
 Quien vale al olvido humilla,
 ¡Que más el cocuyo brilla
 Si la noche es más oscura!

Estudad á los cautivos
 Del mundo, sabios expertos,
 Y encontraréis vivos, muertos
 Y muertos que siguen vivos.
 Los robles del monte altivos
 Desdeñan la tempestad,
 Con la misma majestad
 Que á un ser superior conviene
 Y así como el monte, tiene
 Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
 Y en apacible pobreza,
 Sin señuelos de nobleza
 Ni mimos de la fortuna;
 Domeñar una tras una
 Amargas contrariedades
 Y ante añejas sociedades
 Con suerte dura y contraria,
 Ser como la procelaria
 Hijo de las tempestades.

¡Ser un gladiador romano
 En los campos de batalla,
 Entregar á la metralla
 Despojos del cuerpo humano;
 Sangrando, sin pie, sin maro,
 Buscarse extraña andadera,
 Y trepar á la trinchera
 Con medieval hidalguía
 Victoriando en agonía
 Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
 En constante actividad,
 Con la extraña dualidad
 Del apóstol y el soldado;
 De nuevo lanzarse osado
 Por su causa á combatir,
 Hallar la meta, subir,
 Y firme con la fe ilesa,
 Darle cauce á toda empresa
 De gloria y de porvenir...

¡Ser un Bayardo en lealtad,
 Ser un Cid en el valor,
 Un pródigo en el favor
 Y un estoico en la verdad.
 Ser prócer en la ciudad,
 Gladiador en la campaña,
 Cazador en la montaña,
 En todo, soplo que agita,
 Y un labrador eremita
 Muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
 La labor inteligente
 Del héroe humilde y ausente
 Que recordamos aquí.
 Jamás honrado me vi
 Con el renombre mundano
 De « su amigo » ó de su hermano...
 ¡ Muerto, aun vierte sus reflejos
 Y hoy que está lejos, muy lejos,
 Busco en la sombra su mano!

Ausente : juzgue la Historia
 Tus obras; yo sé que son
 Hijas de noble ambición
 De dar á tu patria gloria.
 Á tu fosa mortuoria
 Basta un emblema viril :
 Que allí corone el buril
 Tu frente limpia y altiva
 Con la fresca siempreviva
 Que fecunda el sol de Abril.

BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFICIAL QUE TUVO LUGAR
EN OAXACA EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1892

Donde Juárez nació, nació la gloria,
Surgió la libertad, brilló la idea,
Oaxaca simboliza en nuestra historia
La cuna de la luz; bendita sea.

Naturaleza al Sur la ha colocado,
Las estrellas del Sur ornan su frente,
Mas al ver los dos soles que ha engendrado,
Para Méjico libre es un Oriente.

Brindemos por el ser que expresa y norma,
La vida nueva de la patria mía.
Por Juárez, ese Sol de la Reforma
Que no ha encontrado ocaso todavía.

Y por el Sol de Paz que hoy engrandece,
Á su natal ciudad con su presencia.

Y á cuyo influjo brilla y resplandece,
Segura nuestra santa Independencia.

Por Oaxaca. Por todos sus blasones,
Que estima tanto nuestra patria historia;
Como hoy estiman todas las naciones,
Al héroe de la paz que le da gloria.

EN EL BANQUETE

DADO A ALGUNOS EXCURSIONISTAS MEJICANOS

POR LA JUVENTUD LITERARIA OAXAQUEÑA

Por esta heroica tierra tan querida
Que Juárez con su nombre galardona ;
La amistad es el alma de la vida
Y nos da su amistad con su corona.

Por esta tierra donde tiene altares
La virtud, el valor, el sentimiento ;
Por el amor que llena sus hogares
Y por los triunfos que le da el talento.

De vuestro dulce bienestar testigos
Queremos los viajeros mejicanos
Que aquí donde nos tratan como amigos
Mañana nos extrañen como hermanos.

Por esta tierra en sus afectos pura
Que en sus horas, ya tristes, ya serenas
A España nos recuerda en su bravura
Y en su culto saber recuerda á Atenas.

1892.

AL AHUEHUETE

DE SANTA MARÍA DEL TULE

¡Con qué pompa á la vista te presentas
Titán de estas risueñas soledades!
Si sacuden tu copa las tormentas
Sollozan en tus ramas las edades.

¿Qué te puedo decir? Inspiras tanto
Que á mi me basta recoger tu nombre
Y darte mi mutismo como canto;
¡Junto á un árbol así nada es el hombre!

14 de Noviembre 1892.

EN LAS RUINAS DE MITLA

A MI MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Le tems n'outrage que l'homme.

Maravillas de otra edad;
Prodigios de lo pasado;
Páginas que no ha estudiado
La indolente humanidad;
¿Por qué vuestra majestad
Causa entusiasmo y pavor?
Porque de tanto esplendor
Y de tantas muertas galas,
Están batiendo las alas
Los siglos en derredor.

Muda historia de granito
Que erguida en pie te mantienes,
¿Qué nos escondes? ¿Qué tienes
Por otras razas escrito?

Cada inmenso monolito,
Del arte eximio trabajo,
¿Quién lo labró? ¿Quién lo trajo
A do nadie lo derriba?
Lo saben, Dios allá arriba,
La soledad aquí abajo.

Cada obelisco de pie
Me dice en muda arrogancia :
Tú eres dudas é ignorancia,
Yo soy el arte y la fe.
Semejan de lo que fué
Los muros viejos guardianes. . .
¡Qué sacrificios! ¡qué afanes
Revela lo que contemplo!
Labrado está cada templo
No por hombres, por titanes.

En nuestros tiempos, ¿qué son
Los ritos, usos y leyes,
De sacerdotes y reyes
Que aquí hicieron oración!
Una hermosa tradición
Cuya antigüedad arredra;
Ruinas que viste la yedra
Y que adorna el jaramago;
¡La epopeya del estrago
Escrita en versos de piedra!

Del palacio la grandeza;
Del templo la pompa extraña,

La azul y abrupta montaña
Convertida en fortaleza;
Todo respira tristeza,
Olvido, luto, orfandad :
¡Aun del sol la claridad
Se torna opaca y medrosa
En la puerta misteriosa
De la negra eternidad!

Despojo de lo ignorado,
Busca un trono la hoja seca
En la mutilada greca
Del frontón desportillado.
Al penate derribado
La ortiga encubre y escuda;
Ya socavó mano ruda
La perdurable muralla. . .
Viajero : medita y calla. . .
¡Lo insondable nos saluda!

Sabio audaz; no inquietas nada,
Que no sabrás más que yo :
Aquí una raza vivió
Heroica y civilizada;
Extinta ó degenerada,
Sin renombre y sin poder,
De su misterioso ser
Aquí el esplendor se esconde
Y aquí sólo Dios responde
¡Y Dios no ha de responder!

AL CALOR DEL HOGAR

EN AL ÁLBUM DE LA SEÑORA CUEVAS DE ESTEVA

¡Yo no canto castillos con aventuras
Ni conozco donceles con armaduras!
Son temas para bardos de tierra extraña.
¡Me conforman las selvas nuevas y puras
Que sin castillos tiene la Nueva España!

Antaño, en la callada noche sombría,
Cantaban con profunda melancolia
Los del amor heraldos y paladines,
Y prestaba hospedaje la celosía
Al eco de sus guzlas y mandolines.

Esos heraldos fueron los trovadores :
Peregrinos sin rumbo, de los amores ;
Esmaltan la Edad Media sus tristes huellas,
En la que son sus quejas y sus dolores
Orgullo y regocijo de las doncellas.

Cerca de la poterna, bajo el almete,
Al pie de los aleros del minarete,
Burlando los escudos en la oriflama,
Dijéronles mil veces : « no cantes, vete ;
El puñal de mi dueño sangre reclama. »

Y el trovador cantando dulces canciones
Movió en los ballesteros los corazones,
Y de peligro horrible saliendo ileso,
Huyó sin ver el fausto de los salones,
Ni recoger en premio furtivo beso.

Ya no existen aquellos tristes poetas
Que en los feudos buscaban citas secretas ;
Los de un Rey, una dama y un Dios eterno...
Hoy es otro el estilo y otras las metas,
Amor, gloria, esperanza. . . ¡todo es moderno!

Hoy decimos : « es oro lo que oro vale »,
Y la virtud es astro que sobresale ;
¡La virtud toda gracias, toda noblezas!
¡La virtud que no hay joya que se le iguale,
Por ser la más preciada de las riquezas!

Yo, trovador sin guzla ni pompa vana,
Ave de las que pueblan la selva indiana,
Á ti, de mil virtudes hospedadora,
No en minarete ojive, ni alta ventana,
Sino en tu hogar tranquilo, canto, señora.

Yo no busco el portillo ni los cerrojos
Que en ciudades moriscas daban enojos;
Tu casa, de la dicha guarda raudales,
Y el zaguán de esa casa vale á mis ojos
Más que el portón herrado de los feudales.

Yo sé que sólo estimas por regocijos
Tener sobre esa casa tus ojos fijos,
Velar todas sus horas con santo empeño,
Siendo un ángel de guarda para tus hijos,
Como eres una diosa para tu dueño.

Yo no sé si es de raso tu rico traje,
Ni si en áurea carroza te espera el paje :
Yo sé que tu amor santo te da la calma;
Que tu hogar es un cielo cuyo celaje
es la virtud que encierras dentro del alma.

Sé que tú eres la madre más amorosa,
La perfecta cristiana, la dulce esposa
Que con blandas ternuras da fe y aliento :
¡Cómo quieren que cante tu faz hermosa,
Si más hermoso tienes el pensamiento!

Dios te dé larga vida, bella señora,
Para bien de los hijos que tu alma adora;
Que llegues á mirarlos peinando canas,
Y que puedan entonces ¡ay! como ahora
Sentir tu casto beso por las mañanas.

Á SARASATE

LEÍDA EN EL GRAN TEATRO NACIONAL LA NOCHE

DEL 13 DE ABRIL DE 1890.

¿Cómo no queréis que acate
Del arte la majestad?
Gayarre ha muerto, es verdad,
Pero vive Sarasate.
¡No envidia á ningún magnate
El poder ni la grandeza,
Que el amor y la belleza
Hablando en su arco mantiene
Con las mil voces que tiene
La madre Naturaleza!

¡Cómo en un arco pequeño
El á traducir alcanza,
Los gritos de una esperanza,
Los arrullos de un ensueño!

¡Cómo derrama el beleño
 Que aparta de la memoria,
 Lo negro, lo vil, la escoria,
 Lo que remuerde ó aterra;
 Y cómo desde la tierra
 Hunde la frente en la gloria!

Su música es el acento
 Que lo sublime interpreta,
 Es lengua, lira, paleta,
 Mar, cincel, follaje y viento.
 Penetra en el pensamiento
 Lo que en la cuerda aletea
 Y tantos ensueños crea
 En el pecho conmovido,
 Que engendra cada sonido
 Un recuerdo ó una idea.

Toca y el alma se inspira;
 Toca y lo hermoso florece
 Y el mundo á sus pies parece
 Un olimpo y una lira.
 ¿Qué corazón no le admira?
 ¿Quién no olvida y no perdona
 Los males con su armonía?
 ¡Si yo fuera un rey pondría
 En su frente mi corona!

Un corazón en su mano
 Que unido al arco palpita;
 Un gran corazón que grita
 Al que siente : « soy tu hermano ».

Al dolor de cada humano
 Da esperanzas y consuelo
 Y apaga y ahuyenta el duelo
 Del que sufre y del que gime;
 ¡Honor al genio sublime
 Que habla el idioma del cielo!

¿Y hay quien dice que se abate
 De España el genio inmortal?
 ¡Si españoles son Peral
 Castelar y Sarasate!
 Dejad que entusiasta acate
 Sin dolo, envidia, ni saña,
 Esa trinidad que entraña
 La luz del genio en la historia;
 ¡Esos tres hombres dan gloria
 Á la humanidad, no á España!

SAL SI PUEDES

I

- ¿Faltarás á tu promesa?
— Nunca he mentido á una dama.
— Es, Lope, que si no vienes
El desengaño me mata.
— ¿Estás decidida?
— Á todo
— ¿Me quieres?
— Con toda el alma.
— Nos perseguirán. . .
— No importa.
— Está bien; rayando el alba
En San José nos veremos.
— Allí acudiré sin falta.
— Por mí dejas todo!
— ¡Todo!
Yo sin ti no quiero nada.
— Á las cinco.
— Si; á las cinco.
Adiós Lope.

— Adiós, mi Blanca.

Cerca de la media noche
Cruzaron estas palabras
En oscura callejuela
Desierta y abandonada
Una encubierta y un hombre
Embozado en negra capa;
Él, de pie sobre las guijas;
Ella, de pie en su ventana.
Era una noche tan negra
Que sus tinieblas cegaban,
Y como por aquel tiempo,
En el año de gracia
De mil setecientos veinte,
Ningún noble acostumbraba
En la ciudad que fué Corte
Y orgullo de Nueva España,
Por las calles pavorosas
Andar en horas tan altas,
Ni menos por arrabales
Tan cercanos á la Traza;
El doncel y la doncella
No observaron, cuando hablaban,
Que escondido entre las sombras
Y mudo como una estatua
Sin perder un solo acento
Un hombre oyó sus palabras.

II

Después de la despedida
El balcón cerró la dama

Y de su amante los pasos
 Resonaron á distancia.
 El lugar de aquella escena
 Por oscuro intimidaba
 Y después de siglo y medio
 Su triste aspecto no cambia.
 En frente de la Alameda,
 En la avenida más amplia
 Que sigue de San Francisco
 Hoy elegante y poblada,
 Hay un callejón antiguo
 Que de los Dolores llaman
 Y rumbo al Sur, se prolonga
 En otro estrecho, sin nada
 Que denuncie lo habitasen
 Gentes de fuero y prosapia.
 De callejón tan angosto
 (que antaño tuvo una zanja
 Y en ella un puente que el vulgo
Del Santísimo llamaba)
 En una de las aceras
 Tiene hundida entre las casas
 Una calleja morisca,
 Una sucia encrucijada
 Donde aconteció el suceso
 Que este romance relata
 Y que aseguran fué cierto
 La tradición y la fama.

III

Escápanse de la torre
 Cuatro lentas campanadas
 Como postreros lamentos
 Que en las tinieblas exhalan
 Los espectros de la noche
 Que por los aires cabalgan.
 Á poco un rumor se escucha
 Que encierra notas más gratas,
 Á tiempo que el horizonte
 Matiza la luz del alba.
 ¡Cómo brillan los volcanes
 Envueltos en oro y grana!
 ¡Qué alegres las golondrinas
 Sobre las cornisas cantan!
 ¡Cómo en la verde Alameda
 El viento al mover las ramas
 Imita los dulces sonos
 De las más sentidas arpas!
 En todo está la alegría,
 En todo está la esperanza
 Y al surgir en el Oriente
 Los rayos de la mañana
 Parece que todo dice :
 « Vive, goza, espera y ama. »

.....

Ya no hay sombras en la angósta
 Callejuela solitaria,
 Y se escucha que al abrirse

Cruje una puerta pesada :
 Va á salir rumbo á la iglesia
 De San José en que la aguardan,
 Envuelta con negras tocas
 Una misteriosa dama,
 Y saliera á no impedirle
 Su paso con gran audacia
 Un hombre que ardiendo en celos
 Le dirige estas palabras :
 — Detente, Blanca, detente,
 Ni un paso más, que me matas,
 Torna á tu alcobá tranquila
 Que por aquí nadie pasa.
 — ¿Quién sois?

— ¡Ya me conocieras
 Si no fueras tan ingrata!
 Si sabes lo que se sufre
 Amando sin esperanza,
 Comprenderás mis tormentos
 Y adivinarás mis ansias.
 Yo sé que adoras á Lope
 Y el miserable te engaña.
 Y lo buscas y lo sigues
 Cuando tu deshonra labras.
 Ámame que yo te ofrezco
 Pasión más noble y más alta.
 — ¿Pero quién sois tan osado?
 — Un hombre que te idolatra.
 — Dejame el paso.

— ¡Imposible!
 — Saldré — respondió con rabia
 La doncella haciendo impulso

De pisar la calle —
 — Vanas
 Serán esas tentativas.
 — Dejame, dejame.
 — Calla.
 — Primero muerta que vuestra.
 — Piensa lo que dices Blanca.
 — Dejame salir que es tarde.
 — ¡Tarde para ser burlada!
 — Saldré os digo.
 — ¿Amas á Lope?
 — Sí, con pasión, con el alma;
 ¡Quiero salir, abrid paso!
 — ¡Pues sal si puedes, ingrata!
 Y al decir esto, en el pecho
 Con fuerza veloz le clava
 Entera toda la hoja
 De su daga toledana.
 Á golpe tal, sin aliento
 Cayó en el umbral la dama
 Y el matador, muy tranquilo,
 Salió de la encrucijada,
 Y cuentan que al ver de lejos
 El templo en que Lope estaba
 — « ¡Que la espere! dijo alegre,
 ¡Que en ir á verlo no tarda!
 Y tú, que tanto le adoras,
 Sal si puedes, doña Blanca. »

IV

Ha corrido siglo y medio
 Desde tan triste mañana,
 Y en memoria de tal hecho,
 De tan infame venganza,
 Á la oscura callejuela
 Estrecha y abandonada,
 Callejón de « Sal si puedes »
 En Méjico se le llama.

3 de Julio de 1890.

AL GENERAL CARLOS FUERO

LEÍDA EN EL CEMENTERIO FRANCÉS, LA TARDE DEL

13 DE ENERO DE 1892

En el albor de mi revuelta vida,
 Allá en el despuntar de una mañana
 Que doró sus celajes con los rayos
 Del sol de mis primeras esperanzas ;
 Cuando sólo vi flores en la tierra
 Y pájaros canoros en las ramas
 Y era la sangre en las henchidas venas
 Un torrente viril de hierro y lava ;
 Entonces entre el himno de victoria,
 Sobre el ya roto cetro de un monarca ;
 Heraldo de valor, sereno y fuerte,
 Conocí á este soldado de la patria ;
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,
 Erguido como el roble en la montaña,
 Con grandes ojos negros y brillantes
 Á que daba expresión la luz del alma ;

Sutiles líneas perfilando el rostro
 Lleno de austera gravedad romana
 Y coronado en la severa frente
 Por negra cabellera ensortijada ;
 Así lo vi ; su mano generosa
 Estrechó con lealtad mi mano franca :
 ¡ Ay ! yo empezaba á manejar la pluma
 Y él acababa de soltar la espada.
 Él era un adalid. . era un Bayardo
 Sin dobleces, sin miedos y sin tacha ;
 Tan sereno al hablar con un amigo
 Como al cruzar el campo de batalla ;
 Desde niño, su hogar fué el campamento ;
 Su compañera inseparable el arma ;
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura ;
 Su camarín la tienda de campaña
 Y su mejor saludo á la Victoria,
 El retumbar sonoro de las salvas.
 Profesó un culto humano al que dió toda
 Su intensa adoración nunca turbada ;
 ¡ Amó como á su Dios á la que tuvo
 La gloria de llevarlo en sus entrañas !
 Después de esa mujer que fué su numen
 Á una novia inmortal idolatraba :
 La que le dió su manto en todo tiempo
 Como prueba de amor : la hermosa Patria !

 Cuando cayó en Querétaro vencido
 El infeliz y soñador monarca,
 Á quien deshizo el pueblo la corona
 Llevándolo á morir en las Campanas ;
 Este soldado custodió á Castillo

Que condenado á muerte, pidió gracia
 De ver á un sacerdote y á un letrado
 Para arreglar sus últimas demandas.
 « Yo no los llamaré » — le dijo Fuero —
 » Tenéis para buscarlos puerta franca ;
 » Sois todo pundonor y aquí os espero
 » Que os van á ejecutar por la mañana »
 Salió el anciano jefe, con asombro
 De todos los que allí le custodiaban ;
 No vuelve, pensó alguno — y Fuero dijo :
 « Un bravo así, no falta á su palabra »
 Y todos lo sabéis, tornó á su celda
 El jefe honrado de la opuesta causa,
 Y aun no ha podido decidir la Historia
 Quien de los dos más alto se levanta.
 ¡ Pero hechos como el hecho que recuerdo
 El mundo admira y los envidia Esparta !
 Y aquí yace el soldado valeroso
 Sin expresión ni luz en la mirada ;
 Viene á dormir el sueño que no turba
 El vano ruido de la grey humana.
 ¡ Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
 Florece el lauro que la Historia guarda
 A los que como tú, todo lo dieron
 Al deber, á su pueblo y á su patria !
 Duerme ; fuiste un soldado victorioso,
 Y á ti no se te llora, se te canta ;
 Entra al mundo en que viven muchos héroes ;
 De pie te esperan donde nada acaba
 Y al mirarte llegar, llenos de gozo,
 Todos te van á presentar las armas.

EL ÚLTIMO PUESTO

A MI QUERIDO AMIGO

EL SEÑOR DON DIONISIO MONTES DE OCA

Maximiliano de Hapsburgo,
 Ya sin corona ni cetro,
 Mira trascurrir las horas
 En su celda prisionero.
 En una noche de mayo
 Á cenar invita atento
 Á Miramón y Mejía
 De su prisión compañeros.
 — « Pronto — dijo el Archiduque —
 Juntos al cadalso iremos. »
 « Eso — Miramón responde —
 Lo ven claro hasta los ciegos »
 — ¿ No hay esperanzas de indulto ?
 — « Podrá ser que allá en el cielo
 Nos indulten, pero nunca
 Esperéis que lo haga Lerdo »

— « Somos tres y como vamos
 Al cadalso sobre un cerro,
 Se imaginarán las gentes
 Que es un calvario moderno. »
 — « En tal caso — agregó entonces
 Miramón — lleváis buen puesto ;
 ¡ Seréis nuestro Jesucristo !
 — « ¿ Por qué ? »

— « Por que vais en medio.
 Los que estamos mal jugados
 Somos yo y mi compañero. »
 — « Miguel, siempre los valientes
 Á mi derecha estuvieron. »
 — « Gracias — respondió Mejía,
 Yo de *mal ladrón* me quedo
 — « ¡ No ! — interrumpió el soberano —
 Que por un valiente os tengo.
 — Pues seré yo quien se quede —
 Siguió Miramón — mal trecho ;
 Es mal papel el de *Gestas*
 Y uno ú otro habrá de hacerlo, »
 Bajó el Príncipe sus ojos,
 Lanzó un suspiro su pecho
 Y dijo á sus dos amigos.
 « Ya veremos, ya veremos »

 Cumplióse al fin la sentencia,
 Juntos al cadalso fueron,
 Y al pisar el triste sitio
 Donde se efectuó el suceso,
 Así dijo el Archiduque

Á sus bravos compañeros :
 « Hemos llegado al calvario ;
 Miramón, quedad en medio ;
 Á la derecha Mejía
 Y yo tomo el lado izquierdo,
 Que le guardo hasta en la muerte
 Á los valientes su puesto. »

Méjico, Enero de 1892.

EL TORDO

Á MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ

Como un nido de palomas
 Que se esconde en las cañadas,
 Debajo de un cielo hermoso
 Azul, sereno y sin mancha,
 Está Huejutla ; la cercan
 Sus pintorescas montañas ;
 Bellas flores la pertuman
 Y tres arroyos la bañan.
 Á la luz del sol naciente
 ¡ Cuán risueños se destacan
 Sus tejados siempre rojos
 Y sus casas siempre blancas !
 Huejutla, es la arteria rica
 Que vida y vigor derrama,
 De la Huasteca á la Sierra
 Que las estrecha y enlaza,
 Como llave y como centro
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
 De la intervenció extraña,
 Puso el Imperio en Huejutla
 Buena parte de sus armas.
 Más de cuatrocientos hombres
 Á la ciudad resguardaban,
 Provistos de cuanto puede
 Ambicionarse en campaña.
 Llegó el veintiuno de Mayo
 Del sesenta y seis. Erraba
 El gran Juárez manteniendo
 Pura de la ley el arca,
 Por los áridos desiertos
 Y los montes de Chihuahua.
 Como Mayo es mes de gloria
 Que en nuestros fastos resalta,
 Á los libres de Huejutla
 Les llenó de fuego el alma,
 Y un humilde hijo del pueblo,
 Moreno, de anchas espaldas,
 De ojos negros y brillantes
 Con expresivas miradas,
 Antonio Reyes, un pobre
 Capitán que lamentaba
 Ver en su tierra nativa
 Á las fuerzas del monarca ;
 Agrupó veintitrés hombres
 De los de más temple y alma
 Y les dijo : « vamos todos
 Á morir por nuestra causa,
 Ó á expulsar de nuestro sueío
 Á los que tanto lo infaman. »

Y sin otros elementos,
 Que mal parque y pocas armas,
 Intentó dar un asalto
 El veinte por la mañana ;
 Pero el cielo abrió inclemente
 Sus horribles cataratas
 Y frustró todos los planes
 Que Antonio Reyes fraguara.
 Con trabajos espantosos,
 Los que en el secreto estaban
 Secando á medias el parque
 Esperaron la alborada
 Y Reyes pidió á sus hombres
 Que libran la batalla
 Llevando los pies desnudos
 Para que nadie escapara.
 Y así, descalzos, y llenos
 De fe, de valor, de rabia,
 Á las tropas imperiales
 Sorprenden con tal audacia
 Que ni éstas se dieron cuenta
 De quienes las atacaban
 Ni dispusieron de tiempo
 Para resistir la carga ;
 Tan violento fué el ataque
 Que ya desmoralizadas,
 Dejando cien prisioneros,
 Abandonaron la plaza.
 El osado « Antonio Reyes »
 Á quien « El tordo » llamaban
 Sus compañeros y amigos,
 Fué el más bravo en la campaña,

Y á tiempo que la victoria
 Coronó sus esperanzas
 Y á tiempo que decía á todos :
 ¡ Vencimos ! ¡ Viva la Patria !
 Un proyectil alevoso
 Le penetra por la espalda
 Y apaga el brillo en sus ojos
 Y en sus labios las palabras.
 ¡ Viva el Tordo ! repetían
 Los ecos en las montañas,
 ¡ Vivan Huejutla y sus hijos
 Que alzan las frentes sin mancha !
 Entre tanto habian dejado
 Los imperiales la plaza,
 El sol de Mayo vertía
 Rayos de amor y esperanza
 Y al aire daban sus voces
 De entusiasmo las campanas ;
 Y allí sobre toscas piedras
 En roja sangre empapadas,
 Antonio Reyes « El Tordo »
 El héroe de aquella hazaña
 Rígido, inerme, sin vida,
 En su semblante irradiaba
 La gloria, la inmensa gloria
 Del que muere por la patria.

21 de mayo de 1866.

LAURUS NOBILIS

El que busca en los lauros de la gloria
 Una dicha tangible y duradera,
 Y del aplauso mundanal espera
 La perdurable vida de la Historia.

El que juzga verdad esa ilusoria
 Emoción que renace lisonjera,
 Cuando la turba loca y vocinglera
 Nos da con su entusiasmo la victoria ;

Olvida que tan sólo es humo vano
 Ese aplauso, ese triunfo, esa alegría,
 Que da el laurel que toca nuestra mano.

El laurel que lo eterno desafía
 Nadie lo ve, pues crece soberano
 Sobre una tumba abandonada y fría.

1892.

Á EDUARDO DEL VALLE

(VERSIÓN DE RAOUL DE REYROLS¹)

Sí; verteré á mi lengua
 Tu libro, ese tesoro
 De genio, de entusiasmo,
 De ardiente inspiración,
 Que junta á los acordes
 De tu rabel sonoro
 Los últimos sollozos
 De una viril nación.

De esa nación vencida
 Y nunca doblegada,
 Después de ti, el poema
 Tristísimo diré;

1. El joven é inspirado poeta francés Raoul de Reyrols, escribió esta poesía á nuestro cantor épico Eduardo del Valle en vista de su poema « Cuauhtemoc ».

¡Ardiendo sus hogares,
 Sin armas y diezmada,
 Surgía de los escombros
 Y agonizaba en pie!

¡Ah! la justicia augusta
 Sagrada é inmanente
 Á tus acentos Valle,
 Con majestad se alzó
 Y á Cuauhtemoc reviste
 De púrpura luciente
 Y con eternos lauros
 Su frente coronó.

¡Cuán grande, cuán sublime
 Ceñido de esplendores
 Á Cuauhtemoc contemplo
 Que á su grandeza fiel,
 Compara con un lecho
 De perfumadas flores
 La maldecida hoguera
 Que incineró su piel.

¡Ah! cincelar no puedo
 Tu mármol, sabio artista,
 Mi voz junto á tus cantos
 Será débil rumor:
 No luce junto al árbol
 La abandonada arista;
 Me siento al traducirte
 Sin fuerzas ni valor.

Ignoro los secretos
 De tu sonora lengua
 Y si mis versos viere
 Quien tu obra conoció,
 Coronará mi esfuerzo
 Al confesar sin mengua
 Que es un reflejo débil
 Del sol que la engendró.

¡ Que tu obra les retrato
 Como á la azul altura
 Retrata el pobre arroyo
 Que cruza en el verjel ;
 Como remeda el humo
 La nube blanca y pura,
 Como es la cera oscura
 Hermana de la miel !

VEINTE AÑOS DESPUÉS...

Á ENRIQUE GUASP DE PERIS

Yo que vi de tu gloria soberana
 Los lauros que alcanzaste en el proscenio
 Hoy, pobre actor de la tragedia humana,
 Aplaudo tu virtud más que tu genio.

Te aplaudi ayer cubierto de laureles ;
 Hoy aplaudo al actor que sólo cuida
 De enseñar á sus hijos los papeles
 Más nobles, en el drama de la vida.

Das alta ocupación á tu talento,
 Formando, frente al mundo que te admira,
 De tu Enrique un « galán del sentimiento »
 Y una « dama del alma » de tu Elvira.

Agosto de 1891.

SIEMPREVIVA

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO BANDERA

(en la muerte de su hijo)

Una rosa del árbol de tu vida,
Al calor de tus besos encendida,
Bañada con la esencia de tu amor,
Cayó marchita al seno de la tumba...
Así todo en la tierra se derrumba
Con el helado soplo del dolor.

¿Cómo puede calmarse tanto duelo?
Verás negra la tierra y negro el cielo
En estas horas lentas de pesar,
Sentirás sobre cárdenos abrojos
Que las lágrimas hierven en tus ojos
Y allí te ciegan sin poder rodar.

Era un ángel de gracia y de cariño,
Era una bendición el tierno niño

Que la muerte cruel te arrebató,
¿Quién no comprende tu pesar profundo?
Los ángeles que bajan á este mundo
Vuelven al cielo que su ser formó.

¡Cuán grande es tu dolor! Justo es que llores
Y que riegues con lágrimas las flores
De su sepulcro en muda soledad,
Para ahuyentar las sombras de tu duelo,
Dos astros brillarán sobre tu cielo
Uno es « resignación », otro « amistad ».

Méjico, febrero 7 de 1878.

Á ESPERANZA

EN SU ALBUM

¡Ser joven y ser bella!
Y sin ningún dolor,
Ser bajo el cielo : estrella ;
Sobre la tierra : ¡ flor !

¿ Anhelas más ventura ?
Tus gracias, tu beldad,
Tus ojos, tu dulzura,
Dicen : ¡ felicidad !

Los tiernos trovadores
Que ya cautivos ves,
Aquí dejan las flores
Que huellas con tus pies.

Avanza ¡ oh niña ! avanza ;
La vida es una cruz,
La cruz es la esperanza,
Y la esperanza es luz.

Avanza, tú que ignoras
La senda por do vas ;
Si acaso una vez lloras
De mí te acordarás.

De sufrimientos lleno
Mi frente encaneció ;
¡ Es una flor del heno
La que te dejo yo... !

Vive sin que arrebaten
Tu más bella ilusión,
Sin que las penas maten
La paz del corazón.

Y avanza, ¡ oh niña ! avanza,
La dicha es para ti...
¡ Dios guarde la esperanza
De una « Esperanza así... !

Méjico, febrero de 1892.

IN MEMORIAM

AL SEÑOR GENERAL IGNACIO M. ESCUDERO,
EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

Cuando muere una madre, en las alturas
Suenan un rumor que por lo triste aterra :
¡Son las plegarias que levantan puras
Los que huérfanos gimen en la tierra !

Una madre es un ángel de consuelo,
Con ella hay luz y dicha y regocijos ;
Sin ella todo es lágrimas y duelo ;
¿Por qué ha muerto la madre de tus hijos ?
.....

¡Era un ángel del bien ! En tus tristezas
Ella te dió la paz, la fe, la calma ;
Dios la dotó al nacer, con dos bellezas,
La del cuerpo gentil y la del alma.

¡Cuán aleve es la muerte ! ¡En triste día
Hiere al ángel, lo enferma, lo devora
Y arrulla el estertor de su agonía
Al serafín que en su regazo llora !

¡Vivir es navegar ! Tu mano honrada
En el huinano mar no tema al Noto...
La nave de tu hogar boga enlutada...
Falta la estrella pero está el piloto.

À JUÁREZ

Dadle á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Juárez, el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indigena raza, firme, austero;
Por su oscuro nacer, del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero,
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de la gloria
Estaban á su frente destinados;
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo
De Leónidas, y de Agis la justicia,
De Temístocles todo el patriotismo,
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequenuelo
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,
Como en un arca lo guardaba el cielo.
¡Sólo el Dios de los libres lo sabía!

Águila audaz que sobre abrupta peña
Y en muda soledad cuelga su nido,
Cuando más tarde la extensión domeña
El valle ante sus pies queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas
Falsas con que la corte irradia bella,
Águila de Anahuac, abrió sus alas
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes
Íbanse á derrocar, el antro oscuro
Nido de encomenderos y virreyes
Iba á crujir con su imponente muro.

Aun vagaba en la atmósfera el aliento
De otras edades á la luz ajenas;
Íbase á desatar el pensamiento,
Á dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía
De las revueltas masas populares
Grande cual surge el lumínar del día
De las revueltas ondas de los mares.

Rugió la envidia en su furor tremenda,
Y el fanatismo, de rencor eterno,
Sintió como el Satán de la leyenda
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo
Fija en el porvenir su audaz mirada,
Y ve como Colón un nuevo mundo
Entre las sombras de la edad pasada.

Á descubrir sus luchas no me atrevo,
Ante tanta grandeza yo me inclino;
Aquel reformador gigante y nuevo
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

Á sus guerreros bravos y animosos,
Apóstoles, heraldos, campeones,
Vió morir en cadalsos afrentosos
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,
Siendo el derecho su sagrada norma,
Su fe renueva, atiza su esperanza,
Mata el *fuero* y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya
Á tal altura ante la patria historia,
Que nuestro mar rompiéndose en la playa
Aun parece gritar : « ¡ Á Juárez gloria ! »

Nunca de aliento ni firmeza faltó,
Coronó allí sus grandes ideales...
Águila junto al mar voló tan alto
Que humilló el mar al verla sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno
Asorda y llena la extensión vacía,
Y con el rayo de fulgores lleno
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan
Para vencerle y destrozarle unidas;
Cuando á las puertas de la patria llegan
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate
No vence á Juárez, que al burlarla experto
Lleva nuevo Israel que no se abate,
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera
Del Bravo que nos guarda y nos limita,
Clava en nómade tienda su bandera
Y la muerta esperanza resucita.

No lo mancille la facción injusta
En cuyos odios la verdad se estrella,
¡El, salvó el arca de la ley augusta!
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella!

Que nada el vuelo de su fama corte :
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario;
Siná en Veracruz y allá del Norte
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea
Con eternos y vivos resplandores,
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea
El lábaro inmortal de tres colores :

La muerte al arroparlo en negro manto
Lo arrebató de la familia humana,
Pero su nombre ha de vivir en tanto
Que haya un palmo de tierra mejicana.

Fué el plebeyo humillando á la nobleza,
Fué el derecho imponiéndose á la historia;
Do acaba el hombre, el inmortal empieza;
Su fama universal se llama gloria.

1887.

Á VICENTE RIVA PALACIO

DESPUÉS DE SU PRISIÓN; EN DÍAS PRÓSPEROS

Donec eris felix.

Si adversa suerte con el genio impía
Quiere empañar tu nombre esclarecido
Y tornas á tus libros y á tu olvido
En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
Á hablarte de esperanzas al oído
Y tornaré á venir como he venido
Á compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora.
Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
Tiembla y huye la turba adulatora.

Hoy que á cantarte van porque amanece,
¡Dale un recuerdo al que padece y llora!
Con el preso que llora y que padece!

1885.

CUBA

PARA EL ÁLBUM DE LA SRTA. CAROLINA MARTÍNEZ Y SEIJAS

¡Oh Cuba! ¡Oh nácar de la mar indiana,
Si á ver no vuelvo nunca tus palmares,
Ni al tomeguín que alegre en la mañana
La alfombra de tus verdes platanares;

No olvides que mi lira vibró llena
Para ti de entusiasmo y simpatía.
Por ser hija del sol, eres morena;
Por hija del mar indio, ¡hermana mía!

Aun á través de mis recuerdos miro
La blanca espuma que tu costa riega
Y escucho las canciones del guajiro
Que el viento esparce en tu fecunda vega.

Te quiero yo como á la dulce hermana
Digna de un porvenir bello y fecundo;
¡Eres la perla de la mar indiana!
¡La elegida del sol del Nuevo Mundo!

Dios te bendiga ¡oh tierra de placeres!
Mis versos, en tu suelo soberano,
Llevarán á los pies de tus mujeres,
La eterna admiración de un mejicano.

Méjico, enero 14, 1891.

COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO

I

Era Comonfort un hombre
 Alto, fuerte, casi obeso,
 De vivos y oscuros ojos;
 Semblante dulce aunque serio.
 Sobre su cutis dejaron
 Las viruelas sus hoyuelos;
 Cutis que abrasó cien veces
 El sol de los campamentos.
 Era en el vestir sencillo,
 Cuando no de gris de negro;
 Siempre ostentando la honrosa
 Cruz de Constancia en el pecho.
 Militar bravo y sin tacha,
 De vastos conocimientos,
 Era una dama en el trato
 Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto
 Que no fuese honrado y recto
 Era en la vida privada
 Tan amable como tierno.
 Tocóle en época triste
 De rencores y de duelos,
 Cuando el odio de partidos,
 Alzaba su pendón negro
 Regir de su amada patria
 El Destino en alto puesto
 É imponerle leyes nuevas
 Buscando horizontes nuevos.
 De carácter franco y débil
 De espíritu asaz modesto,
 Obligáronle más tarde
 Privados y consejeros
 Á desconocer las obras
 Más grandiosas de su tiempo.
 Llenóse así de tristeza
 Y de amargura, creyendo
 Iban á ponerse en duda
 Su amor por el patrio suelo,
 Su lealtad para los hombres
 Que libertades le dieron
 Y su afán íntimo y grande
 De dar en cualquier momento
 Toda la sangre y la vida
 En defensa de su pueblo.

II

Sin combatir la tormenta ;
 Triste, conforme, resuelto,
 Acusado, perseguido,
 Mirando en el mundo artero
 Que en la desgracia más grande
 El desengaño es más negro ;
 Guardó todos los laureles
 Ganados como guerrero,
 Hasta la ocasión propicia,
 Hasta el soñado momento,
 En que volvió con su espada
 Para decir al Gobierno :
 « Hoy que la invasión extraña
 Viene á insultar nuestros fueros ;
 Hoy que la legión altiva
 De Napoleón el pequeño,
 Desconociendo tratados,
 Hollando nobles derechos,
 Profana nuestros hogares,
 Yo, sin ambiciones vengo
 Á tomar entre las filas
 Cual simple soldado un puesto,
 Que, por salvar á mi patria,
 Por defender á mi pueblo
 ¡Si Dios el triunfo me niega
 Quiero morir el primero ! »
 Y confirmó cuanto dijo
 En la acción de San Lorenzo,

Cuando sin hacerle caso,
 Cuando sin prestarle crédito
 Á que « por su mala tropa
 Y sus pocos elementos,
 Si presentaba un combate
 Era seguro un siniestro, »
 Le obligaron á batirse
 Por orden del Ministerio.

Cual león por su bravura,
 Lanzóse terrible y fiero,
 Buscando gloriosa muerte
 Y presentando su pecho
 Á los altivos soldados
 De Napoleón el pequeño.
 Allí murió Miguel López,
 El héroe augusto y excelso,
 Asombrando al enemigo,
 Batiéndose cuerpo á cuerpo.

Comonfort tuvo tal ansia
 De morirse combatiendo,
 Que fué preciso arrancarle
 Del más peligroso puesto
 Cuando ya quedaba solo
 En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera
 El coronel de Ingenieros
 Que mandaba á los franceses
 Que la victoria obtuvieron :
 « Comonfort con su bravura
 Dejó á todos satisfecho,
 Pero era en tales instantes
 Un general sin ejército. »

Cuá i triste de aquel desastre
 Salió su espíritu enfermo,
 Pero su limpia conciencia
 Le dijo siempre en silencio :
 « Has demostrado á la Patria
 Con tus heroicos esfuerzos
 Qué le das honor y vida
 Por defender sus derechos
 Y que porque Dios no quiso
 No moriste en San Lorenzo. »

III

Cuando Comonfort tornaba
 Á San Luis desde Querétaro
 Á conferenciar con Juárez
 Y á explicarle sus proyectos
 Como ministro de Guerra,
 Para defender al pueblo
 Del yugo humillante y torpe
 De Napoleón el pequeño;
 Asesinos alevosos
 Le salieron al encuentro
 Junto al molino de Soria
 En tierras de Chamacuero.

Era el trece de noviembre
 Del año mil y ochocientos
 Sesenta y tres. Expiraba
 La tarde entre los reflejos
 Purpurinos del Ocaso
 Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche
 Llevando de compañeros
 Á un joven, sobrino suyo,
 Á un ayudante, y con ellos
 Un escribiente elegido
 Por su carácter discreto.
 Al cruzar la parte angosta
 Del polvoroso sendero,
 Cuando la escolta venía
 Á lento paso y muy lejos,
 Sale un grupo de bandidos
 Que asaltan á los viajeros,
 Disparando á quema-ropa
 Sus cien mosquetes á un tiempo.
 Muere en el coche Velásquez,
 Estorbando con su cuerpo
 Que Comonfort descendiera
 Veloz por el lado opuesto :
 Cuando al fin logró bajarse
 En santa cólera ardiendo
 En cada mano un revólver
 Sus ojos brotando fuego;
 Cuando su ayudante Cerda
 Tendido estaba en el suelo
 Herido en distintas partes,
 De sangre y de polvo lleno,
 Las balas de los bandidos
 Le atravesaron el pecho
 Y en unos breves instantes
 Cayó en tierra sin aliento.
 No conformó á los verdugos
 Contemplar al héroe muerto

Y agregaron nueva infamia
 Á su crimen torvo y negro
 Profanando como hienas
 Aquellos sagrados restos.
 ¡Arrastrando aquel cadáver
 Con una vil soga al cuello!

Han corrido muchos años,
 Cambió la suerte de Méjico,
 La paz derrama sus frutos
 Sobre nuestro fértil suelo
 Y al recordar á los hombres
 Que con patriotismo inmenso
 Sacrificaron su vida
 Por salvar nuestros derechos,
 Es justo honrar la memoria
 Del esforzado guerrero
 Que con heroicas acciones
 Lavó sus sensibles yerros
 Y que merece en la historia
 Las bendiciones del pueblo.

1893.

RIVERITA

(8 de Mayo de 1863.)

À MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO.

En la acción de San Lorenzo,
 Triste para el suelo patrio,
 Cuando Comonfort luchaba
 Como un antiguo espartano
 Siendo su lúgubre alfombra
 La sangre de sus soldados;
 Cuando el humo ennegrecía
 La atmósfera de su campo
 Como ennegrecen las trombas
 Al mar que ruge agitado;
 Cuando ya faltaban hombres,
 Pues los fieles y los bravos
 Por la metralla francesa
 Murieron acribillados;
 Comonfort buscó entre todos
 Los pocos que le quedaron

Al que llevara en la lucha
 Como un tesoro sagrado
 La bandera de la patria,
 Pues temió que de sus manos
 Al vencer el enemigo
 Se la hubiera arrebatado
 — Que venga Ignacio Rivera
 Gritó Comonfort temblando
 — General, Rivera ha muerto,
 Respondió al punto un soldado
 Yo al pasar vi su cadáver
 Lleno de sangre en el campo.
 ¿Y la bandera?

— No he visto
 Que tenga nada.

— ¡Está claro!
 El francés, estoy seguro,
 Se la quitó de las manos.
 Busquemos ese cadáver
 Porque Rivera fué un bravo
 Y hagámosle los honores
 Merecidos á su rango.

Entre montones de muertos
 Al pie de un cerro hacinados
 Hallóse al jete que en vida
Riverita le llamaron.

Cubierto de polvo y sangre,
 El rostro cual cera pálido,
 Con el marcial uniforme
 Bien puesto y abotonado;
 En hombros de sus amigos
 Á Comonfort lo llevaron.

Comonfort miró el cadáver
 Mal reprimiendo su llanto
 Y al contarle las heridas
 En el pecho y en el cráneo,
 Vió en su cuello un lienzo verde
 En fresca sangre empapado.

Desabotónanle todos
 El uniforme en el acto
 Y hallan ceñido á su pecho
 Que las balas destrozaron,
 Del cuerpo de zapadores
 El pabellón sacrosanto.

Ya contener no pudieron
 Sus lágrimas los soldados;
 Comonfort enternecido
 Por el hecho de aquel bravo,
 Ordenó que se le hiciesen
 Honores al sepultarlo,
 Y que su ataúd cubrieran
 No con flores ni con lauros
 Sino con el lienzo hermoso
 Que lo amortajó en el campo;
 ¡Con la bandera bendita
 Que le sirvió de sudario!

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á LOS ALUMNOS

DE LA ESCUELA DE CIEGOS

Trémula de emoción la lira mía
Viene á ensalzar la augusta inteligencia
De los que, á falta de la luz del día,
Tienen la luz del arte y de la ciencia.

De los que pueden ante el orbe entero,
Si apagarles el sol el cielo quiso,
Como Milton forjar un paraíso
Y eternizar su nombre como Homero.

¡No en las tinieblas os veré cautivos!
Aunque tengáis por el dolor cubiertos,
En la mente la llama de los vivos
Y en los ojos la noche de los muertos.

¡Lucháis para vencer! vigor recobra
Para amaros el pueblo que os escucha;
No hace falta la luz si el amor sobra
En esa heroica y sempiterna lucha.

El que con más resignación batalle
Ha de obtener el triunfo soberano;
Ciego ¿no lo sabéis? era Juan Valle
Y hoy es gloria del pueblo mejicano.

Reyes cuya corona, el sentimiento,
Vuestras jóvenes frentes engalana;
En el arte buscad el firmamento;
Buscad el sol sobre la fe cristiana.

¿Qué dicen esas notas misteriosas
Que emitís dulces cual la voz de un niño?
¿Qué buscan vuestras manos temblorosas
Sobre las arpas de oro del cariño?

¿Qué dice vuestra música que brota
De un modo que nosotros no entendemos,
Y que os deja más luz en cada nota
Que el astro rey á los que el cielo vemos?

Dice que amáis con gratitud al hombre
Que supo iluminar vuestros senderos,
Que en vuestro edén de sombras brilla el nombre
Augusto y venerando de Trigueros.

Dice que, en medio de la niebla oscura
Que os cubre eterna en el mundano suelo,
Miráis, más que nosotros, la luz pura
Que á todo mártir le reserva el cielo.

Si no os muestra en su altar Naturaleza
Su pompa, su esplendor y sus colores,
Conocéis por sus ecos su grandeza,
Interpretáis su idioma en sus rumores.

Oís, para aliviar vuestras congojas
Y aumentar vuestros goces inocentes,
Lo que el viento murmura entre las hojas,
Lo que dicen las flores á las fuentes.

Tenéis un mundo que sus galas toma
De vuestro mundo siempre oscurecido;
Sus galas son: el tacto y el aroma,
El sentimiento, el gusto y el sonido.

Allí á las aves sorprendéis inquietas
Hablando en trinos dulces y suaves
Y os tornáis, escuchándolas, poetas
Intérpretes del viento y de las aves.

No es ciego el que sin luz y vacilante
Lleva su frente en la tiniebla hundida;
¿Ciego?... el loco, el idiota, el ignorante
Que atraviesa los campos de la vida.

Pero vosotros los que alzáis la frente
Soñando en una eterna venturanza,
Los que tenéis por astro refulgente
El iris del amor y la esperanza.

Los que tenéis por madre cariñosa
La Patria que calmó vuestro tormento;
Los que guardáis la estrella esplendorosa
Que en las almas enciende el sentimiento;

Los que ya vencedores del destino
Sorprendéis los secretos de la ciencia
Y triunfantes lleváis en el camino
Los lauros de la humana inteligencia.

Los que sentís el fuego y la ternura
Que llena el corazón de dicha y calma,
Y estudiando olvidáis vuestra amargura:
Ciegos sois de la vista, no del alma.

Del alma, no; porque si os falta el día
Más alta luz vuestra ambición alcanza;
La luz de la ilusión, de la poesía,
De la fe, del amor, de la esperanza.

Esperad y creed; brille la idea
Como un sol infinito en vuestra mente;
El primer paso vuestra vida sea
Á la mansión de luz indeficiente.

Nunca el destino con su mano ruda
 Perturbe y oscurezca vuestro anhelo;
 No hay tiniebla más negra que la duda
 Para el que sueña conquistar el cielo.

Seguid cual hoy; vuestra mejor aurora
 Es este triunfo de que soy testigo;
 En nombre de la Patria que os adora,
 Os ensalzo, os aliento y os bendigo.

Méjico, 10 de febrero 1831.

SIN SOBRE

Abro tu carta y reconozco ufano
 Tu letra fácil, tu dicción hermosa;
 Tú la trazaste con tu propia mano
 Pues el papel trasciende á tuberosa.

Al escribirla estabas intranquila
 Y ya estoy sospechando tus desvelos,
 Los médicos me han dicho, que vacila
 El pulso, con la fiebre de los celos.

Veo tus líneas torcidas, descuidadas,
 Y esto halaga mis propios pareceres
 Porque sé, que no estando enamoradas
 Nunca escriben sin falsa las mujeres.

¡Con el arrojito de tus veinte abriles,
 Has escrito un *aumento* que me mata!
 Siempre ha sido en las cartas femeniles
 Importante ó terrible la *post-data*.

No me vuelvas á ver. Ya no te quiero,
 Esto me dices con desdén profundo ;
 Yo traduzco : *¡en pronto, que me muero,*
 De algo me sirve conocer el mundo.

Dices que consolando tu tristeza
 Vas al campo á llorar penas de amores,
 Así podrá tener Naturaleza
 Coronas de diamantes en las flores.

Péro no viertas llanto por tus penas
 Que siempre se evaporan bajo el cielo ;
 Las lluvias, del desierto en las arenas,
 Y el llanto, entre las blondas del pañuelo.

Las horas de la ausencia son tan largas
 Que comprendo la angustia con que gimes,
 Las verdades del alma son amargas,
 Y las mentiras del amor, sublimes.

Inquieres con tesón si á cada instante
 Busco tu imágen ó su culto pierdo ;
 ¿ Dónde está, niña cándida, el amante
 Que diga en estas cosas : *no me acuerdo ?*

Quien convertir pretenda de improviso
 El amor terrenal en culto eterno,
 Necesita labrar un Paraíso
 Sobre la oscura cima del infierno.

¿ Ves, ese Sol que llena de alegría
 El cielo, el mar, el bosque, y las llanuras ?
 Él, trae á los mortales cada día
 Nuevas dichas y nuevas amarguras.

Cada alma tiene un libro, que atesora
 Sus afectos ; en él, sin vano alarde,
 ¿ Cuánto nombre se agrega en cada aurora !
 ¿ Cuánto nombre se borra en cada tarde !

¿ Quién sabe por qué anhela lo que anhela ?
 ¿ Quién será siempre el mismo, siendo humano ?
 Dicha, amor, esperanza, todo vuela
 Sobre este amargo y turbulento Oceano.

Y así, preguntas con afán sincero,
 ¿ Por qué me quieres ?... voy á responderte :
 Yo te quiero, mujer, porque te quiero
 No tengo otra razón, para quererte.

¿ Tú te conformarás con tal respuesta,
 Que de mi propio corazón recibo ?
 Tal vez la encuentres sin razón, pero ésta
 Es la única razón por que te escribo.

Que yo no vuelva á verte... me propones,
 Y aunque mi mente vacilando queda,
 En vista de tu sexo y tus razones
 Allá iré lo más pronto que se pueda.

PENITENCIA

Ayer, bajo la bóveda cristiana
 En el mismo lugar triste y sombrío,
 Donde elevaba al pensamiento mío
 En dulces horas de mi edad temprana.
 Junto al cancel que abandonado cierra
 La nave solitaria y anchurosa,
 Frente á la misma imagen misteriosa
 De Cristo agonizante en el Calvario,
 La vi otra vez espléndida y hermosa.
 ¡Cuán rápidas las cuentas del rosario
 Entre sus blancos dedos resbalaba!
 Sus ojos á mis ojos se volvieron,
 Pero ¡ay! que no me vieron
 ¡No me pudieron ver porque lloraban!

Dando á la contrición puerto seguro,
 Está el confesonario silencioso,
 En el lugar más triste y pavoroso
 Muy lejos del altar y muy oscuro.

Allí llegó llorando,
 Revelando en su faz dolor y queja,
 Se arrodilló temblando
 Y le habló al confesor tras de la reja.
 Yo no sé lo que dijo al buen anciano
 Pero éste ya para postrer consuelo
 Repuso con acento soberano:
 No le hables nunca y ganarás el cielo.
 Ella contrita le besó la mano
 Volvióse hacia el altar con santo anhelo
 De hallar bajo la cruz sombra y abrigo,
 Y al fijar su mirada penetrante
 Miró á su antiguo amante,
 ¡Para su eterno mal se halló conmigo!

¡Ay! son como el imán los corazones
 Que animados de hermosas ilusiones,
 Ya se han unido en los ardientes lazos
 De un gran amor secreto;
 Miróme... y por respeto
 Á Dios, no se arrojó sobre mis brazos.
 «No hablarte he prometido
 Bajo la austera fe de mi conciencia,
 Me dijo con acento enternecido,
 ¿Ya me diste al olvido?
 ¿Ya no soy el amor de tu existencia?»

Vibraba en lo alto el órgano sonoro,
 Nosotros conversando junto al coro
 Vimos venir al confesor sereno...
 ¿Qué haces? le preguntó...

Padre, le adoro,
Hablando estoy con él y... me condeno.
¡Maldecidme... no importa, es mi ventura,
Mi suprema pasión, mi único anhelo!
¡Qué mujeres, Señor! murmuró el cura
¡Por un amor fugaz, dejan el cielo!

VERSOS FESTIVOS

VERSOS FESTIVOS

LA BOMBA

DE MI LIBRO DE VIAJES

Teatro : la tierra del Cid,
Con su sal y sus tesoros;
Sitio : la plaza de toros
De la villa de Madrid.

Un confuso galopar
De jacas con cascabeles;
Baldosas como oropeles,
Y tarde canicular.

En apretado tropel
La gente corriendo al vuelo,
Y Lagartijo y Frascuelo
Descollando en el cartel.

Con claro acento español
Mil gritos descomunales :
— A los toros por dos reales,
Desde la Puerta del Sol —

Yo me dije : — Voy allá,
Y entraré quepa ó no quepa —
Y airoso monté una *chepa*
En la calle de Alcalá.

Llégué á la Plaza en un bréte,
Me escurrí como una anguila,
Y formé cola en la fila
Para comprar mi billete.

Después de mucho pujar,
Y ya bañado en sudor,
Comprélo á un revendedor
En lo que quiso cobrar.

Entré á la Plaza aturdido,
Como puede entrar cualquiera,
Y cerca de la barrera
Tomé un lugar de tendido.

Era aquella inmensa tromba
De un mar encrespado y fiero,
Yo llevaba alto sombrero,
Ó mejor dicho : ¡una bomba!

Verme con ella hecho un mite
Bastó á varios del lugar
Para ponerse á gritar
Con furia — ¡Que se la quite! —

Dejo al lector que suponga
Cuán grande mi apuro fué;
Mas no bien me la quité,
Gritaron : — ¡Que se la ponga! —

Me la puse y ¡hombre al mar!
Gritaron con más placer :
— ¡Que se la vuelva á poner! —
— ¡Que se la vuelva á quitar! —

Y rojo como un fresón
Me estuve inquieto y temblando,
Ya poniendo, ya quitando
Mi sombrero de salón.

De pronto con gran asombro,
Y aumentando mi tormento,
Vuelvo el rostro, porque siento
Una palmada en el hombro,

Y encuentro ¡triste de mí!
Que una chula cual no hay dos,
Dice : — ¡Misté qué rediós!
¿Por qué viene usted así? —

Y con desgaire infinito
 Agrega entre tantos coros :
 — Aquí se viene á los toros.
 Y no al baile, señorito. —

Yo sólo repuse : amén ;
 Y agrega para consuelo :
 — Tome esa gorra de pelo
 Y póngasela usted bien. —

Y arrojóme con gran sal
 Una gran gorra de cuero,
 Propiedad de un tabernero
 Que se puso á verme mal.

Ignoro si con cachaza
 La tomé, mas es el cuento
 Que salió en aquel momento
 El alguacil á la Plaza.

Frascuero de verde y oro,
 Rafael veste amarilla,
 Y con ellos la cuadrilla,
 Y después el primer toro.

Armó el bicho gran camorra,
 La tarde fué de caprichos,
 Y yo vi á todos los bichos,
 Ya de *bomba*, ya de *gorra*.

Cuando acabó la corrida,
 Dijo la chula : — Compare :
 Le he jecho un favor de mare
 Que no se paga en la vida :

Las bombas son de salón,
 Y debe usté de alvertir
 Que naiden debe venir
 Con bombita á la función. —

Respondi : — Gracias, y amén —
 Y mirándome al soslayo,
 Ella dijo : — Adiós, tocayo,
 Sudar y pasarla bien. —

¿Tocayo? . . . y le digo quedo :
 — ¿Cuál es tu nombre, hechicera?
 — BARBARA, tripicallera,
 De la calle de Toledo. —

CON ME

En una noche estival,
Hablando de cien empresas,
En una de las cien mesas
Que tiene el « Café Imperial »,

Seis jóvenes de la Villa
Con monoclo y con llavero,
Le apostaban á un torero
Las cañas de Manzanilla.

Aturdieran á los bronces
Sus gritos, pero ante todo :
¿ Cómo jugaban ? De un modo
Que estaba de moda entonces.

El de acertar con presteza
Cualquier palabra en un rato,
Dando por único dato
La sílaba con que empieza.

Era de ver la intención
Con que todos se ponían
Palabras que requerían
Verdadera erudición.

Todo aquel que adivinaba
Antes de las cinco veces,
Una caña hasta las heces
Gratuitamente apuraba.

Pero si entre seis ó más
Ejemplos erraba el tino,
Pagaba por pena el vino
Que apuraban los demás.

Yo, formando vecindad,
Con la mesa en que jugaron,
Diré que todos salvaron
La mayor dificultad.

Con talento extraordinario
Acertaban ; parecía
Que cada cual se sabía
De memoria el diccionario.

Llegó su turno al torero
(Que á juzgar por su exterior,
Debía ser arrastrador,
Mono sabio ó cachetero)

Y al decir — me toca á mí, —
 Agregó muy gravemente,
 Dándose un golpe en la frente :
 — Vamos que la tengo aquí. —

— Dínos la sílaba pronto —
 Dijo amostazado alguno,
 Y exclamó orgulloso el tuno :
 — La diré, que no soy tonto.

— ¿ La dirás ? — Sí, la diré,
 Que nada me da vergüenza...
 Mi palabrita comienza...
 — ¿ Con qué sílaba ? — ¡ Con *me* !

— ¡ Merengue ! — No, no señor, —
 — ¡ Mesa ! ¡ Melindre ! ¡ Meneo !
 ¡ Metisaca !... — ¡ Pues ya veo
 Que voy á ser vencedor ! —

Los seis jóvenes se vieron,
 Y en perder hallando mengua,
 Cuanta palabra en la Lengua
 Comienza con *me*, dijeron.

En verdad recuerdo yo
 Cuánto me mortificaba
 Ver al tuno que gritaba
 Á cada palabra : ¡ No !

Estando todos rendidos,
 El torero con gran calma
 Dijo : — ¡ Por vida del alma !
 ¿ Se dan todos por vencidos ?

¡ Naiden sabe hablar aquí !
 ¡ Naiden conoce su idioma !
 ¡ Es tan fácil ! — Esa es broma...
 — ¿ Quieren que la diga ? — Sí. —

— Pueden verla en el registro
 Del diccionario anotado,
 La palabra que he pensado,
 Es la más fácil : Menistro. —

Risa, espanto, confusión,
 Aplausos... ¡ la mar de asombro !
 Y uno, tocándole el hombro,
 Le dijo : — ¡ Tienes razón !

CANDELARIO

AL INSIGNE ESCRITOR ENRIQUE SEPÚLVEDA

Candelario era un hortera,
Que, salido de Bilbao,
Lo vió vender bacalao
La calle de la Montera.

Su carácter decidior
Cayó en gracia á los vecinos,
Y nadie en *ultra-marinos*
Tuvo círculo mejor.

Un su amigo, Claudio Funes,
De aventuras no contadas,
Lo llevó á las novilladas,
Uno tras otro des lunes.

Espectáculo ordinario,
Pero alegre y animoso,
Turbó el habitual reposo
Del alma de Candelario.

Desde la primera vez
Que vió á un chico de su edad
Matar con serenidad
Un torete de Jerez,

Y que vió como aplaudían
Al chicuelo y le adulaban,
Pues cuantos le saludaban
Frascuelito le decían,

Él se dijo : — ¿ *Frascuelito* ?
Mi porvenir claro veo ;
Voy á ingresar al toreo,
Y seré *Lagartijito* ;

Yo bajaré al redondel,
Y rey me dirán galantes
Los *jóvenes principiantes*
(Así los llama el cartel).

En la suerte de matar
Les voy á dar tan buen rato,
Que hasta el *matadero* el Tato
En Sevilla va á dejar.

Y vendrá con ansia viva
Y con muy sana intención
Á honrarme en la profesión
Dándome la alternativa.

No tengo que discutir
 Con ninguno mi deseo.
 ¡Fuera miedo, y al toreo!
 ¡Allí está mi porvenir! —

Así con alma sencilla
 Pensó aquel chico en su afán,
 Y fué á ver al capitán
 De la juvenil cuadrilla.

El capitán le animó,
 Tratándole como amigo,
 Y le dijo: — ven conmigo.
 ¡Fuera miedo! ¡aquí estoy yo! —

Claudio no tuvo siquiera
 Una palabra en contrario,
 Y así pensó: — Candelario
 Ya no quiere ser hortera;

Juzga este oficio mejor
 Y dinero busca en él,
 Pues dice que el redondel
 Deja más que el mostrador.

Sin embargo, muy leal,
 Sin combatir su capricho,
 Le dijo: — Piensa que el bicho
 Á toda hora es animal.

Las novilladas cabaes
 Ofrecen peligros fieros,
 Pues salen en vez de utreros,
 Toros con *cara* de tales;

De edad corrida y sentido
 Que en algún *cambio forzado*
 Suelen llevarse enganchado
 Al principiante atrevido.

Medita tus ilusiones
 Y piensa en lo que te metes. —
 ¡Cuidate de los toretes!
 ¡Cuidate de los pitones!

El bicho es mal adversario
 Que al herir nada respeta. —
 — ¿De qué sirve la muleta? —
 Le respondió Candelario.

Dió un suspiro Claudio Funes,
 Callóse cual hombre bueno,
 Y por fin fue al estreno
 De su amigo, el otro lunes.

Estaba la novillada
 Como lo está comunmente:
 Mala tarde y mucha gente
 Ociosa y desocupada.

Mil ociosos madrileños
Y dispuestos á jugar,
Seis bichos de Colmenar,
De muchos pies y cuatroños.

El primero jugó bien,
Su muerte fué un cataclismo ;
Salió el segundo... lo mismo...
El tercero... en paz, y amèn.

El cuarto ¡qué atrabiliario !
¡ Cuánta ley ! ¡ por santa Mónica !
Quiso echarle una verónica
El novicio Candelario.

Lo espera con ardimiento,
Con donaire, con enojo,
Le da un pase con arrojo
Y el aplauso atruena el viento.

Pero extiende el trapo aquél
De nuevo y ¡ vamos ! lo dicho,
Sin piedad lo engancha el bicho
Y lo arroja al redondel.

Tomó muy mal sus medidas,
Y el bicho, ante tal torpeza,
Se lo llevó en la cabeza
Causándole dos heridas.

Gran rumor, gran vocería,
Cesan después los asombros,
Y llevan al chico en hombros
Á la oscura enfermería.

Más tarde sus compañeros
En la juvenil cuadrilla,
Dejan junto á la capilla
Sus vestidos de toreros.

Y con traje de paisano
Cuesta abajo la emprendieron,
Y hacia Madrid se volvieron
Conversando mano á mano.

.

Una tenue claridad
Que se pierde en la penumbra,
¡ Cuán triste tu altar alumbrá,
Virgen de la Soledad !

Entre tan tristes fulgores
No ha puesto una mano grata,
Ni un milagrillo de plata,
Ni un pobre ramo de flores.

Después de que concluyó
La novillada ¡ el olvido !
Candelario solo, herido,
En la capilla quedó.

Y en medio de aquel retiro,
 Todo soledad y espanto,
 « ¡ Mi madre ! » dijo con llanto
 Y exhaló el postrer suspiro.

Del pobre no hay quien se acuerde,
 La noche pasó inhumana,
 Y á la siguiente mañana
 Sobre una camilla verde,

Y mártir del triste lunes,
 Tendido como un cualquiera,
 El cadáver del hortera,
 Seguido de Claudio Funes,

Sin pompa ni ostentación,
 Sin cortejo ni ataúd,
 Entró en plena juventud
 Á dormir al panteón.

Iba en el tránsito ya
 Y nadie le recordaba,
 Pues la gente preguntaba
 Al mirarlo ¿ quién será ?

¿ Su ilusión ? desvanecida.
 ¿ Su historia ? dolor y pena.
 Allá en el circo la arena
 Dejó con sangre teñida.

Fué la capilla hogar frío
 De su interés mercenario...
 Hay mil como Candelario
 Y no lo saben ¡ Dios mío !

Claudio, lleno de dolor,
 Decía con tono cruel :
 — ¡ No es verdad que el redondel
 Deje más que el mostrador ! —

AL KISS

Sabe toda la ciudad
Que tengo, como en un nido,
El perro más consentido
De toda la perreidad.

En mi vida triste y sola
Con mi soledad se engríe ;
Siempre al mirarme sonrío
Con la punta de la cola.

Como á todos me prefiere,
Nunca á otro amparo se arrima,
Y festeja al que me estima,
Y gruñe al que no me quiere.

Mis actos buenos ó malos
Mira con el mismo afán ;
Mueve el rabo con el pan
Y lo mueve con los palos.

Sobre el más rico pavés,
Ó el más tosco pavimento,
Duerme con igual contento
Si está tendido á mis pies.

¿Qué me dice su exterior,
Que conmueve mi laúd ?
Con su rabo, gratitud ;
Con sus ladridos, amor.

A veces pierdo la fe,
Y gimo desesperado,
Y el perro, á mis pies echado,
Con cierta intención me ve.

¿Es que me comprende ? ; No !
Mas de mi vida testigo,
Quiere preguntar — ¿qué amigo
Es más íntimo que yo ?

¿Quién más discreto ha de estar
Y más fiel y más callado,
Y más rendido á tu lado
En el reír y el llorar ? —

Cuando alguno que me mira
Me engaña con mil consejas,
Mueve el perro las orejas
Como diciendo : ¡ mentira !

Y si alguno sin desdén
 Me mima y me abraza al cabo,
 Lo ve el perro y mueve el rabo
 Como diciendo : ¡ está bien !

Por esto yo en mis destierros
 Digo entre fechas y nombres :
 — Desde que trato á los hombres
 Estimo más á los perros. —

Y á este amigo de verdad
 Lo llamo fiel y querido ;
 El perro más consentido
 De toda la perreidad.

EN LA FERIA

Siempre que un *turista* inglés
 Viaja en suelo sevillano,
 Le acompaña algún gitano
 Que á todo responde : *yes*.

Al que los oye y los mira
 Le causa estupefacción
 Ver que á cada afirmación
 Corresponde una mentira.

Mentiras en las que tales
 Hipérbolos se derraman,
 Que son de las que se llaman,
 En español, garrafales.

Llegó un inglés de *London*,
 Flux á cuadros, cara seria,
 Á ser un Creso en la feria
 Como todo buen *Mirlón*.

Si alguna cosa veía,
Su historia y fin preguntaba,
Y el gitano contestaba
Aquello que le ocurría.

Al pasar por un café
Entráronse mano á mano
El andaluz y el britano
Con muchísimo *tupé*.

El criado con presteza
— ¿Qué se sirve? — preguntó.
Y el seco inglés contestó:
— Mi, sólo toma cerveza. —

— ¿Y usted...? — Con gran intención,
Más serio y más cejijunto,
Contestó el gitano al punto:
— Yo, lo mesmo que el mirlón. —

Luego con destreza suma
Dió el criado algunos pasos,
Y les trajo al fin dos vasos
Con sus penachos de espuma.

Quedóse el gitano absorto,
Aturdido, atolondrado;
Se ruborizó, y cuidado
Que no pecaba por corto.

Salvando terribles dudas
Dió un trago ¡por san Benito!
Puso un rostro el pobrecito
Igual al rostro de Judas.

Inclinó luego el testuz,
Sus labios palidicieron,
Y dijo: — Mirlón, ¿qué dieron
Á Jesucristo en la cruz? —

— Hiel vinagra — respondió
El inglés muy secamente;
Bajó el gitano la frente,
Y luego así se expresó:

— De cuantas purgas se cuentan
Es la más mala que he visto;
Si le dan cerveza á Cristo,
Vamos, mirlón, lo revientan! —

Miró el vaso de través,
Y dijo muy enfadado:
— Este vino lo ha inventado
La suegra de algún inglés. —

CANTA Y CANTA

El rancho Sacramento
 Doscientas óperas vió,
 Y en las doscientas halló
 Parecido el argumento.

Sin críticos ni rivales,
 Sin temer modos ni modas,
 Anoche me dijo : — « Todas
 Las óperas son iguales.

« El mismo asunto de amor,
 Y en todo caso enamora
 En público á la señora
 Primera tiple, el tenor.

« Salvo que por suerte ingrata
 Acabe en cosa de duelo,
 Y pase como en Otelo
 Que al fin y al cabo la mata.

« Á su lado, conmovida,
 Siempre otra dama veréis,
 ¡La comprimaria ! ¿ entendéis ?
 Es decir : la comprimida.

« Completando aquella trama
 El barítono, al final,
 Resulta como rival,
 Queriendo birlar la dama.

« El bajo tiene el trabajo
 De hacerse el desentendido,
 Oficio bien escogido
 En todo papel de bajo.

« ¿ Qué papel hacen los coros ?
 Gente que teme ó se asombra,
 Representa en plena sombra
 Al pleno sol de los toros.

« Y así hasta en las más remotas
 Regiones que el sol calienta,
 Tan sólo se tiene en cuenta
 En las óperas, las notas.

« Juro decir la verdad ;
 Un ejemplo : la Africana,
 La música soberana,
 Y el libro barbaridad.

« Y nadie tiene derecho
 A exigir soberbia trama,
 Pues lo más malo del drama
 Se salva en un do de pecho.

« ¿Puede armarse algún belén
 Con un pésimo argumento?
 ¡Jamás! si el chiste del cuento
 Está en que lo canten bien. » —

Dijo bien aquel patán,
 Cuya candidez fué tanta,
 Que concluyó : Canta y Canta,
 Y nada de ópera, Juan.

EL PRIMER GALLEO

Por el arte entusiasmados
 Con sus capas y sus hierros
 Fueron á lidiar becerros
 Seis ó siete aficionados.

Una vez el bichó suelto,
 Becerro de condición,
 Y, según la filiación,
 Lomipardo y cornivuelto,

Salió Andrés, el buen Andrés
 Que se distinguió en Gencibras
 Por ser de muy pocas libras
 Y de muchísimos pies,

Y con natural deseo,
 Ocultando lo cobarde,
 Quiso comenzar la tarde
 Con un lucido galleo.

Sin que el peligro le importe
En irse al bicho se apresta,
Pero con la capa puesta
Como para dar recorte.

Abre con mucho donaire
Los brazos, firme y resuelto,
Y entonces el cornivuelto
Le da una vuelta en el aire.

Como esquila, el pobre Andrés
Dió vuelta en la inmensidad,
Pero por casualidad
Cayó en el sitio de pies.

— Así me da gusto verte, —
Gritó en la barrera alguno,
Y á igual tiempo agregó un tuno :
— ¡ Que nos repita la suerte ! —

Sintiéndose Andrés morir
Del susto en aquella fiesta,
Murmuró : — Suertes cual ésta
No se pueden repetir. —

Y tomó tal aprensión,
Que le acobardó un capricho :
Tuvo miedo, mas no al bicho,
Sino á la repetición.

UN TOQUE Á TIEMPO

Teatro : el Café Imperial.
Personajes : Juan Lojero,
Famoso banderillero,
Y el picador Juan Chaval.

Están los dos conversando
Con tan grande animación,
Que los ven con atención
Las gentes que van pasando.

— Aquel toro era un tesoro
De pujanza, y lo rendí...
— ¿ Y aquel otro ?
— Ya lo vi,
¡ Pero no como aquel toro !

¡ Qué arranque ! ¡ qué poderío !
¡ Y qué libras ! ¡ y qué pies !
Pero el que siguió después,
¿ Te acuerdas ? ¡ qué toro el mío !

No volvemos á lidiar.
Otro en esta temporada.
¡Ay, chico!

— ¿Qué tienes?

— ¡Nada!

Tengo ganas de fumar.

— Ya gasté el último duro
Y puse fin á la obra.
— ¿Nada tienes?

— Sí, me sobra

En el bolsillo este puro. —

— Partiremos, picaré
Un poco de su tabaco,
Y aunque te lo deje flaco
El cacho te dejaré.

Y así diciendo y obrando,
Sacó Juan el cortapluma,
Y con ligereza suma
Siguió *picando* y *picando*.

Miraba el banderillero,
Con faz un tanto mohina,
Menguarse la tagarnina
Con el cortante ligero.

Y con ansias, jadeante,
Y sin encubrir su afán,
Murmuraba : — Basta, Juan,
Has picado lo bastante. —

Sigue el otro y, sin rencillas,
Dice Luis : — Terminaremos,
Mira, chico, tocaremos
A suerte de banderillas.

Juan risueño y satisfecho
Cedió la parte mermada,
Que á la primer bocanada
La metió Luis en el pecho.

Y alegre y contento ya,
Charlatán y zalamero,
Siguió con su compañero
Por la calle de Alcalá.

Este caso en esta vez
Le revela hásta el más tuno,
Que dar un toque oportuno
Salva y aprovecha á un Juez.

POR REAL Y MEDIO

Por cariño y sin ardid,
Un literato pobrete
Convidió á un tal Alderete
Á un fonducho de Madrid.

Era uno de los figones
Que tienen muchos vasallos,
Y dan caracoles, callos,
Y de postre cañamones.

Pero eso si, viento en popa
Se navega en la partida,
Pues comienza la comida.
Con una alberca de sopa.

Y quiero alberca llamar
Á plato tan celebrado,
Porque puede echarse á nado
En él quien lo va á tomar.

Alderete, literato
Sin nombre y por afición,
Metió pronto el cucharón
En lo más hondo del plato.

Al sacarlo ve un extraño
Objeto que en él se agita,
Era un botón de levita
Con un pedazo de paño.

Y le dice al anfitrión :
— ¿ Á qué fonda me convidas ?
Busco patatas cocidas
¡ Y sólo encuentro un botón ! —

Y el otro, que era andaluz,
Contesta : — Pues no hay remedio,
¿ Pensabas por real y medio
Venir á encontrar un *flux* ? —

— Tienes razón, Nicolás,
Dijo Alderete con hiel ;
Separó el botón aquel
Y se comió lo demás.

UNA GUASA DE RAFAEL

A JUAN GALLEGOS

Le dijo al buen Lagartijo
 Un gitano sevillano,
 Con aire calomacano
 Y con cuerpo de botijo :
 — Por el santo Crucifijo,
 Por la virgen santa y pura,
 Déme usted de aquella untura
 Que al ponérsela en la piel
 Lo libra en el redondel
 De un trastorno en la figura.

— ¿Qué ungüento es ese?

Gaché.

— Usted lo compró en Utrilla,
 Y con él ganó en Sevilla
 Muchísimo parné.
 Aquí, en reserva, yo sé
 Que usted con sólo una untada
 Se libra de una cornada
 Y amedrenta á todo bicho,
 Y yo me traigo el capricho
 De hacerme primer espada.

Así tendré pan y guita
 Y viviré muy contento.
 Convide usted del unguento
 Que todo peligro quita.
 Por nuestra Madre bendita,
 Perdonando la intención,
 Saldré airoso en la función
 Y pondré á la fiera quieta,
 Y el estoque y la muleta
 Me darán reputación. —

Lagartijo, comprendiendo
 La torpeza del gitano,
 Le dijo : — Venga esa mano
 Que ya me estás convenciendo.
 El domingo amaneciendo,
 Á mi casa te vendrás,
 Allí te desnudarás,
 Y haré que mi muletero
 Te pinte bien todo el cuero,
 Y, ya untado.... matarás.

— Verá usted con cuánto brío
 Todo peligro conjuro,
 Y ante mi golpe seguro
 El bicho de más trapio
 Cairá al suelo sin sentido,
 Y palmas escucharé,
 Y al toro recibiré
 Porque matarlo deseo
 Por derecho y sin cuarteo
 Y menos á volapié. —

Quedó bien apalabrado
 El curro con Rafael
 De embadurnarse la piel
 El domingo señalado.
 El unguento preparado,
 Sólo para aquella vez,
 Era sebo de Jerez
 Y alquitrán y cola dura,
 En una espesa mixtura
 De trementina y de pez.

Con un brochón escogido,
 Como quien barniza cuero,
 Pintaron el cuerpo entero
 Del gitano decidido.
 Quedó tan desconocido
 Y tan rígido al andar,
 Que sin poder menear
 Sus robustos miembros, dijo :
 — Si mi madre ve á su hijo
 ¡ No le va ni á saludar !

Llegó el esperado instante,
 Y al mover de mil sombreros
 Salió con sus seis toreros
 Lagartijo por delante.
 El gitano vacilante
 Quedó junto al callejón
 Y luego, en cada ocasión
 Que al bicho miraba á un paso,
 Gritaba : — No te hago caso,
 Matarte es mi obligación, —

Toda la primera parte
 De la lidia fué serena,
 Tomó cada vara buena
 Con voluntad y con arte.
 Los palos muy bien, aparte,
 De dos con falsa salida
 Y un intento de cogida ;
 Mas terminada la suerte,
 Pidió el Presidente muerte
 Con la señal convenida.

— Anda — dijo Rafael —
 Y con apostura altiva,
 Dió en regla la alternativa
 Al sucio gitano aquel :
 — Vete derecho hasta él
 Y te ciñes sin gindama,
 Corta si ves que reclama
 El bulto y extiende el trapo,
 Sin saltar como gazapo
 Porque dirán que te escama.

El gitano se quedó
 Sin dar señal de trabajo,
 Miró arriba, miró abajo,
 Y á todas partes miró.
 Á poco el bicho llegó,
 Y él, viendo la frente armada
 De aquella bestia irritada,
 Tiembla cobarde, se inquieta,
 Y arroja al aire muleta,
 Trapo, montera y espada.

Silbó el público al rabiarse;
 Lagartijo enfurecido,
 Así dijo al aturdido
 Que no cesó de temblar :
 — ¿ Á esto le llamas matar....?
 — ¡ Por la Santa Virgen pura!
 No me sirvió la pintura,
 Y ya me voy de otro lado;
 Que el bicho está acatarrado
 Y no puede oler la untura.

— Dame la espada, Barbián,
 Y vete con los cencerros,
 Y trasquila asnos y perros
 En la plaza de San Juan,
 Las unturas que se dan
 En Sevilla y en Madrid
 Á todo el que entra en la lid,
 Son la astucia y el valor.
 ¡ Las usaba aquel señor
 Á quien llamaban el Cid....! —

 JOSELÍN

Yo conocí un chiquitín
 De las playas gaditanas,
 Á quien sus padres y hermanas
 Le llamaban Joselín.

Era tan bravo y tan listo,
 Que todos, hasta el más hombre,
 Le daban el triste nombre
 Del tipo que vendió á Cristo.

Este Judas infantil
 Cifró sus dichas soñadas
 En ir á las novilladas
 Cual va la oveja al redil.

Su viril carácter fiero
 Le dijo en su edad hermosa :
 — Tú no serás otra cosa,
 Joselín, que buen torero. —

Y el augurio se cumplió,
El chico fué adelantando,
Y, á fuerza de estar bregando,
Muchas palmas recogió.

Era de estampa muy guapa,
Blanco, de buena estatura,
Y ¡vamos! la gran figura
Con traje corto y con capa.

Nunca pretendió matar
Ni en sus impetus más malos,
¡Pero en viendo un par de palos
El disputaba ese par!

Y causaba maravilla,
Pues era en esto un tesoro;
¡Dejaba la cruz del toro
Como rosa de Castilla!

Muchas palmas arrancó
En medio del redondel,
Y su nombre en el cartel
Mil veces entusiasmó.

Mas, como todo mortal,
Joselin llegó á querer
Con delirio á un mujer....
¡Á una dama *prencipal!*

Quemado por sus miradas
Á obsequiarla se dispuso,
Y, á su salud, un par puso
De palos de seis pulgadas.

Y llegó en su frenesí,
Mirándole á las mejillas,
Á decirle, de rodillas
Pondré estos palos por ti.

Y los puso con asombro
Del público entusiasmado,
Habiendo sólo sacado
Un varetazo en un hombro.

Pero la mujer aquella,
Una mujer imposible,
Era una estatua insensible:
¡Insensible como bella!

Sólo Joselin logró
Que ella dijera una tarde:
— ¡Este chico no es cobarde!
Por eso lo aplaudo yo. —

El chico notó sin susto
El aplauso de la bella,
Y al pobre la noche aquella
Le espabiló el sueño el gusto.

Ella me quiere, decía,
Con la candidez de un niño,
Y soñando en tal cariño
Lo encontró la luz del día.

El amor hace dislates,
Que no es muy cuerdo quien ama;
Joselín puso á su dama
Ochocientos disparates.

Qué carta ¡por Belcebú!
No la escribe ni un apache :
Amor y ambición con *b*.
Cara y corazón con *q*.

Y, para final de fiesta,
Así acababa el cruel :
— Harrójeme al ridondel
El domingo la respuesta. —

La dama la recibió
Con risas mal contenidas,
Y luego fué á seis corridas
Y la respuesta no dió.

Joselín en tono brusco
Brindóle un par de este modo :
— Quiero, prenda, nada ó todo.
— Nada, — contestóle un chusco.

— ¿Quién da tal contestación? —
Pregunta el banderillero,
— Pues te la da tu lucero, —
Repuso un villamelón.

— ¿Es verdad? — con ansiedad
Interroga á su elegida,
Y ella, con faz encendida,
Lo mira y dice : — Es verdad. —

— Está bien, concluya aquí
Mi vida con tu capricho, —
Y corre á esperar al bicho
Con rabioso frenesí.

Ninguna mano lo aparta
De aquel peligro inminente,
Y lo aguarda frente á frente
Y al fin la fiera lo ensarta.

Fué terrible la cogida
Y, para más, fué sin gracia;
Joselín pagó su audacia
Á gran precio : con la vida.

Expiró en la enfermería,
Y en tanto el público fiero
Con otro banderillero,
Gritando se divertía.

Súpose el destino cierto
 Del chico y su triste fin...
 — ¡Pobrecillo Joselín!
 Dijo la dama : ¿ se ha muerto?

¡Ha muerto ya!... ¡qué dolor!
 No era de los diestros malos,
 Pero, en materia de palos
 ¡Ese los pone mejor! —

Y con delicada mano
 Señaló al banderillero,
 Que, reemplazando al primero,
 Estaba fresco y liviano...

No dijo : — Murió por mí, —
 Ni le rezó una oración,
 Y todo... ¿ por qué razón?
 Porque algunas son así.

¿Qué pasó después? se infiere
 Que los toros se acabaron,
 Y que al chico lo enterraron
 Como á todo el que se muere.

EN LOS TOROS

Hija del pueblo, morena,
 Vestido de medio paso
 Azul celeste, de raso
 Que al andar cruje y resuena.

Negros caireles, mantilla
 Blanca, y dos flores sembradas
 En el cabello, arrancadas
 De los huertos de Sevilla.

Peineta de teja, brío,
 Terso cutis, labios rojos,
 Y sobre todo unos ojos
 De ¡perdónalos, Dios mío!

Así, juro por el Cid,
 La vi en un palco escogido,
 Estando yo en un tendido
 De la plaza de Madrid.

Ha de ser tierna, pensé,
Casta, encantadora, pura;
Su boca, toda dulzura,
Su corazón, todo fe.....

Airosa, gentil y bella,
Mi admiración la acompaña,
¡No ha de haber en toda España
Mujer tan linda cual ella!

Si es tan dulce su mirar,
Será su voz como arrullo...
Mas ¿qué pasa...? ¡Gran murmullo!
¡Lagartijo va á matar!

Calla la gente más tosca
Y el más pulido doncel;
Se puede en el redondel
Oír volar á una mosca.

Que todos saben de fijo
Los asombros que arrebatan
Al pueblo, siempre que matan
Ó Frascuelo ó Lagartijo.

¿Quién tal acto no respeta?
Á otro enumerar le toque
Todos los pases de estoque
Y los pases de muleta.

El bicho rasca el terruño,
Embiste y queda sin vida
Por una buena metida
Por todo lo alto, hasta el puño.

¡Qué entusiasmo! ¡qué ovación!
La plaza entera temblaba,
Y la *dómina* gritaba,
Reventándose el pulmón

— ¡Y qué bien que lo has matao!
¡Sin confesión, probecito!
¡Recibe un beso, mardito!
¡Qué bien matas, condenaol!

¿Y ésta, dije, es la paloma
De hermoso y niveo plumaje?
¡Vamos, que alienta coraje
Y tiene dulce el idioma!

Y decepcionado ya
De mi tremenda vecina,
Volvíme en una berlina
Á la calle de Alcalá.

YA ME CONOCIÓ EL CURA

A ADRIÁN GALLEGOS

Doña Pura (muy impura
Por sus costumbres añejas),
Es entre todas las viejas,
En edad, la más madura.

Ella cuenta como fué,
Pues sus dos ojos lo vieron,
El ceremonial que hicieron
En Madrid al rey José.

Vió á Bonaparte al soslayo,
Y entre llantos y suspiros,
Asustada, oyendo tiros,
Se despertó el Dos de Mayo

Ya calcularéis su edad
Que ver claramente deja
Que esta vieja es la más vieja
De toda la humanidad.

Sus años no hay que sacarlos
Á relucir al hablarle,
Basta con averiguarle
Que conoció al primer Carlos.

Y saber que fué hechicero
Su rostro y su piel de armiño,
Allá, cuando era muy niño
El general Espartero.

Doña Pura al mundo engaña
Cual también engaña á Cristo,
Pues sabe, porque la ha visto,
Toda la historia de España.

No fué madre ni es abuela,
Mas juro, por Belcebú,
Que trató de tú por tú
Á la reina Berenguela.

Ejemplo de devoción,
Pues que la iglesia es su afán,
Concorre á San Sebastián,
Cuando sabe que hay sermón.

Allí luce la persona,
Y, con palabras prudentes,
Explica á todas las gentes
Cuanto le escucha á Cardona.

Cardona por su elevada
Manera de predicar,
Es, lector, el Castelar
De la Cátedra Sagrada.

Doña Pura no da ejemplo
De humildad ni de recato,
Pues conversa todo el rato
Que predicán en el templo.

Cuanto dice el orador,
Que bien la moral explica,
La vieja siempre lo aplica
Á quien le cuadra mejor.

Si aquel tribuno cristiano
La torpe embriaguez maldice,
Pura comenta : — lo dice
Por el borracho Fulano. —

Que el orador se remonte,
Hablando en contra del juego,
Y la vieja dirá luego :
— Por fulano que va al monte. —

Si al tratar de moral sana
Á toda adúltera veja :
— Alude, dice la vieja,
Á la condesa Fulana. —

Si duras palabras usa
Contra un mal padre y se irrita,
Ella dice : — á Fulanita
Que tiene un hijo en la inclusa. —

Pega al hurto el orador,
Y ella lo va comentando :
— Á don H, que robando
Se hizo noble y gran señor. —

Y así, con garbó y ardid,
La Pura á todos moteja,
Porque la maldita vieja
Conoce á todo Madrid.

Y siempre en su derredor
Están cien gentes curiosas,
Á las que explica las cosas
Que dice el predicador.

Y que durante aquel mes
Las cuentan mal de su grado,
En el Café y en el Prado,
Al derecho y al revés.

Sucedió cierta ocasión,
Cuando la loba sin dientes
Estaba entre muchas gentes
Comentando un gran sermón,

Que el padre dijo : — Señores,
¿ Qué pensáis, decid sin mengua,
De las que con mala lengua,
Destrozan vida y honores.

Méritos, glorias, nobleza,
Cuanto sube, cuanto aspira,
Y al honor llaman mentira,
Y hurto vil á la riqueza;

Que dejan que de mil modos
Fama y honor se destrocen,
Y porque á todos conocen,
Todo lo aplican á todos;

Que no hay nada que perdonen,
Que ninguna falta absuelven,
Y que todo lo revuelven,
Y todo lo descomponen...? —

La vieja ocultando enojos
Y encubriendo su rubor,
Miraba al predicador
Abriendo tamaños ojos.

Mas no falta quien atice
Sus disgustos en tal hora,
Y le pregunte : — Señora,
¿ Todo esto por quién lo dice...? —

Cubre su faz doña Pura,
Y grita : — ¡ Por San Eloy!
¡ Abran paso, ya me voy,
Que me ha conocido el cura...! —

Y enferma del sofocón
Se fué, salvando las puertas,
Por la calle de las Huertas
Á casa de un comadrón.

MORIR Y MATAR

¡Terrible, fatal instante!
El bicho ya va á morir,
Quiere con furia embestir
¡Y está el matador delante!

Un pase,... dos... otro más,
Y otro, porque así conviene,
Y listo el diestro va y viene
Adelante y hacia atrás.

Sigue la brega ; atención :
En redondo tres iguales,
Un corto, dos naturales,
Y luego dos de telón.

La gente se desespera
Y en los tendidos se agita,
Y hay algún chulo que grita :
— Está de Dios que no muera. —

En frente del matador
Muy recio y muy enfadado,
En la barrera sentado,
Mira el caso un gran actor.

Con gesto de rabia y susto,
Cansado de ver la brega,
Su estentórea voz despliega
En un grito de disgusto...

— Cobarde, ciñete allí,
No saltes como gazapo ;
Mandilón, extiende el trapo,
Vamos... ¡no corras así...!

Se nos acaba la tarde :
¿Para esto hicimos los gastos ?
Quitate, deja los trastos ;
Métete á cura, cobarde. —

Volvió el rostro el matador
Que de rojo fulguraba,
Y así dijo al que gritaba,
Al mismo y nombrado actor :

— En el teatro yo sé
Morir de mentirijillas,
Aquí muero de chipé...
Cambiaremos las costillas,
Compare, ¿qué dice usted? —

Esto en *caló* de la corte
Casi equivalió á decir:
— Non es lo mesmo morir
Que parlare de la morte. —

¡ SI TODOS FUERAN ASÍ !

Quando está Inés de trapillo,
Lleva puesto un juboncillo
Sin botones, mal cortado,
Y de un color deslavado
Entre verde y amarillo.

La enagua con que acompaña
Tal jubón de forma extraña,
Es, para mayor tristeza,
Morada, cual la corteza
De una ciruela de España.

Los dos choclos chiquitines,
Que un tiempo fueron chapines
De aristocrática hechura,
Son, para mayor tortura,
Rojos como colorines.

Por digna coronación
Á la exacta descripción

De su trapillesca facha,
Su cabeza la muchacha
Envuelve en un pañolón.

Halla de polvo una arroba
En los muebles de su alcoba,
Y va y viene, y entra y sale,
Y sigue dale que dale
Con el zorro y con la escoba.

La horripila el desaseo :
Limpiar todo es su recreo,
Y en vigilia y en reposo,
Á lo limpio llama hermoso,
Y á lo sucio llama feo.

Tiene un novio corcovado,
Tuerto, tonto y estevado,
Mas no le importa su aspecto,
Y siempre lo ve perfecto,
Porque siempre está bañado.

Es mujer de corazón ;
No le importan posición,
Capital, nombre y trabajo ;
Tiene un dios, el estropajo,
Y un artífice, el jabón.

Se debe mirar á Inés
Tres ó cuatro horas después

De su trajin intranquilo :
Es una Venus de Milo
De la cabeza á los pies.

En vez de aquel juboncillo,
Rico y hermoso justillo,
Con botones y entallado,
Cual si estuviera pintado
Por el pincel de Murillo,

En vez de la enagua extraña
Una veste á que no empaña
Defecto insignificante,
Y que la torna elegante
Como una reina de España.

En vez de los chiquitines
Y reteñidos chapines
Que gastó por la mañana,
Botitas con que engalana
Sus pies, como dos jazmines.

Y en lugar del pañolón,
Remate y coronación
De su traje abigarrado,
Se pone siempre un peinado
Pompadour ó Maintenon.

Por esto á reir excita,
Saber que al mirarla grita

La gente envidiosa y vana :
 ¡Qué *cursi*! por la mañana,
 Y en la tarde : ¡qué bonita!

Blondas y encaje en la falda,
 En la cabeza guirnalda,
 Que del arte es un tesoro,
 Y en el brazo ajorca de oro
 Con una inmensa esmeralda.

La gente sus ojos fija
 En ella, y se regocija
 De su belleza y su lujo ;
 Que hasta pecara un cartujo
 Por besarle la sortija ;

Porque en la sortija lleva
 Un diamante que subleva
 Con su resplandor ardiente
 Al más bueno é inocente
 De los hijos de Adán y Eva.

¡Qué garbo ! ¡qué gentileza !
 ¡Qué majestad ! ¡qué nobleza !
 ¡Qué rostro tan circunspecto !
 ¡No se le encuentra defecto
 De los pies á la cabeza !

Yo la quiero, y soy sincero
 Con el zorro y el plumero,

Y hasta con la escoba, si ;
 Me gusta por ser así,
 Palabra de caballero.

Una mujer siempre igual,
 Use bata de percal,
 Ó vista raso *broché*,
 Debe de juzgarse á fe
 Una mujer especial.

Y gusta más á un artista :
 No la compra, la conquista,
 El premio, nunca el favor,
 Y en medicina y amor
 Bueno es ser especialista.

Y esta Inés, ama y doncella,
 Guapa y *cursi*, horrible y bella,
 Hace que mi lira vibre ;
 Y á ser tonto y á ser libre,
 Me casaba yo con ella.

Nunca deja de ser fina
 Por entrar á la cocina,
 Y con el mismo despejo
 Sabe guisar un conejo
 Que hervir una medicina.

Nada doméstico elude ;
 Obsérvelo quien lo dude :

Siempre bien, y muy de prisa,
Lava, cose, plancha, guisa,
Arrégla, barre y sacude.

Y es no obstante encantadora,
Oportuna, decidora,
Amable, fina, galante,
Inteligente, elegante,
Muy joven y muy señora.

Hay en su faz hechicera
Frescura de primavera,
Juventud, belleza y calma,
Y tiene el cuerpo y el alma
Limpios por dentro y por fuera.

Á muchos conozco yo,
De quienes ella escuchó
Terribles declaraciones ;
Supo ahogar sus tentaciones
Sin decir ni « sí » ni « no ».

¿Quién asistirá á sus bodas ?
Lector, si no te incomodas,
Permite que diga aquí :
Si todas fueran así,
¡Qué bonitas fueran todas!

FILOSOFÍA

EPÍSTOLA Á MI AMIGO EL DOCTOR

AGUSTÍN VILLALOBOS Y ALFARO

Mi querido doctor : la vida humana
Dura lo que la flor : una mañana ;
¿Y andas así buscando la manera
De prolongar tan breve primavera ?

¿Qué somos, qué seremos los humanos ?
Si Dios con su poder no lo remedia,
Actores de una trágica comedia
Desenlazada en polvo y en gusanos.

¿Qué puede la mortal sabiduría
Para volver al infeliz la calma,
Al espíritu enfermo la alegría,
La fe, la dicha, la ilusión á el alma ?...

El profundo pesar que da un ingrato,
No se puede curar con carbonato ;
Y para el mal que causa una coqueta
No hay doctor, ni botica, ni receta.

Yo tengo una vecina
(Muy cerca de la plaza de Regina)
Que, mintiendo esperanzas é ilusiones,
Tantas jóvenes almas ha enfermado,

Que ya forma su historia del pasado
Un inmenso hospital de corazones ;
Y yo le pregunté con amargura :
¿Cómo se cura el mal que á tantos dieras ?

Se cura solamente con el cura,
Me respondió, mostrando dos hileras
De blancos, limpios y pulidos dientes,
Como granos de elotés (no calientes).

Hay en la vida males
Que no curan Liceaga ni Morales ;
Se llaman tedio, malestar, tristeza,
Orfandad, decepción, luto, pobreza.

Pero citaros más, equivaldría
Á formar una gran patología
Cuya clinica y método profundo
Tiene por libro y hospital el mundo.

Así pues, sin embozo y sin agravio,
¡Oh Doctor tan experto como sabio !
No busques la manera
De prolongar tan triste primavera.

Atiende al que te llama, al que te grita,
Dale al dolor narcótico sabroso,
Procura que te paguen la visita,
Y lo demás lo arreglará Gayosso.

Yo nunca estudio ya, ni me desvelo ;
Ya perdi mucha vista y mucho pelo ;
Los grandes libros me preocupan poco,
Porque el que mucho estudia, para en loco
Y vale más ser viejo é ignorante
Que ser sabio y morir en el instante.

No hay pues que calentarse la cabeza ;
Esa es misión de niños ó de bobos :
Con que así, mi querido Villalobos,
Á comer y á engordar : Juan de Dios Peza.

¡POR EL PUEBLO!

(*Improvisado en el banquete de las Fuerzas Rurales*)

Un brindis muy mejicano,
Que es mejicano el poeta :
¡Por el pueblo soberano!
¡Por el que viste chaqueta
Y usa sombrero jarano!

Por el que mira en París
La casa del invasor,
Y al estilo del pais
Llama al amigo *manis*
Y al cómplice *caledor*.

Por ese pueblo que grita
Lo mismo un ¡viva! que un ¡muera!
Y ve á Venus Afrodita
Tras de la cara bonita
De la huraña garbancera.

Por la inmensa humilde grey
Que, avara de nuevas luces,
Muere por salvar la ley
En el « Molino del Rey »
Y en el « Monte de las Cruces ».

Por la grey descamisada
Que, tras la tosca refriega,
Como una veste sagrada
Usó la blusa encarnada
Junto á González Ortega.

Por el pueblo grande ó chico
Que del progreso á la luz,
Derrotó, en virtudes rico,
Á Barradas en Tampico
Y á Joinville en Veracruz.

Por el pueblo extraordinario
Que bebe Laffite en Ápam,
Y va á triunfar temerario
Con Rocha en el Cimatario,
Con Régules en Uruápam.

Por el que de gloria al rayo
Salva el nativo pensil,
Y sin temor ni desmayo,
Asombra el « Cinco de Mayo »
Y deslumbra el « Dos de Abril ».

Por el que en noble ardimiento
En pos de lo grande vuela,
Y en pos de su sentimiento,
Donde derriba un convento
Levanta siempre una escuela.

Por el pueblo que ha salvado
Al pabellón nacional,
Y que está representado
En el rancho soldado,
En el valiente rural.

Por el pueblo en cuyos lares,
Adorándolo, naci ;
Por sus dioses tutelares ;
Por el que condensa en Juárez
Un Moisés y un Sináí.

Por estos charros, señores,
Que en sus caballos sin par,
Altivos y vencedores,
Lazan á los invasores
Si no los pueden matar.

Por este charro guerrero
De traje deslumbrador,
Que es jinete en el potrero,
En el monte guerrillero,
Y en el estrado señor.

Y aquí en esta población ¹
Que fué cuartel general
Del Jefe de la nación
Cuando su altiva legión
Abatió el cetro imperial,

Os pido en acento extraño,
Del héroe invicto á la faz,
Que vengamos sin engaño
Á cantar año por año
Las victorias de la paz.

Mayo 3 de 1889.

1. La ciudad de Guadalupe Hidalgo, cuartel general del general Porfirio Díaz durante el sitio de Méjico.

DIAGNÓSTICO

Aun no contaba Lucía
Diez abriles todavía,
Y enfermó en una ocasión
Tanto, que el doctor decía :
« Se muere del corazón. »

« ¿ Yo curarla ? ; vano empeño !
« Que Dios, de su vida dueño,
« Alivio ó muerte le mande ;
« Tiene un corazón muy grande
« En un cuerpo muy pequeño. »

Lento pasó cada día
Y vimos con alegría
Que cesó la enfermedad ;
Ignoro si esto sería
Milagro ó casualidad.

Al verla el doctor vivir,
No aseguro el porvenir
Dijo grave y resignado ;
Mal tan hondo y arraigado
Puede otra vez repetir

II

Aquella niña doliente,
Es hoy la mujer ardiente
Que asombra con su presencia...
; Cuán grande es la diferencia
Del pasado y del presente !

Hermosa, gentil, ufana,
Y con gracia soberana
Causa celo, miente amores,
Cambiando en cada mañana
Vestido y adoradores.

El mismo doctor aquel
Que de niña la curó
(Entonces era doncel)
Hoy viejo, la enamoró
Y ella dió al traste con él.

Y exclama con torvo ceño :
Ni mi saber ni mi empeño
Han de lograr que se ablande :
« Hoy tiene el cuerpo muy grande
Y el corazón muy pequeño. »

EPÍSTOLA ANTI-LITERARIA

(Ejemplo de cómo se contesta una crítica literaria.)

Á Manuel Puga y Acal,
Poeta que en español
Y en francés escribe igual,
Bajo la razón social
De « Brummel » y « Facistol »,

Va esta carta dirigida
(Sin el permiso de Apolo,
Y en malos versos zurcida)
Jurándole por mi vida
Que no me la dicta el dolo.

Has dicho, caro Manuel,
En artículos diversos,
Que mi estilo es de oropel,
Que no merezco un laurel,
Ni valen nada mis versos;

Que bordando en el vacío
 Con sonoras frases huecas
 En lamentable extravío,
 Nada son *Nieve de Estío*
 Y *Fusiles y Muñecas*;

Que cuando los ojos pasas
 Por cuanto llego á escribir,
 Juzgas de talento escasas
 Á las inconscientes masas
 Que me suelen aplaudir;

Que no debo figurar,
 Ya no digo en el primero,
 Ni en el último lugar
 Del regio Parnaso ibero,
 Que me atrevo á profanar;

Que cualquiera me parodia
 Mi rimbombante armonía;
 Que canto la palinodia,
 Sin análisis, prosodia,
 Sintaxis ni ortografía;

Que ante lo grande me escurro
 Sin pedir á Apolo excusas,
 Y que, como no discurro,
 Me corresponde, por burro,
 El alfalfar de las Musas;

Que sólo por suerte rara
 Que al vano mundo he traído,
 Hubo alguien que me alabara
 En esa Guadalajara
 Que por bella nunca olvido;

Y quién sabe cuanto más
 Que yo no recuerdo bien,
 Con lo que no lograrás
 Que me disguste jamás...
 Te quiero mucho, y amén.

Sólo á decirte me atrevo
 Con lealtad, con hidalguía
 Que dentro del alma llevo,
 Que nada has dicho de nuevo,
 Pues todo me lo sabía,

Y yo mismo, sin doblez,
 Con mi proverbial cachaza,
 Y sin ninguna altivez,
 Te lo dije cierta vez
 De tu Sevilla en la plaza.

Te dije : « La inspiración
 Me falta; no la recibo
 De la celeste mansión;
 Pero tengo un corazón
 Del que brota lo que escribo.

No enseñe á nadie á escribir,
Ni quiero á nadie enseñar
Lo que me tocó sentir...
¿Dónde se aprende á sufrir?
¿Dónde se enseña á llorar? »

Y me llamas con arrojito
« Bardo llorón »; ¡bien! ¿y qué?...
De tal mote no me enojo;
¡Yo sé que le llaman cojo
A aquel que le falta un pie!

¿Que hablo de propios dolores
En todas mis cantinelas?
¡Desde los tiempos mejores
Los errantes trovadores
Cantaron sus propias penas!

Todo lo que amor inflama,
Todo lo que amor inspira,
Sufre, goza, llora y clama :
El ave sobre la rama,
Y el bardo junto á la lira.

Las tristes quejas de amor
Que da al bosque el ruiseñor,
¿No son tuyas nada más?
Déjalo con su dolor
Que conmueva á los demás.

Cuando tú sales con prisa
De un baile, al rayar la aurora,
¿No ves con desdén y risa
Á la anciana rezadora
Que á tales horas va á misa?

¡Qué! ¿son horas de rezar?
¡Qué! ¿son horas de dormir?
Dicen ambos al pasar,
Y ella va al templo á gemir,
Y tú al lecho á descansar.

Pues lo mismo, « Facistol »,
(Aquí á fuerza necesito
Algún consonante en *ol*)
En este mundo maldito
No á todos calienta el sol.

Yo te miro cuán ufano
Al festín del porvenir
Caminas, antorcha en mano;
Pero procura seguir
Otro camino más llano.

Cuando critiques, no hieras,
Porque nadie aceptará
Tus frases como sinceras
(Á mí dime cuanto quieras,
Que á mí poco se me da.)

Que tu crítica no aburra
 Á los hijos del Parnaso :
 Di tonto al que no discurra
 (Y á mí cuanto se te ocurra,
 Para ver si te hago caso).

Yo buscaré en las mañanas
 Tu crítica magistral
 Que mató mis glorias vanas,
 Y que ocupó ¡nueve planas
 Del « Pabellón Nacional! »

Yo te quiero sin rencillas,
 Soy un gavián sin garras,
 Y fui á las mil maravillas
 Un águila entre avecillas,
 Según el brindis de marras.

Aquí la cosa cambió,
 Pero ¡ay Manuel! ¡cambió mucho!
 El águila se... murió,
 Y hoy es un pobre aguilucho
 Que la avecilla venció.

¿No es verídica la historia?
 Deja que otros se regalen
 Con llevarla en la memoria,
 ¡Porque hay derrotas que valen
 Mucho más que una victoria!

Lo digo como lo siento;
 Sin pasión, sin frenesí,
 Porque ni adulo ni miento :
 ¡Qué orgulloso y qué contento
 Te sentirás junto á mí!

¡Soy tu víctima, Manuel!
 Y mira, ni guardo hiel,
 Ni rompo de afecto el lazo;
 ¿No recuerdas el abrazo
 Que me diste en tu verjel...?

Amigos nos separamos,
 Amigos nos encontramos
 Después aquí, ¿no es verdad?
 Y tras de esa tempestad
 Amigos los dos quedamos.

No enfadan estos asuntos,
 Y como he de ser político
 En atender tantos puntos,
 Ya dirán, al vernos juntos :
 ¡Allí van Peza y su crítico!

Si cuando corran los años,
 Sientes rudos desengaños,
 Te seca el alma el pesar,
 Y ya no encuentras hogar
 Entre los propios ni extraños;

Si cruzas de polo á polo,
Siempre triste y siempre solo,
Y das, sin consuelo alguno,
Tus lágrimas á Neptuno,
Y tus suspiros á Eolo;

Si de soñado verjel
Te cierra una mano infiel
Las puertas con duros gonces,
Para entonces, para entonces
Guarda mis versos, Manuel.

Y allí te dirá el hastío
Como lloro y como río;
Hoy tú de penas no entiendes,
Y por eso aun no aprendes
Á « bordar en el vacío ».

De todas suertes merezco
La lección : te la agradezco
Por lo que pueda servir;
Pero en esto de escribir,
Corregirme no te ofrezco.

Haré más versos ¡qué horror!
Es la táctica que llevo,
Y aquí van éstos en flor
Para que hagas el favor
De criticarme de nuevo.

Y no juzgues, á fe mía,
Capricho ni altanería;
Cuando habla mi corazón,
Me olvido de lo que son
Syntaxis y ortografía.

Si, Manuel Puga y Acal,
Eres justo, escribo mal;
Yo soy la chispa, tú el sol
Bajo la razón social
De « Brummel y Facistol ».

Con gracia y con sutileza
Nuevo látigo endereza
Á mis versos nada buenos,
Que no ha de quererte menos
Por eso Juan de Dios Peza.

DIAMANTES, PERLAS, LLUVIA

De la primera madre
Que lloró á su hijo,
Dios con las tiernas lágrimas
Diamantes hizo.

De la primera niña
Que quedó huérfana,
Dios con las dulces lágrimas
Hizo las perlas.

De la primera ingrata,
Falsa y perjura,
Dios hizo con las lágrimas
Gotas de lluvia.

Caen diamantes y perlas
Sobre oro y grana;
La lluvia, si no hay coche,
Sobre el paraguas.

Sé que algunas coquetas
Diamantes lloran,
Pero esos son diamantes
De California.

Algunas lloran perlas
De mucho brillo,
Perlas, á ochavo sarta,
¡De papelillo!

Hoy todo se adultera,
El pan, la leche,
Y sobre todo, el llanto
De las mujeres.

Y ese humillante engaño
Nadie castiga,
Pues de llanto no entiende
La policia.

¿Queréis un llanto puro
Que nunca engañe?
Las huérfanas... ¡mentira!
¡Sólo las madres!

AUTO DE FE

I

Era el Sábado Santo, el « de Gloria »,
Una niña muy linda eras tú,
Yo era un pobre estudiante de Historia,
(De Historia en compendio por César Cantú).

En una calleja las gentes más rudas,
Alzaban los ojos, gritando en su afán,
Al sitio en que estaban pendientes dos « Judas »,
Con grandes collares de piezas de pan.

El pueblo esperaba con ansia el momento
Ya próximo y breve, de aquella explosión,
Alzaba la vista, seguí el movimiento
Y entonces ¿te acuerdas? te vi en el balcón.

No puedo explicarte con frases amenas,
El mágico efecto que hicistes en mí;
El fuego del Etna corrió por mis venas,
Y tú me mirabas y yo enloquecí.

Hechizos del cielo juzgué tus hechizos,
Soñando en venturas y goces sin fin...
La noche en tus ojos, la aurora en tus rizos,
La vida en tus labios de dulce carmín.

Las diez en la torre pausadas sonaron;
Repiques, petardos, la « gloria » en acción.
Las gentes corrieron, los « Judas » tronaron
Y tú temerosa cerraste el balcón.

II

Después... una carta; no fué contestada;
Le hablé a tu portero; mi ruego escuchó;
Mandé la segunda, seguiste callada,
Y al fin la tercera que un duro costó.

Bendije aquel duro; la tarde siguiente,
Tu buen cancebero me dijo al pasar :
« Así que se meta la « niña » de enfrente
Me espera en la esquina, le tengo que hablar ».

¡La « niña »! una esfinge curiosa y anciana
Me vió « hacer el oso » con mala intención,
Pasaron dos horas, cerró la ventana
Y entonces dos vuelcos me dió el corazón.

Allá por la esquina me dieron tu esquela,
 ¡Qué ingenua! ¡qué franca! ¡qué noble eras tú!
 Leíla cien veces, en casa, en la escuela;
 ¡La puse en mi libro de César Cantú...!

¡Qué carta más linda! ¡qué llena de fuego!
 Con ella mi pecho sus ansias calmó
 Y á solas, de noche, besándola ciego,
 ¡Mi llanto más puro sus letras bañó...!

Soñando en la fama, soñando en la gloria
 Repuse: « yo quiero ser digno de ti... »
 ¡No estaba en mi pobre compendio de historia
 La historia tan triste que luego aprendí!

III

Al fin, nos hablamos; ser fiel me juraste
 Y yo que era un niño, rendido te amé:
 Y al verme rendido de amor me engañaste,
 ¡Rompiendo tus votos, burlando mi fe...!

Entonces yo lleno de penas y dudas,
 Con hielo en el alma, sin fe ni ilusión:
 Pensé: « yo la he visto detrás de unos « Judas »,
 Al ver á « Iscariote » la vi en el balcón ».

Presagios muy claros de negra falsía
 Pues tú como Judas me fuiste á vender...
 La calle, la gente, la fecha del día
 ¿No fueron presagios? ¡responde, mujer!

Y así como el pueblo conmuevese y grita
 Al ver del apóstol la efigie tronar,
 Yo, alegre, al hallarme tu imagen maldita
 Colgada del cuello la voy á quemar!

ÆGRI SOMNIA

Anoche, al irme á casa,
Hallé sobre la acera
Un bulto informe y raro
Que mi atención llamó.
Y al inclinarme á verlo,
Quejóse de manera
Que aun vibra en mis oídos
Su voz tan lastimera...
¿Quién gime? — dijo un hombre
Que tras de mí llegó.
Ya lo sabréis — repuse;
Y con nerviosa mano
Aquel montón de harapos
Sin vacilar abrí...
¡Y niegan que hay panteras
Con exterior humano!
¡Un niño rubio y tierno,
Un serafín enano,
Lloroso, hambriento, helado
Agonizaba allí!

Mirad, dije al curioso,
El cuadro horrible y cierto,
Y contemplando al niño
El caballero aquel,
Así agregó con rostro
De palidez cubierto :
« Yo tuve un hijo... un hijo
Que abandonado ha muerto,
Parece su gemelo...
¡Gran Dios! ¿si será él?
Así sus rizos eran,
Así su blanca frente,
Su diminuta boca,
Su lánguido mirar;
Su barba con hoyuelo,
Su sollozar doliente,
Y hasta el ropón de lana
Que le bordó impaciente
Mi madre en las serenas
Vigilias del hogar.

Miradlo bien : parece
De seda su cabello;
Su piel es un armiño,
Sus labios un rubí;
No habrá sobre la tierra
Quien le aventaje en bello.
¡Tuviera un ancla roja
Pendiente de su cuello!
Y yo, mirando al niño :
— ¡La tiene! respondí.

Entonces, aquel hombre,
 Con rabia y amargura,
 ¡ Es él! gritó convulso,
 ¡ Maldigo á esa mujer!
 Que pague con la muerte
 Su infamia y su locura...
 Corrió llevando al niño
 Por la calleja oscura
 Y... desperté... y lo juro :
 ¡ Jamás lo he vuelto á ver!

Méjico, 10 de enero de 1891.

¡ POS LOS RURALES!

Improvisación en el banquete del 3 de mayo de 1891.

La voz mal, torpe el acento
 De la « influenza » á la presión,
 Pero sano el pensamiento
 Y el espíritu contento
 En esta franca reunión.

Brindo, cual siempre he brindado
 Con plectro humilde y sincero,
 Por el rancharo-soldado,
 Que presenta uniformado,
 Vivo, á Nicolás Romero.

El cosaco mejicano
 Qué tiene en monte y pradera,
 Por cetro un lazo en la mano
 Por corona su jarano,
 Trono en su silla vaquera.

Que orgulloso se cimbre
 Cuando el caballo relincha
 Si el rancho vecino otea
 Y ufano caracolea
 Haciendo crujir la cincha.

Por el ranchero sencillo
 Cuya riqueza á mi ver
 La forman un vaquerillo,
 Un jorongo del Saltillo,
 Un rifle y una mujer.

Que en el palacio, en la choza
 De la tierra en la extensión,
 Desde Marte á Zaragoza,
 No hay quien no rinda á una moza
 La espada y el corazón.

Brindo al que prefiere osado
 Al « vol-au-vent » el elote,
 Al « champagne, » el « colorado »
 Y al mejor faisán trufado
 El « mole de guajolote »,

Al jazmín las amapolas,
 Y en música es su ideal,
 No Valkirias ni mamolas
 Sino el vals « Sobre las Olas »
 Junto al Himno Nacional.

Por el que, con frente ufana,
 Odia todo lo extranjero,
 Y declara gente vana
 Al que no echa una mangana
 Ni luce en un herradero.

Por el que no halla en Europa
 Semejante ni rival,
 En garbo, en usos y en ropa
 Y que surge en nuestra tropa
 Como tipo nacional.

Y por el hombre de honor
 Á cuyo agosto perfil
 La gloria le da esplendor...
 El caudillo vencedor
 De Puebla en el dos de Abril,

Por su gloria y los fulgores
 De su renombre inmortal
 Y por sus timbres mejores :
 Es decir, los tres colores
 Del pabellón nacional!

ÍNDICE

ÍNDICE

FLORES DEL ALMA

Carnaval	3
Melancolía	5
Amarguras	6
Flores muertas	7
Al poeta Antonio F. Grilo	9
Mirando un retrato	13
En la muerte de la reina Mercedes	15
Tras de los mares	17
Para el abanico de Catalina	20
La Sibila del Campo	21
Á una amiga	28
Siempre igual	30
Á Víctor Hugo	31
Desolación	33
En el panteón de los Reyes	36
Entre ruinas	40
Estatua	43
En el álbum de un amigo	45
Ansiedad	46
El Trovador	47
El arco-iris	49
Siempre conmigo	50
En un álbum	53
Imposible	55
Julieta y Romeo	61
Ante el cadáver del doctor Montes de Oca	63
Latidos mudos	67
Florencia	68
En el tercer centenario de Santa Teresa	69
Al partir	75
En un abanico	77
Las dos coronas	78

Polvo no más.	82
En en álbum de Clementina.	84
En el templo.	85
En Navidad.	90
¿Por qué?.	93
À una artista granadina.	94
Poesía en unos premios.	96
Único alivio.	98
En pleno campo.	99
En el álbum de la Escuela de Ciegos.	104
Amaneciendo.	105
Primera página.	107
Símbolo.	108
Sic-Vita.	110
Sol eterno.	112
Magdalena.	113
Migdalia.	117
Premios.	121
Dichosa.	124
Aquella hora.	125
Cita.	128
Confidencias à una estrella.	130
Páginas negras.	133
La última cita.	141
La caída de las hojas.	145
Nocturno.	149
¡Cree...!	151
A***.	153
Deificación.	155
À Rosario.	158
¡Solo!.	159
Adiós.	161
Media noche.	163
Su alma.	165
À un rui señor.	167
Lágrima.	169
Ausencia.	173
Dolor.	176
11 de Abril.	178
Hidalgo.	181

Entre cipreses.	182
Al doctor Manuel Dominguez.	185
Cineraria.	187
En mi retrato.	190
À Adelina Patti.	191
Remordens.	194
De viaje.	198
À la memoria del general Carlos Pacheco.	201
Brindis en Oaxaca.	206
Brindis en el banquete à los excursionistas.	208
Al ahuehuete de Santa María del Tule.	210
À las ruinas de Mitla.	211
Al calor del Hogar.	214
A Sarasate.	217
Sal si puedes.	220
Al-general Carlos Fuero.	227
El mejor puesto.	230
El Tordo.	233
Laurus Nobilis.	237
À Eduardo del Valle.	238
Veinte años después.	241
Siempre viva.	242
À Esperanza (En su álbum).	244
In memoriam.	246
À Juárez.	248
A Vicente Riva Palacio.	253
Cuba.	254
Comonfort.	256
Riverita.	263
En la Escuela de Ciegos.	266
Sin sobre.	271
Penitencia.	274

VERSOS FESTIVOS

La Bomba.	279
Con me.	284
Candelario.	288
Al Kiss.	296
En la feria.	299

Canta y canta	302
El primer galleo	305
Un toque á tiempo.	307
Por real y medio.	310
Una guasa de Rafael	312
Joselín.	317
En los toros.	323
Ya me conoció el cura.	326
Morir y matar.	332
¡Si todas fueran así!	335
Filosofía.	341
Por el pueblo	344
Diagnóstico	348
Epístola anti-literaria.	351
Diamantes, perlas, lluvia	360
Auto de fe.	362
Ægri somnia.	366
Por los rurales.	369

PQ7297

.P48

CAP

A17

V.3

17353

AUTOR

PEZA, Juan de Dios

BIBLIOTECA CENTRAL

2015

